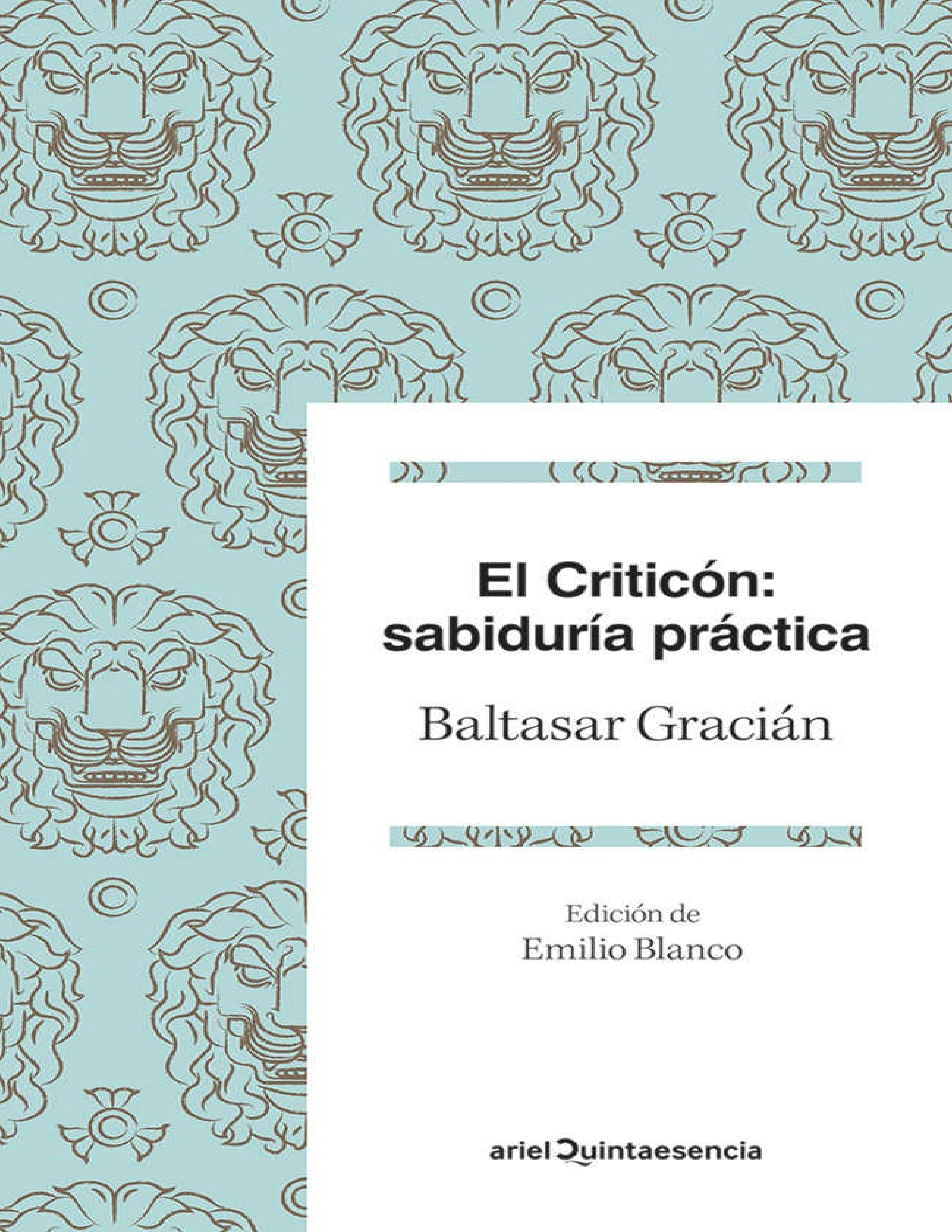

El Criticón:
sabiduría práctica
Baltasar Gracián
Edición de
Emilio Blanco
ariel Quintaesencia

Índice

SINOPSIS

Expresa el desengaño del mundo mientras intenta dar una lección moral. *El Criticón* viaja a través de las edades del hombre mediante el diálogo entre un personaje maduro, Critilo (encarna el juicio y la reflexión) y otro joven, Andrenio (criado por una fiera, hombre natural y sin contacto social). Entre los grandes admiradores de Gracián se encuentran Goethe, Kant, Schopenhauer, Nietzsche o Azorín. Schopenhauer dijo de Gracián que nos había dado «uno de los mejores libros del mundo». Según Nietzsche, «Europa no ha producido nada tan fino ni profundo en materia de sutileza moral».

El Criticón: sabiduría práctica

Baltasar Gracián

Selección y prólogo de
Emilio Blanco

ariel Quintaesencia

ENTRE
TODAS
LAS
MOSTRUOSIDADES
DE LA
VIDA,
LA MÁS PORTENTOSA
es el ESTAR
EL
ENGAÑO
EN LA
ENTRADA DEL MUNDO
Y EL
DESENGAÑO
A LA
SALIDA.

BALTASAR GRACIÁN



Descarga aquí los esquemas de El criticón: sabiduría práctica

GRACIÁN: UNA VIDA ALTERNANTE E ITINERANTE

Baltasar Gracián nació en los primeros días del mes de enero de 1601, lo que explica el origen de su nombre de pila. De su ambiente familiar se sabía muy poco hasta fechas recientes, en que Belén Boloqui ha aclarado datos oscuros de su biografía: hoy sabemos que fue hijo de Francisco Gracián, médico, y de Ángela Morales. El padre llegó a Belmonte de Calatayud, hoy Belmonte de Gracián, contratado como médico durante seis años (1596-1602), para pasar más tarde a la villa de Ateca, donde será requerido nuevamente, hasta 1620. Con año y medio, pues, inicia Baltasar su primer viaje, el primero de una larga serie en una vida itinerante como será la suya.

En las escuelas comunes de Ateca, o tal vez en su propia casa, debió de iniciarse en las letras en torno a los siete años. Quizá entonces acompañó a su padre en las visitas médicas: lo que es seguro es que en toda su obra —y el lector lo podrá comprobar en alguno de los fragmentos recogidos en este volumen— la profesión de médico aparecerá siempre caracterizada negativamente, satirizada, lo que le acerca al otro gran prosista del siglo XVII, Francisco de Quevedo. Con diez o doce años sale de allí para empezar lo que hoy llamaríamos estudios de enseñanza secundaria, por aquel entonces etiquetados como «humanidades» o «bellas letras». Los datos más probables apuntan hacia algún colegio de jesuitas: no se puede descartar que cursase humanidades en Calatayud durante cinco años, para pasar después a Toledo, donde aprendería lógica y mejoraría su latín durante uno o dos años. Él mismo reconoce, en una de sus escasas referencias personales (*Agudeza y arte de ingenio*, Discurso XXV), haberse criado en la ciudad del Tajo con su tío, el licenciado don Antonio Gracián, beneficiado de San Pedro de los Reyes.

Pese a las dudas, parece evidente que estudió con los jesuitas: recibió por tanto una educación de élite en la España del siglo XVII. En alguno de sus colegios, ya mayor para los usos de la época, debió de sentir la vocación religiosa, porque el 30 de mayo de 1619 entró en el noviciado tarraconense de la Compañía de Jesús. Allí pasa los dos años reglamentarios del novicio, dedicado íntegramente a esa formación religiosa, que deja huella perenne en su personalidad. El joven apunta maneras: debido a su preparación anterior, se le dispensa de los dos cursos preceptivos de humanidades en el seminario de Gerona, lo que es más de valorar si se tiene en cuenta que el general de la Compañía, el padre Vitelleschi, insistía a alguno de los provinciales para que no se diese esa dispensa con facilidad.

Quizá a causa de la muerte de su padre, en 1621 pasa de nuevo al Colegio de Calatayud, donde cursará dos años de filosofía (1621-1623). Se ha hablado bastante de la importancia de este colegio en la formación de Gracián: primero como estudiante de filosofía, a los veinte años, y más tarde como profesor «en prácticas» —diríamos hoy—. Por ello habría que evaluar su biblioteca para calibrar la impronta en la prosa de Gracián. La crítica, ante la falta de datos concretos, dista de estar de acuerdo, aunque parece que los fondos bibliográficos no debieron ser tan malos como se ha supuesto. Comoquiera que fuese, lo cierto es que de aquellos años le quedará un extraordinario aprecio por la filosofía moral que permeará toda su producción literaria (también lo comprobará el lector de este volumen). Otros cuatro cursos de teología en Zaragoza completarán su formación religiosa. Si los datos son exactos, pues, la formación de Gracián se adecua al sistema jesuítico de la *Ratio studiorum*: cinco años de humanidades; uno o dos para perfeccionar el latín; tres de filosofía, y cuatro o cinco de teología. En la ciudad del Ebro parece que ya había adoptado el carácter retraído y aislado que le va a caracterizar el resto de su vida. Entre la primavera y el verano de 1627 se ordena sacerdote.

Apenas estrenado el ministerio, la Compañía lo envía a enseñar humanidades en el Colegio de Calatayud (1627-1630). El ambiente le será a buen seguro grato, frente a su estancia conflictiva en la ciudad del Turia (1630-1631), donde se enfrenta por vez primera con los jesuitas valencianos. De allí pasó a Lérida (1631-1633) para encargarse de las clases de teología moral. Más tarde, a Gandía (1633-1636) para enseñar filosofía en el colegio jesuita de la villa, donde se renovarán las enemistades valencianas que había dejado atrás años antes.

En el verano de 1636 vuelve a su tierra natal, concretamente a Huesca, como confesor y predicador. La ciudad tiene una importancia capital en la vida del jesuita: en su primera estancia (1636-1639) escribe y publica allí su primer libro (*El Héroe*, 1637), pero sobre todo lo que importa es que allí conoce e intima con el noble y erudito don Vincencio Juan de Lastanosa, unos seis años más joven que él. Lastanosa es el prototipo de mecenas barroco (como puede comprobar quien se tome la molestia de leer al completo la crisis segunda de la segunda parte de *El Criticón*): su casa fue un verdadero cenáculo literario, desde donde se dispensaba protección a escritores y artistas. Además, estuvo en contacto personal o epistolar con autores españoles y extranjeros. La casa del prócer era conocida por sus exquisitos jardines, por una estupenda armería, por la colección de medallas y por una magnífica biblioteca de cerca de siete mil volúmenes. Súmese a todo ello que el edificio estaba situado casi enfrente del colegio de los jesuitas, y se podrá comprender la facilidad (y la fidelidad) del sacerdote Gracián a la calle del Coso de la antigua Osca.

En las tertulias celebradas en el palacio de Lastanosa, Gracián traba contacto con la intelectualidad cultural de Huesca: con Juan Orencio de Lastanosa, hermano del mecenas; con el canónigo Manuel de Salinas; con visos de probabilidad, con el historiador don Juan Francisco Andrés de Uztarroz… (todos ellos dejarán huellas más o

menos visibles en *El Criticón*). A la sombra de estos personajes, Gracián debió de comenzar a sentirse escritor, quizá a expensas en ocasiones del ministerio religioso. Y justo en ese momento empiezan los problemas…

Y es que en 1637 aparece en Huesca, en las prensas de Juan Nogués, *El Héroe*, publicado a nombre de «Lorenzo Gracián, infanzón». Durante mucho tiempo se ha especulado con esta atribución, y durante años se ha negado la existencia de este personaje. Hoy sabemos que Lorenzo Gracián no fue un ente de ficción: el nombre corresponde a uno de los hermanos del jesuita, que fue apadrinado por el sacerdote y en quien renunció a sus derechos de mayorazgo. Lo que no está tan claro es la razón que llevó a Gracián a amparar su obra bajo el nombre del hermano menor. Si se quiere una explicación desde lo literario, puede pensarse que, con el cambio, Baltasar jugó una de las tretas que propone en el aforismo 31 del *Oráculo manual*: saberse descartar. Si se opta por una justificación más práctica, lo que es innegable es que Gracián intentó así despistar a las autoridades de la Compañía, porque el santo de Loyola había estipulado de forma clara en las *Constituciones* que ningún jesuita debía publicar libro alguno «sin que primero lo vea el prepósito general». Claro que, dado lo reducido del círculo cultural oscense, la autoría no fue un secreto para nadie. Quizá por ello, el año siguiente el padre Vitelleschi aconseja mudar a Gracián de sitio por ser una «cruz» para sus superiores.

Pese a todo ello, permanece en Huesca hasta 1639. Hacia mediados de ese año está ya en Zaragoza como confesor del duque de Nocera, virrey de Aragón, con quien visitará la corte en un periplo que resultará determinante: como a tantos otros, poco tiempo le basta para transformar en desengaño la obnubilación inicial ante un Madrid que es «madre madrastra». Y de allí a Pamplona, donde recibiría las primeras informaciones de la guerra de Cataluña.

A fines de 1640 publica en Madrid su segunda obra, *El Político*. Otra vez sin censura, y ahora dedicada al duque de Nocera, que hizo aquí el papel de escudo que la vez anterior correspondió a Lastanosa. La suerte se alía esta vez con el jesuita: la guerra de Cataluña, que había estallado en junio de ese año, complicó lo suficiente el panorama de la Compañía en España como para que el librito de uno de sus miembros no se convirtiese en cuestión de gravísima importancia.

Gracián realizará un segundo viaje a Madrid, en donde, además de predicar, prepara la publicación de la primera versión de la *Agudeza y arte de ingenio*, titulada entonces *Arte de ingenio. Tratado de la agudeza* (Madrid, 1642). Allí debió permanecer al menos hasta el 11 de febrero de ese año, y esa estancia resultará crucial, a la postre, en su evolución literaria. Los cursos 1642-1644 lo verán de vicerrector del Colegio de Tarragona, donde auxiliará espiritualmente a los soldados leales a Felipe IV en la guerra de Cataluña. Cae enfermo, y se le envía a Valencia para reponerse. A orillas del Turia, al calor de la magnífica biblioteca del hospital, preparó una nueva obra, *El Discreto*, que verá la luz en Huesca en 1646.

En noviembre de ese año recibe destino como capellán castrense del ejército del marqués de Leganés, encaminado a socorrer una Lérida sitiada por el mariscal de La Mothe. Y en diciembre vuelve a Huesca como predicador y profesor de teología moral, donde permanecerá hasta 1650. Esta segunda estancia de Gracián en su patria literaria se caracteriza por una actividad febril. En la primavera del año 1647, aparece el *Oráculo manual y arte de prudencia*, esta vez «sacado de las obras de Lorenzo Gracián» y dedicado a don Luis Méndez de Haro, valido de Felipe IV. En 1648 publica una segunda versión del *Arte de ingenio* que ahora lleva por título *Agudeza y arte de ingenio*. Los años que median entre las dos redacciones de este tratado teórico-estético son básicos en el devenir literario de Gracián.

En el verano de 1650 lo destinan a Zaragoza, adonde llega con el cargo de maestro de escritura. No pasa ni un año completo antes de que Gracián publique una nueva obra, la primera parte de una novela muy especial, *El Criticón*, que lleva como subtítulo *En la primavera de la niñez y en el estío de la juventud*. Como en ocasiones anteriores, publica el libro bajo seudónimo: ahora el autor es «García de Marlones», anagrama imperfecto de sus dos apellidos, Gracián Morales. También por esas fechas rompe con un antiguo amigo, el canónigo Manuel de Salinas. El cargo que ocupa en Zaragoza, y probablemente también su carácter, junto con la costumbre de publicar sin permiso, paran en Roma, adonde llegan quejas sobre él en febrero de 1652.

En 1653 aparece en Huesca la segunda parte de *El Criticón* (*En el otoño de la varonil edad*), dedicado a don Juan de Austria. Algunos jesuitas valencianos interpretaron la crisis VII como un ataque, lo que le granjeó nuevas críticas. Gracián, previsor y precavido, ya tenía escudo, pues había tejido una red de elogios a altos personajes, además de la dedicatoria. Y también publica en 1655 (por primera vez a su nombre, con las debidas licencias y reconociéndolo como suyo) *El comulgatorio*, obra de devoción. La publicación en 1657 de la tercera parte de *El Criticón* (*En el invierno de la vejez*), a nombre, una vez más, de Lorenzo Gracián, determina la caída del sacerdote. El nuevo provincial de Aragón, el catalán Jacinto Piquer, recrimina públicamente a Gracián en el refectorio, le impone como penitencia el ayuno a pan y agua, lo priva de su cátedra y, a comienzos de 1658, lo envía a Graus.

Al poco tiempo, Gracián escribe al general de la Compañía para solicitar el paso a otra orden religiosa. No recibe respuesta, pero se le va rebajando la pena: en abril de 1658 ya está en el Colegio de Tarazona con varios cargos. La decadencia física se le aceleró, quizá a raíz de todo lo ocurrido anteriormente: aunque invitado, en junio no puede asistir a la congregación provincial de Calatayud, y muere el 6 de diciembre de 1658 en Tarazona.

EL CRITICÓN

Hasta la década de 1650, pues, Gracián ha escrito y publicado varios libros que pueden incluirse bajo el marbete genérico del *tratado*. Sus pequeños volúmenes pueden calificarse, en efecto, como manuales tendentes a diseñar distintos tipos sociales con un peso específico claro en el sistema de ideas y creencias del jesuita: *El Héroe*, *El Político*, *El Discreto* establecen paradigmas tan evidentes desde el título que ni siquiera hace falta la glosa. El *Oráculo manual* podría haberse titulado *El prudente*, porque es ese el cuarto paradigma esbozado por el belmontino: si no acudió a ese rótulo fue porque a la altura de 1647 ya había sufrido un desplazamiento intelectual de tipo literario que lo llevó a rechazar la forma tratadística o manualística empleada hasta entonces para sustituirlo por un nuevo cauce literario, el que le proporcionaba el aforismo.

En Gracián casi todo tiene sentido. Por eso hay que repensar la segunda redacción de su tratado teórico sobre el ingenio, estampada en 1648: la primera versión, publicada en 1642, lleva por título *Arte de ingenio. Tratado de la agudeza*, y desde la portada se percibe la inserción del libro en la prosa didáctica del tipo citado: *Arte de*... es sintagma que venía remitiendo desde fines de la Edad Media a ese tipo de textos, por no hablar de la voz *Tratado*, que aparece por primera vez en un título de Gracián. Cuando reescriba el libro y lo publique nuevamente en 1648, el encabezamiento variará significativamente: *Agudeza y arte de ingenio*. Los contenidos teóricos pasan a un segundo lugar (el *arte*), mientras que lo literario, la *agudeza*, ocupa el primero. En este caso el orden de los factores no altera el producto, ya que la segunda versión agrega textos, ejemplos y nuevos capítulos a la original, pero sí anuncia un cambio significativo que preludia lo que será su próximo libro, *El Criticón*.

¿Qué había sucedido para que una potencia intelectual del calibre del jesuita abandonase la forma tratadística, para que apartase a un lado la prosa didáctica pura y dura, para dar paso a una forma de expresión más característicamente literaria, el relato que supone *El Criticón*? Cualquiera lo sabe, dado que seguimos sin disponer de una ventana en la frente y otra en el pecho para conocer los pensamientos y las intenciones de los humanos, como se expone en la novelita graciana. Pero, puestos a hipotetizar, vayamos con la explicación más plausible, si es que la brevedad de un prólogo lo permite.

Como se ha indicado en el apartado anterior, Gracián hizo dos viajes a Madrid, el segundo de ellos cuando está a punto de publicar la primera versión de su tratado sobre la agudeza. Probablemente en aquellos momentos, o quizá algo después y por distintas razones, el jesuita se hace con la edición de *El Conde Lucanor* que acababa de publicar

Argote de Molina. La lectura de este libro, junto a las dos partes del *Guzmán de Alfarache* que el jesuita luchó por conseguir, debió de influir decisivamente en su concepto estético, desplazando así el interés desde la forma tratadística (que obligaba a distribuir la materia en capítulos que Gracián etiquetó ingeniosamente con otros nombres: primores, realces…) hasta el cauce del relato. La idea del libro ideal ya no era una acumulación de capítulos hasta alcanzar algún número perfecto conforme a la cosmovisión religiosa y medieval (veinte primores llevaba *El Héroe*, veinticinco realces *El Discreto*, trescientos son los aforismos del *Oráculo manual*), sino un relato que integrase de forma natural los mismos o parecidos contenidos que ya se habían expuesto en los libros anteriores, pero que ahora fuesen ensartados en una trama. La «arena sin cal» o los «granos de oro sin liga» que eran los primores, realces, aforismos o discursos anteriores se van a embutir ahora en una sarta de aventuras que los apelmace de principio a fin, como ocurría a su modo en los libros citados de don Juan Manuel y de Mateo Alemán. *El Criticón* es el resultado de ese intento a la vez unificador y totalizador.

Cumple aclarar que lo dicho hasta ahora no supone en modo alguno una renuncia del jesuita a sus anteriores costumbres literarias, pues parte de los contenidos de obras precedentes (*El Discreto*, *Oráculo manual…*) reaparecerá casi literalmente en las páginas de la novela, que no es sino una puesta en práctica de los preceptos teóricos recogidos en la *Agudeza*: entramos en el terreno de la agudeza compleja frente a los ejercicios de sencillez (entiéndase todo ello con una cierta ironía) que supusieron los primeros intentos textuales del jesuita.

Las tres partes de *El Criticón* aparecieron entre 1651 y 1657. Parece que, al publicar la primera (*En la primavera de la niñez y en el estío de la juventud*), el jesuita tenía la intención de dividir toda la obra en dos; pero lo que iba a ser el segundo tomo acabó dándole materia para otros dos volúmenes, las partes segunda (*En el otoño de la varonil edad*) y tercera (*En el invierno de la vejez*).

En esencia, la trama argumental es bien sencilla. El náufrago Critilo llega a las costas de la isla de Santa Elena, donde encuentra a un joven, criado entre las fieras, al que bautiza con el nombre de Andrenio y le enseña a hablar. Una flota española los rescata de la isla, lo que determina su entrada en el mundo de los hombres. Durante su estancia en el barco, Critilo cuenta su vida. Una vez desembarcados, los dos protagonistas comienzan un viaje alegórico por el camino de la vida en busca de Felisinda, periplo jalonado en diversas etapas en la corte de España, Aragón, Francia y Roma, hasta que llegan finalmente a la isla de la Inmortalidad. La analogía entre el principio y el final, que se sitúa en las dos ínsulas citadas, demuestra que Gracián tenía un plan perfectamente diseñado que fue rellenando con diversos materiales. La estructura externa presenta un paralelismo casi perfecto, ya que las dos primeras partes constan de trece *crisi(s)* cada

una —nuevamente una denominación acuñada por el belmontino—, mientras que la tercera tiene solo doce. En ello continúa el principio aludido anteriormente, según el cual Gracián intenta organizar sus textos con arreglo a patrones numéricos.

Todo lo anterior no pretende transmitir la idea de que *El Criticón* es una novela sencilla. No podía serlo si su autor fue Gracián. El material narrativo se organiza en el relato con arreglo a una cronología que se ajusta al desarrollo de la vida del hombre en edades, asociadas a las estaciones del año. Es cierto que el progreso se desarrolla de manera lineal, pero con infinidad de digresiones y suspensiones que lo interrumpen momentáneamente. De hecho, *El Criticón* se plantea en principio como novela bizantina para terminar transformándose «en una meditación filosófica con ingredientes marcadamente cristianos que determinan el abandono de lo que parecía ser inicialmente su base argumental: el viaje en busca de la mujer amada».

Desde el punto de vista temático, los polos que se oponen son los de realidad e ilusión, o —si se quiere en términos plenamente barrocos— engaño y desengaño. La búsqueda de Felisinda (i. e., la Felicidad) que mueve a los dos protagonistas durante la mayor parte de la novela se presenta al final como un imposible, por lo que la actitud del desengaño viene a coincidir con la madurez personal de Andrenio.

Sobre la intención compositiva de Gracián pesan no pocos modelos que la crítica ha puesto de manifiesto en repetidas ocasiones. Algunos de ellos los declaró el mismo Gracián en el prólogo «A quien leyere» de la primera parte: la *Odisea* de Homero, cuando se interpreta esta como un cerco que los peligros y las virtudes ponen a Ulises durante su viaje, y en donde un único protagonista vivía distintas peripecias; la novela bizantina, la de Heliodoro sobre todo, cuyas digresiones de los más variados tipos, las narraciones intercaladas o los largos diálogos debieron de pesar no poco sobre el diseño del relato de Andrenio y Critilo; las novelas de John Barclay (*Satyricon* y *Argenis*), de amor, al estilo de las bizantinas, pero narradas en latín por el inglés con un fin bien claro: aludir en clave a sucesos y personas de la época, al igual que sucede a veces en Gracián.

En todo ese marco literario sitúa el jesuita su novela, adobándola a su vez con un grupo de géneros que ya practicó en *El Discreto* y enumeró de forma teórica en la *Agudeza*: emblemas, empresas, aforismos, apotegmas, apólogos, diálogos, fábulas, metamorfosis, etcétera. (De casi todos ellos hallará ejemplos el lector en esta antología.) Es el espíritu menipeo que los humanistas, con Erasmo a la cabeza, venían rescatando para el Renacimiento europeo desde comienzos del XVI. Se ha dicho que los ídolos de Gracián son los héroes de la menipea antigua: Luciano, Apuleyo, el Séneca de la *Apokolokyntosis*, Heliodoro, etcétera; de ahí que un buen modo de definir el género literario de *El Criticón* sea incluirlo dentro del marbete «epopeya menipea».

Eso no quiere decir que no haya otros modelos que pudieran haber tenido su peso específico en el diseño de la novela: al menos desde 1861 se vienen señalando algunas concomitancias con *El filósofo autodidacta* de Abentofail, sobre todo porque uno de los personajes del texto árabe, criado en una isla desierta entre las fieras, llega a las verdades

metafísicas a través del ejercicio puro de la razón. El influjo se presenta, con todo, algo difícil de probar, porque el relato árabe se publicó por vez primera, junto con una traducción latina, en 1671. Hay que señalar, no obstante, que también se ha probado la existencia de un cuento morisco, semejante al anterior y con gran difusión entre los moriscos aragoneses, que pudo servir de fuente tanto a Gracián como a Abentofail.

El hecho de que dos compañeros recorran juntos el camino de la vida, representando dos vertientes distintas de ella, ha llevado a parte de la crítica a buscar modelos en la dicotomía agustiniana entre el hombre viejo y el hombre nuevo, caracterizado el primero por el predominio de los sentidos, el segundo por el de la razón. El que los dos personajes tropiecen a cada paso con gente nueva, lo que permite al narrador estudiar el carácter de los personajes, ha llevado en ocasiones a pensar en Cervantes, sobre todo en el *Quijote*. La analogía es evidente, pero no lo son menos las diferencias: el hidalgo manchego y su escudero son dos tipos reales, y precisamente por ello terminan alcanzando un valor simbólico con vida propia; sin embargo, Andrenio y Critilo comienzan siendo símbolos, pero el racionalismo del jesuita termina por ahogar ese carácter, sobre todo porque el objeto de la *peregrinatio* es la lección moral directa. Aun así, son varios los pasajes de *El Criticón* que admiten la comparación con el libro de Cervantes.

Las conexiones de *El Criticón* con la novela picaresca no resultan tan dudosas. La narración de anécdotas conducidas por un protagonista común, así como la identidad de algunos de los modelos han hecho pensar en ese género típicamente español. Faltan, sin embargo, en la novela del aragonés al menos dos de los elementos más característicos del relato picaresco: la autobiografía, que se enfrenta radicalmente a lo que ofrece el narrador de *El Criticón* —el paso de los personajes por la vida—, y el punto de vista unificador que caracterizó siempre a la ficción picaresca auténtica, frente a las múltiples perspectivas que se pueden rastrear en Gracián. Ahora bien, ya se ha indicado que Gracián aprovechó bien las enseñanzas de una de las novelas picarescas más logradas, el *Guzmán de Alfarache*, que le aportó rasgos esenciales para el esquema de su libro, desde la propia arquitectura novelística hasta el concepto de «atalaya de la vida humana», con el que pudo analizar los vicios y hacer un contraveneno para llegar al hombre perfecto, a la persona.

A Gracián, lo que le interesó de la novela del sevillano fue lo que allí hay de apólogo, de alegoría. Y es que *El Criticón* es, por encima de todo, alegoría de principio a fin. Frente a las obras precedentes, Gracián se apunta ahora al relato alegórico. El salto hubo de producirse de forma efectiva entre 1642 y 1648, por más que algunos detalles lo venían anunciando desde años atrás. En ese muestrario de subgéneros didácticos que era *El Discreto*, ya aparecía una versión abreviada de la *crisi(s)*, dado que así se calificaba entonces el realce VI («No sea desigual»). La idea sigue madurando y, en 1648, en la segunda redacción de la *Agudeza*, Gracián ya dispone de dos textos para ejemplificar el artificio de la crisis: un fragmento de la *Filosofía secreta* de Pérez de Moya y otro del

citado *Guzmán*: los dos son alegorías. Es evidente que la forma de la alegoría, como procedimiento de la crisis, venía madurando desde atrás en el pensamiento literario del jesuita.

Alegoría es, dentro de la novela, encerrar la vida en cuatro estaciones. Alegoría es, y de las más viejas, representar la vida como un camino difícil, con amplia tradición desde la Biblia hasta los autores espirituales de los siglos XVI y XVII. Las dos citadas son las más evidentes, porque afectan a todo el relato, pero hay más, todas ellas bien avaladas por la tradición cristiana: la rueda del tiempo, la danza de la muerte, el castillo interior, el gran teatro del mundo, el mundo al revés… Así hasta sesenta y tres pasajes, según cómputo de Romera-Navarro que no deja de crecer.

Una extensión más del procedimiento alegórico son los nombres de la novela, desde los que identifican a los dos protagonistas hasta los de personajes aislados. **Critilo** es el hombre juicioso, en el que predomina la razón, prudente, sagaz, adiestrado por la experiencia, como atestigua la raíz griega *kríno*, 'juzgar', que le da nombre. **Andrenio** remite por igual a una voz griega (*aner, andrós*, 'hombre'), que esta vez es símbolo del hombre natural, sin experiencia ni educación, víctima de sus pasiones y apetitos. Y no deja de ser significativo que Gracián reserve para este personaje la raíz griega de «hombre», porque este término, en la semántica jesuítica, tenía el sentido de materia prima, sin elaborar, frente a la «persona» ('hombre bajo el control de la razón'), papel que encarna Critilo y, ya al final del libro, también Andrenio cuando descubre la imposibilidad de alcanzar a Felisinda.

Representan los protagonistas un primer tipo de alegorización, que consiste en la formación de nombres propios a partir de comunes, aunque conservando las connotaciones de estos últimos. Se pueden añadir muchos más, que coinciden generalmente con otros personajes no tan principales que van encontrando en las distintas cortes: Honoria (honor), Hipocrinda (hipocresía), Sofisbella («sofía», sabiduría), Vejecia (vejez), Artemia (arte), Falsirena (falso-sirena), Felisinda (Felicidad), Virtelia (virtud). En todos ellos, el nombre adquiere rasgos de verosimilitud por la semejanza que presenta con otros realmente existentes en castellano o en latín: Eugenio, Cirilo, Lucinda, Isabela, Vegecio, etcétera. Lo mismo sucede con otros personajes de menor categoría: Lucindo ('varón de luces'), Egenio (del latín *egenus*, 'pobre, necesitado'), Volusia (del latín *voluptas*, 'placer'). Hay algunos que no necesitan ni siquiera aclaración: Pachorra, don Fulano de Mazapán, Buenas Entrañas, Juan de Buen Alma, Buñuelo de Viento, Raposo, etcétera.

Ese tratamiento de los nombres (Gracián lo habría llamado «agudeza nominal») lleva aparejada una ventaja en el tratamiento alegórico: mientras que el nombre común abstracto es susceptible de delimitaciones, el nombre propio queda al margen de ellas y representa solo el ente que designa (*Hipocrinda* es la hipocresía en general, sin ninguna restricción). Y si en bastantes casos Gracián convierte un nombre común en propio, en otros sucede exactamente lo contrario, y se produce una conversión metafórica de un

apelativo en un sustantivo común. Se trata de la antonomasia, mecanismo expresivo que se incluye dentro de lo conceptuoso y que da buen juego en *El Criticón*. Gracián lo consigue sobre todo de dos maneras: mediante el plural de los nombres propios (los Belengabores o los Taicosamas, pero también los Nerones, Tiberios, Calígulas…) y mediante la anteposición del artículo *un* («un Catón», «un Séneca», «un don Alfonso el Magnánimo»…). Con estos procedimientos, el nombre pasa a ser una suerte de epíteto que conlleva un rasgo característico determinado (valentía, sabiduría, crueldad…).

Si a las dos anteriores se une ahora la técnica del anagrama («La biblioteca de Salastano», es decir, de Lastanosa), quedará medianamente completo el catálogo de los juegos nominales en *El Criticón*. Estos últimos, unidos a las alusiones también veladas a acontecimientos contemporáneos, lo convierten en una verdadera novela de clave, de manera que cuando se imprimió, cada una de las crisis debía tener todos los rasgos de un pasquín. Es el caso, por ejemplo, de la crisis séptima de la tercera parte («El yermo de Hipocrinda»), que los jesuitas valencianos interpretaron como una ofensa personal y a la Compañía de Jesús, y así se lo hicieron saber al general Goswin Nickel.

Gracián pone, por tanto, todos los elementos de que dispone al servicio de la alegoría. Hay que preguntarse entonces por el sentido último de esta técnica, dada la importancia que adquiere en la novela. Desde la Edad Media, el aparato alegórico tiene un sentido moral, y la explicación de cuál sea ese sentido queda clara al final de la última *crisi* de *El Criticón*. Cuando Andrenio y Critilo arriban a la isla de la Inmortalidad guiados por el Peregrino, los tres intentan entrar. El Mérito les pide la patente (el permiso), y les pregunta si esta venía legalizada por el Valor y autentificada por la Reputación. Las rúbricas que califican a los dos viajeros son todas sus peripecias a lo largo del viaje de la vida, las que permiten, en fin, que el guardián les franquee la entrada a la mansión de la Eternidad:

> Lo que vieron allí, lo mucho que lograron, quien quisiere saberlo y experimentarlo, tome el rumbo de la virtud insigne, del valor heroico, y llegará a parar al teatro de la fama, al trono de la estimación y al centro de la inmortalidad.

Esa es la lección moral que propone Gracián como conclusión; pero no se han de olvidar los elementos que posibilitan el paso a la mansión de la Eternidad, y que el jesuita describe morosamente en un largo párrafo que precede al citado. Allí, los sustantivos remiten a dos realidades bien definidas: la razón con todas sus variantes (filosofía, razón, atención, conocimiento, circunspección, sagacidad, saber, juicio…) y el desengaño (advertencia, escarmiento, verdad, desengaño, cautela…). Si esos son los resultados de todo el viaje de la vida, resulta clara la intención de Gracián. El desengaño, presente en todas las obras del jesuita (y no podía ser de otra manera, dada su plenitud barroca), aparece reflejado mucho más claramente en su novela; y el ejercicio de la razón, del juicio (*kríno*, Critilo, Crisis, Criticón) es la única vía posible para desenvolverse en el mundo.

SOBRE ESTA ANTOLOGÍA

Los fragmentos que siguen pertenecen todos a *El Criticón* de Baltasar Gracián. Si el lector se ha tomado la molestia de leer el prólogo antecedente (algo que, dicho sea de paso, no suele ocurrir), sabe ya bien que no es fácil resumir este libro, tanto por la dificultad de la prosa del jesuita como por tratarse de un relato de «carácter extraordinariamente ambicioso» por el que pasa toda la cultura tradicional de Occidente. Aunque faltan algunas cuestiones (y quizá sobre algún pasaje), la novela no es solo una *summa* retórica, sino también un espejo de toda la cultura hasta el Barroco, con vocación de totalidad: seleccionar significaba necesariamente en este caso amputar, con el dolor que conlleva la operación y con las consecuencias normales en el diseño de conjunto: la pérdida de la perspectiva, sobre todo cuando lo antologado en estas páginas representa tan solo una quinta parte de la novela.

El lector debe saber, pues, que lo que tiene en sus manos es un destilado: se han seleccionado los fragmentos más interesantes del texto del jesuita, casi siempre de boca de Critilo (o del narrador). Se ha podado todo el material narrativo de la trama general —ya resumida en la introducción al volumen—, y se recomienda encarecidamente la lectura del libro completo de Gracián para situar cada fragmento en su contexto.

Dicho esto, he prescindido de los pasajes que pudiesen resultar de muy difícil comprensión para el lector actual, y he privilegiado todos aquellos fragmentos —desde los breves como una sentencia hasta los relatos de varias páginas— que pueden iluminar al hombre de hoy. Porque esa es la baza que juega el belmontino casi cuatro siglos después: puede que su obra no sea sencilla, pero con su peculiar psicología supo calar como pocos el sentir del ser humano, su estar en el mundo, su maldad intrínseca y la dificultad que entraña estar vivo en sociedad. En 1650 y en el siglo XXI, los temas y los problemas humanos parecen ser los mismos, desde el vino y la mujer —de lo más pedestre a lo más elevado, aunque el jesuita no pensase precisamente eso de las féminas—, pasando por los políticos, la ocasión, la verdad, la mentira, el fingir, etcétera.

En cuanto a los criterios de edición, no se ha tocado la sintaxis, pues se habría perdido el peculiar estilo graciano. Apenas se ha modificado la morfología de algunas voces para adaptarlas al uso actual, o para evitar confusiones a un lector carente de los conocimientos filológicos necesarios para leer al autor del *Oráculo manual* sin ayuda. La acentuación y la puntuación se han adaptado a las normas ortográficas actuales.

BIBLIOGRAFÍA

Es imposible, en un volumen de carácter divulgativo como este, dar cuenta de la ingente cantidad de estudios y ediciones que ha suscitado la obra de Baltasar Gracián desde comienzos del siglo XX. Muchas veces con acierto, otras con mérito para integrar una cuarta parte de la novela graciana. Remito al lector interesado a las excelentes bibliografías de Elena Cantarino para Gracián en general y especialmente a la *Historia y crítica* de la novelita graciana compilada por Carlos Vaíllo (véase más abajo).

Ediciones relevantes de la obra:

Baltasar Gracián, *El Criticón*, ed. Miguel Romera-Navarro, Filadelfia: University of Pennsylvania Press, 3 vols., 1938-1940 (reed. Hildesheim-Nueva York, Georg Olms, 1978).

—, ed. Antonio Prieto, Barcelona: Planeta, 1985.

—, ed. Emilio Blanco, Madrid: Biblioteca Castro-Turner, 1993.

—, ed. Elena Cantarino, pról. Emilio Hidalgo Serna, Madrid: Espasa-Calpe, 1998.

—, ed. Carlos Vaíllo, prólogo de José Manuel Blecua, Barcelona: Círculo de Lectores, 2000.

—, ed. facsímil, estudio preliminar de Aurora Egido, Zaragoza: Institución Fernando el Católico, 2009.

—, eds. Luis Sánchez Laílla y José Enrique Laplana, Zaragoza: Institución Fernando el Católico, 2017.

Selección de estudios:

Ayala, Jorge M., *Gracián: Vida, estilo y reflexión*, Madrid: Cincel, 1987.

Blanco, Emilio, «Del dicho al hecho, o la invalidez del ejemplo: el caso de Gracián», *Dicenda. Cuadernos de Filología Hispánica*, 24 (2006), pp. 47-60.

—, «Del valor al crédito: conceptos económicos en Baltasar Gracián», en *Los conceptos de Gracián. Tercer Coloquio Internacional sobre Baltasar Gracián en ocasión de los 350 años de su muerte (Berlín, 27-29 de noviembre de 2008)*, ed. Sebastian Neumeister, Berlín: Edition Tranvia-Verlag Walter Frey, 2010, pp. 147-169.

—, «*Guzmán de Alfarache*, el canon teórico del siglo XVII y un modelo de agudeza», *Komparatistik Online* (2014), Heft 1, pp. 3-25.

—, «Gracián y las cantidades: peso y número», en *Wort und Zahl / Palabra y número*, ed. Christoph Strosetzki, Heidelberg: Universitatverlag Winter, 2015, pp. 187-199.

Blecua, José Manuel, «El estilo de *El Criticón* de Gracián», en *Sobre el rigor poético en España y otros ensayos*, Barcelona: Ariel, 1977, pp. 119-151.

Cantarino, Elena, «Bibliografía», en Aurora Egido y María Carmen Pina, coords., *Baltasar Gracián: Estado de la cuestión y nuevas perspectivas*, Zaragoza: Institución Fernando el Católico, 2001, pp. 175-227.

— y Emilio Blanco, coords., *Diccionario de conceptos de Baltasar Gracián*, Madrid: Cátedra, 2005.

Díez Fernández, José Ignacio, «Los apólogos de *El Criticón*», en *Baltasar Gracián. El discurso de una vida. Una nueva visión y lectura de su obra*, Jorge M. Ayala, coord., Barcelona; Anthropos, 1993, pp. 127-133.

Durin, Karine, *L'oeuvre de Baltasar Gracián entre littérature et philosophie: de* El Héroe *au* Criticón, Tesis de Doctorado, Université París III, Sorbonne Nouvelle, 1999.

Egido, Aurora, *La rosa del silencio. Estudios sobre Gracián,* Madrid: Alianza, 1996.

—, *Las caras de la prudencia y Baltasar Gracián*, Madrid: Castalia, 2000.

—, *La búsqueda de la inmortalidad en las obras de Baltasar Gracián*, Madrid: RAE, 2014.

Gambin, Felice, *Estilo e prudencia. Filosofia e practica nel pensiero di Baltasar Gracián*, Tesi di laurea all'Università di Padova, 1986.

García Gibert, Javier, *Baltasar Gracián*, Madrid: Síntesis, 2002.

Jiménez Moreno, Luis, *Gracián (1601-1658)*, Madrid: Ediciones del Orto, 2001.

Laplana, José Enrique, «Lastanosa y las ideas de Gracián sobre la conversación», en E. Laplana Gil, ed., *La cultura del Barroco. Los jardines: arquitectura, simbolismo y literatura*, Huesca: Instituto de Estudios Altoaragoneses, 2000, pp. 81-92.

Lázaro Carreter, Fernando, «El género literario de *El Criticón*», en *Gracián y su época. Actas de la I Reunión de Filólogos Aragoneses*, Zaragoza: Institución Fernando el Católico, 1986, pp. 67-87.

Neumeister, Sebastian y Briesemeister, Dietrich, eds., *El mundo de Gracián*, Berlín: Colloquium, 1991.

Pelegrin, Benito, *De la géographie allégorique du* Criticón *à l'espace jesuitique de Baltasar Gracián. Études d'endocritique*, Thèse d'État, Université de Bordeaux, 1982.

Romera Navarro, Miguel, «Las alegorías de *El Criticón*», en *Estudios sobre Gracián*, Austin: University of Texas Press, 1950, pp. 71-102.

Senabre, Ricardo, «*El Criticón* como *summa* retórica», en *Gracián y su época. Actas de la I Reunión de Filólogos Aragoneses*, Zaragoza: Institución Fernando el Católico, 1986, pp. 243-254.

Vaíllo, Carlos, «Vidas de peregrinación y aprendizaje por Europa: el *Satyricon* de Barclay y *El Criticón* de Gracián», en A. Sotelo y M. Cristina, eds., *Homenaje al Profesor Antonio Vilanova*, Barcelona: Universidad de Barcelona-PPU, I, pp. 737-748.

—, «*El Criticón*», en Aurora Egido y María Carmen Pina, coords., *Baltasar Gracián: Estado de la cuestión y nuevas perspectivas*, Zaragoza: Institución Fernando el Católico, 2001, pp. 103-116.

EL CRITICÓN

I, I

Náufrago Critilo, encuentra con Andrenio, que le da prodigiosamente razón de sí

[Naturaleza y arte]

Madrastra se mostró la naturaleza con el hombre, pues lo que le quitó de conocimiento al nacer le restituye al morir: allí porque no se perciban los bienes que se reciben, y aquí porque se sientan los males que se conjuran.

Todo cuanto inventó la industria humana ha sido perniciosamente fatal y en daño de sí misma: la pólvora es un horrible estrago de las vidas, instrumento de su mayor ruina, y una nave no es otro que un ataúd anticipado.

Como andan encadenadas las desdichas, unas a otras se introducen, y el acabarse una es de ordinario el engendrarse otra mayor.

[Conversación]

Es el hablar efecto grande de la racionalidad, que quien no discurre no conversa. «Habla —dijo el filósofo—, para que te conozca.» Comunícase el alma noblemente produciendo conceptuosas imágenes de sí en la mente del que oye, que es propiamente el conversar. No están presentes los que no se tratan, ni ausentes los que por escrito se comunican: viven los sabios varones ya pasados y nos hablan cada día en sus eternos escritos, iluminando perennemente los venideros. Participa el hablar de lo necesario y de lo gustoso, que siempre atendió la sabia naturaleza a hermanar ambas cosas en todas las funciones de la vida; consíguense con la conversación, a lo gustoso y a lo presto, las importantes noticias, y es el hablar atajo único para el saber: hablando, los sabios engendran otros, y por la conversación se conduce al ánimo la sabiduría dulcemente. De aquí es que las personas no pueden estar sin algún idioma común, para la necesidad y para el gusto, que aun dos niños arrojados de industria en una isla se inventaron lenguaje para comunicarse y entenderse. De suerte que es la noble conversación hija del discurso, madre del saber, desahogo del alma, comercio de los corazones, vínculo de la amistad, pasto del contento y ocupación de personas.

I, II

El gran teatro del universo

[Ambición humana]

Luego que el supremo Artífice tuvo acabada esta gran fábrica del mundo, dicen trató repartirla, alojando en sus estancias sus vivientes. Convocolos todos, desde el elefante hasta el mosquito; fueles mostrando los repartimientos y examinando a cada uno cuál de ellos escogía para su morada y vivienda. Respondió el elefante que él se contentaba con una selva, el caballo con un prado, el águila con una de las regiones del aire, la ballena con un golfo, el cisne con un estanque, el barbo con un río y la rana con un charco. Llegó el último el primero, digo el hombre, y examinado de su gusto y de su centro, dijo que él no se contentaba con menos que con todo el universo, y aun le parecía poco. Quedaron atónitos los circunstantes de tan exorbitante ambición, aunque no faltó luego un lisonjero que defendió nacer de la grandeza de su ánimo; pero la más astuta de todos:

—Eso no creeré yo —les dijo— sino que procede de la ruindad de su cuerpo. Corta le parece la superficie de la tierra, y así penetra y mina sus entrañas en busca del oro y de la plata para satisfacer en algo su codicia; ocupa y embaraza el aire con lo empinado de sus edificios, dando algún desahogo a su soberbia; surca los mares y sonda sus más profundos senos solicitando las perlas, los ámbares y los corales para adorno de su bizarro desvanecimiento; obliga todos los elementos a que le tributen cuanto abarcan, el aire sus aves, el mar sus peces, la tierra sus cazas, el fuego la sazón, para entretener, que no satisfacer, su gula; y aun se queja de que todo es poco: ¡oh, monstruosa codicia de los hombres!

Tomó la mano el soberano dueño y dijo:

—Mirad, advertid, sabed que al hombre lo he formado yo con mis manos para criado mío y señor vuestro, y como rey que es pretende señorearlo todo. Pero entiende, ¡oh, hombre! (aquí hablando con él), que esto ha de ser con la mente, no con el vientre, como persona, no como bestia. Señor has de ser de todas las cosas criadas, pero no esclavo de ellas: que te sigan, no te arrastren. Todo lo has de ocupar con el conocimiento tuyo y reconocimiento mío; esto es, reconociendo en todas las maravillas criadas las perfecciones divinas y pasando de las criaturas al Criador.

Cuando los ojos ven lo que nunca vieron, el corazón siente lo que nunca sintió.

[Admiración]

Fáltanos la admiración comúnmente a nosotros porque falta la novedad, y con esta la advertencia. Entramos todos en el mundo con los ojos del ánimo cerrados, y cuando los abrimos al conocimiento, ya la costumbre de ver las cosas, por maravillosas que sean,

no deja lugar a la admiración. Por eso los varones sabios se valieron siempre de la reflexión, imaginándose llegar de nuevo al mundo, reparando en sus prodigios, que cada cosa lo es, admirando sus perfecciones y filosofando artificiosamente. A la manera que el que paseando por un deliciosísimo jardín pasó divertido por sus calles, sin reparar en lo artificioso de sus plantas ni en lo vario de sus flores, vuelve atrás cuando lo advierte y comienza a gozar otra vez poco a poco y de una en una cada planta y cada flor, así nos acontece a nosotros, que vamos pasando desde el nacer al morir sin reparar en la hermosura y perfección de este universo; pero los varones sabios vuelven atrás, renovando el gusto y contemplando cada cosa con novedad en el advertir, si no en el ver.

Los mayores prodigios, si son fáciles y a todo querer, se envilecen; el uso libre hace perder el respeto a la más relevante maravilla, y en el mismo sol fue favor que se ausentase de noche para que fuese deseado a la mañana.

I, III

La hermosa naturaleza

[No admirarse]

El no admirarse procede del saber en los menos, que en los más del no advertir. No hay mayor alabanza de un objeto que la admiración (si calificada), que llega a ser lisonja porque supone excesos de perfección, por más que se retire a su silencio. Pero está ya muy vulgarizada, que nos suspenden las cosas, no por grandes, sino por nuevas; no se repara ya en los superiores empleos por conocidos, y así andamos mendigando niñerías en la novedad para acallar nuestra curiosa solicitud con la extravagancia. Gran hechizo es el de la novedad, que como todo lo tenemos tan visto, pagámonos de juguetes nuevos, así de la naturaleza como del arte, haciendo vulgares agravios a los antiguos prodigios por conocidos: lo que ayer fue un pasmo, hoy viene a ser desprecio, no porque haya perdido de su perfección, sino de nuestra estimación; no porque se haya mudado, antes porque no, y porque se nos hace de nuevo. Redimen esta civilidad del gusto los sabios con hacer reflexiones nuevas sobre las perfecciones antiguas, renovando el gusto con la admiración.

[Subordinación de las criaturas]

Ese es […] otro prodigioso efecto de la infinita sabiduría del Creador, con la cual dispuso todas las cosas en peso, con número y medida; porque, si bien se nota, cualquier cosa criada tiene su centro en orden al lugar, su duración en el tiempo y su fin especial en el obrar y en el ser. Por eso verás que están subordinadas unas a otras conforme al grado de su perfección. De los elementos que son los ínfimos en la naturaleza se componen los mixtos, y entre estos los inferiores sirven a los superiores. Esas hierbas y esas plantas que están en el más bajo grado de la vida, pues sola gozan la vegetativa, moviéndose y creciendo hasta un punto fijo de su perfección en el durar y crecer, sin poder pasar de allí, estas sirven de alimento a los sensibles vivientes, que están en el segundo orden de la vida, gozando de la sensible sobre la vegetante, y son los animales de la tierra, los peces del mar y las aves del aire: ellos pacen la hierba, pueblan los árboles, comen sus frutos, anidan en sus ramas, se defienden entre sus troncos, se cubren con sus hojas y se amparan con su toldo. Pero unos y otros, árboles y animales, se reducen a servir a otro tercer grado de vivientes mucho más perfectos y superiores que sobre el crecer y el sentir añaden el raciocinar, el discurrir y entender; y este es el hombre, que finalmente se ordena y se dirige para Dios, conociéndole, amándole y sirviéndole. De esta suerte, con tan maravillosa disposición y concierto, está todo ordenado, ayudándose las unas criaturas a las otras para su aumento y conservación. El agua necesita de la tierra que la sustente, la tierra del agua que la fecunde, el aire se aumenta del agua, y del aire se ceba y alienta el fuego. Todo está así ponderado y compasado para la unión de las partes y ellas, en orden a la conservación de todo el universo. Aquí son de considerar también

con especial y gustosa observación los raros modos y los convenientes medios de que proveyó a cada criatura la suma providencia para el aumento y conservación de su ser, y con especialidad a los sensibles vivientes, como más importantes y perfectos, dándole a cada uno su natural instinto para conocer el bien y el mal, buscando el uno y evitando el otro, donde son más de admirar que de referir las exquisitas habilidades de los unos para engañar y de los otros para escapar del engañoso peligro.

Dicen que los ojos […] se componen de los dos humores ácueo y cristalino, y esa es la causa porque gustan tanto de mirar las aguas, de suerte que sin cansarse estará embebido un hombre todo un día viéndolas brollar, caer y correr.

[Universo de contrarios]

Todo este universo se compone de contrarios y se concierta de desconciertos: uno contra otro, exclamó el filósofo. No hay cosa que no tenga su contrario con quien pelee, ya con victoria, ya con rendimiento; todo es hacer y padecer: si hay acción, hay repasión. Los elementos, que llevan la vanguardia, comienzan a batallar entre sí; síguenles los mixtos, destruyéndose alternativamente; los males acechan a los bienes, hasta la desdicha a la suerte. Unos tiempos son contrarios a otros, los mismos astros guerrean y se vencen, y aunque entre sí no se dañan a fuer de príncipes, viene a parar su contienda en daño de los sublunares vasallos. De lo natural pasa la oposición a lo moral; porque ¿qué hombre hay que no tenga su émulo?, ¿dónde irá uno que no guerree? En la edad se oponen los viejos a los mozos; en la complexión, los flemáticos a los coléricos; en el estado, los ricos a los pobres; en la región, los españoles a los franceses; y así, en todas las demás calidades, los unos son contra los otros. Pero ¿qué mucho, si dentro del mismo hombre, de las puertas a dentro de su terrena casa, está más encendida esta discordia?

[El mundo] todo él se compone de contrarios. Los humores comienzan la pelea: según sus parciales elementos, resiste el húmedo radical al calor nativo, que a la sorda le va limando y a la larga consumiendo. La parte inferior está siempre de ceño con la superior, y a la razón se le atreve el apetito y tal vez la atropella. El mismo inmortal espíritu no está exento de esta tan general discordia, pues combaten entre sí (y en él) muy vivas las pasiones: el temor las ha contra el valor, la tristeza contra la alegría; ya apetece, ya aborrece; la irascible se baraja con la concupiscible; ya vencen los vicios, ya triunfan las virtudes, todo es arma y todo guerra. De suerte que la vida del hombre no es otra que una milicia sobre la haz de la tierra. Mas ¡oh, maravillosa, infinitamente sabia providencia de aquel gran moderador de todo lo criado, que con tan continua y varia contrariedad de todas las criaturas entre sí, templa, mantiene y conserva toda esta gran máquina del mundo!

[Todo se renueva]

Trazó las cosas de modo el supremo Artífice […] que ninguna se acabase que no comenzase luego otra; de modo que de las ruinas de la primera se levanta la segunda. Con esto verás que el mismo fin es principio, la destrucción de una criatura es generación de la otra. Cuando parece que se acaba todo, entonces comienza de nuevo: la naturaleza se renueva, el mundo se remoza, la tierra se establece y el divino gobierno es admirado y adorado.

[Naturaleza perfecta]

Así que con razón confiesan todos los sabios que, aunque se juntaran todos los entendimientos criados y alambicaran sus discursos, no pudieran enmendar la más mínima circunstancia ni un átomo de la perfecta naturaleza. Y si aquel otro rey aplaudido de sabio porque conoció cuatro estrellas (tanto se estima en los príncipes el saber) se arrojó a decir que si él hubiera asistido al lado del divino Hacedor en la fábrica del Universo, muchas cosas se hubieran dispuesto de otro modo y otras mejorado, no fue tanto efecto de su saber, cuanto defecto de su nación, que, en este achaque del presumir, aun con el mismo Dios no se modera.

[Inclinación humana]

Es muy connatural […] en el hombre la inclinación a su Dios, como a su principio y su fin, ya amándole, ya conociéndole. No se ha hallado nación, por bárbara que fuese, que no haya reconocido la divinidad: grande y eficaz argumento de su divina esencia y presencia; porque en la naturaleza no hay cosa de balde ni inclinación que se frustre; si el imán busca el norte, sin duda que le hay donde se quiete; si la planta al sol, el pez al agua, la piedra al centro y el hombre a Dios, Dios hay que es su norte, centro y sol a quien busque, en quien pare y a quien goce. Este gran Señor dio el ser a todo lo criado, mas él de sí mismo le tiene, y aun por eso es infinito en todo género de perfección, que nadie le pudo limitar ni el ser, ni el lugar, ni el tiempo. No se ve, pero se conoce, y, como soberano Príncipe, estando retirado a su inaccesible incomprehensibilidad, nos habla por medio de sus criaturas. Así que con razón definió un filósofo este universo «espejo grande de Dios». «Mi libro» le llamaba el sabio indocto, donde en cifras de criaturas estudió las divinas perfecciones. «Convite es —dijo Filón Hebreo— para todo buen gusto donde el espíritu se apacienta.» «Lira acordada —le apodó Pitágoras— que con la melodía de su gran concierto nos deleita y nos suspende.» «Pompa de la majestad increada» Tertuliano, y «armonía agradable de los divinos atributos» Trismegisto.

I, IV
El despeñadero de la vida

[Estamos entre enemigos]

Advierte que ya estamos entre enemigos: ya es tiempo de abrir los ojos, ya es menester vivir alerta. Procura de ir con cautela en el ver, en el oír y mucha más en el hablar; oye a todos y de ninguno te fíes; tendrás a todos por amigos, pero guardarte has de todos como de enemigos.

[Variedad de genios]

Porque cada uno es hijo de su madre y de su humor, casado con su opinión, y así, todos parecen diferentes: cada uno de su gesto y de su gusto. Verás unos pigmeos en el ser y gigantes de soberbia; verás otros, al contrario, en el cuerpo gigantes y en el alma enanos. Toparás con vengativos que la guardan toda la vida y la pegan aunque tarde, hiriendo como el escorpión con la cola. Oirás, o huirás, los habladores, de ordinario necios, que dejan de cansar y muelen. Gustarás que unos se ven, otros se oyen; se tocan, y se gustan, otros de los hombres de burlas, que todo lo hacen cuento sin dar jamás en la cuenta. Embarazarte han los maniacos que en todo se embarazan. ¿Qué dirás de los largos en todo, dando siempre largas? Verás hombres más cortos que los mismos navarros, corpulentos sin sustancia; y, finalmente, hallarás muy pocos hombres que lo sean: fieras, sí, y fieros también, horribles monstruos del mundo que no tienen más que el pellejo y todo lo demás borra, y así son hombres borrados.

[Armas del hombre]

[…] la próvida naturaleza privó a los hombres de las armas naturales y como a gente sospechosa los desarmó: no se fió de su malicia. Y si esto no hubiera prevenido, ¡qué fuera de su crueldad! Ya hubieran acabado con todo. Aunque no les faltan otras armas mucho más terribles y sangrientas que esas, porque tienen una lengua más afilada que las navajas de los leones, con que desgarran las personas y despedazan las honras; tienen una mala intención más torcida que los cuernos de un toro y que hiere más a ciegas; tienen unas entrañas más dañadas que las víboras, un aliento más venenoso que el de los dragones, unos ojos envidiosos y malévolos más que los del basilisco, unos dientes que clavan más que los colmillos de un jabalí y que los dientes de un perro, unas narices fisgonas (encubridoras de su irrisión) que exceden a las trompas de los elefantes. De modo que solo el hombre tiene juntas todas las armas ofensivas que se hallan repartidas entre las fieras, y así, él ofende más que todas. Y, porque lo entiendas, advierte que entre los leones y los tigres no había más de un peligro, que era perder esta vida material y perecedera, pero entre los hombres hay muchos más y mayores: ya de perder la honra, la paz, la hacienda, el contento, la felicidad, la conciencia y aun el alma.

¡Qué de engaños, qué de enredos, traiciones, hurtos, homicidios, adulterios, envidias, injurias, detracciones y falsedades que experimentarás entre ellos! Todo lo cual no se halla ni se conoce entre las fieras. Créeme que no hay lobo, no hay león, no hay tigre, no hay basilisco, que llegue al hombre: a todos excede en fiereza.

[Crueldad suprema del hombre]

Y así dicen por cosa cierta, y yo la creo, que habiendo condenado en una república un insigne malhechor a cierto género de tormento muy conforme a sus delitos (que fue sepultarle vivo en una profunda hoya llena de ponzoñosas sabandijas, dragones, tigres, serpientes y basiliscos, tapando muy bien la boca porque pereciese sin compasión ni remedio), acertó a pasar por allí un extranjero, bien ignorante de tan atroz castigo, y sintiendo los lamentos de aquel desdichado, fuese llegando compasivo y, movido de sus plegarias, fue apartando la losa que cubría la cueva: al mismo punto saltó fuera el tigre con su acostumbrada ligereza, y cuando el temeroso pasajero creyó ser despedazado, vio que mansamente se le ponía a lamer las manos, que fue más que besárselas; saltó tras él la serpiente, y cuando la temió enroscada entre sus pies, vio que los adoraba; lo mismo hicieron todos los demás, rindiéndosele humildes y dándole las gracias de haberles hecho una tan buena obra como era librarles de tan mala compañía cual la de un hombre ruin, y añadieron que en pago de tanto beneficio le avisaban huyese luego, antes que el hombre saliese, si no quería perecer allí a manos de su fiereza; y al mismo instante echaron todos ellos a huir, unos volando, otros corriendo. Estábase tan inmoble el pasajero cuan espantado, cuando salió el último el hombre, el cual, concibiendo que su bienhechor llevaría algún dinero, arremetió para él y quitole la vida para robarle la hacienda, que este fue el galardón del beneficio. Juzga tú ahora cuáles son los crueles, los hombres o las fieras.

[Pobreza sabia]

[…] lo que me acarreó de males la riqueza, me restituyó en bienes la pobreza. Puédolo decir con verdad, pues que aquí hallé la sabiduría (que hasta entonces no la había conocido), aquí el desengaño, la experiencia y la salud de cuerpo y alma. Viéndome sin amigos vivos, apelé a los muertos: di en leer, comencé a saber y a ser persona (que hasta entonces no había vivido la vida racional, sino la bestial), fui llenando el alma de verdades y de prendas, conseguí la sabiduría y con ella el bien obrar, que ilustrado una vez el entendimiento, con facilidad endereza la ciega voluntad: él quedó rico de noticias, y ella de virtudes. Bien es verdad que abrí los ojos cuando no hubo ya que ver, que así acontece de ordinario. Estudié las nobles artes y las sublimes ciencias, entregándome con afición especial a la moral filosofía, pasto del juicio, centro de la razón y vida de la cordura. Mejoré de amigos, trocando un mozo liviano por un Catón severo,

y un necio por un Séneca: un rato escuchaba a Sócrates, y otro al divino Platón. Con esto pasaba con alivio y aun con gusto aquella sepultura de vivos, laberinto de mi libertad.

[Mudanza de lugar]

[…] celebrando por verdadero aquel dicho común que con la mudanza del lugar se muda también de fortuna.

I, V

Entrada del mundo

[Entrada del mundo]

Cauta, si no engañosa, procedió la naturaleza con el hombre al introducirle en este mundo, pues trazó que entrase sin género alguno de conocimiento, para deslumbrar todo reparo: a oscuras llega, y aun a ciegas, quien comienza a vivir, sin advertir que vive y sin saber qué es vivir. Críase niño, y tan rapaz, que cuando llora, con cualquier niñería le acalla y con cualquier juguete le contenta. Parece que le introduce en un reino de felicidades, y no es sino un cautiverio de desdichas; que cuando llega a abrir los ojos del alma, dando en la cuenta de su engaño, hállase empeñado sin remedio, vese metido en el lodo de que fue formado; y ya, ¿qué puede hacer sino pisarlo, procurando salir de él como mejor pudiere? Persuádome que, si no fuera con este universal ardid, ninguno quisiera entrar en un tan engañoso mundo, y que pocos aceptaran la vida después si tuvieran estas noticias antes. Porque ¿quién, sabiéndolo, quisiera meter el pie en un reino mentido y cárcel verdadera a padecer tan muchas como varias penalidades?: en el cuerpo, hambre, sed, frío, calor, cansancio, desnudez, dolores, enfermedades; y en el ánimo, engaños, persecuciones, envidias, desprecios, deshonras, ahogos, tristezas, temores, iras, desesperaciones; y salir al cabo condenado a miserable muerte, con pérdida de todas las cosas, casa, hacienda, bienes, dignidades, amigos, parientes, hermanos, padres y la misma vida cuando más amada. Bien supo la naturaleza lo que hizo, y mal el hombre lo que aceptó. Quien no te conoce, ¡oh, vivir!, te estime; pero un desengañado tomara antes haber sido trasladado de la cuna a la urna, del tálamo al túmulo. Presagio común es de miserias el llorar al nacer, que aunque el más dichoso cae de pies, triste posesión toma; y el clarín con que este hombre rey entra en el mundo no es otro que su llanto, señal que su reinado todo ha de ser de penas: pero ¿cuál puede ser una vida que comienza entre los gritos de la madre que la da y los lloros del hijo que la recibe? Por lo menos, ya que le faltó el conocimiento, no el presagio de sus males, y si no los concibe, los adivina.

[Mundo civil y natural]

Todo cuanto obró el supremo Artífice está tan acabado que no se puede mejorar; mas todo cuanto han añadido los hombres es imperfecto. Criolo Dios muy concertado, y el hombre lo ha confundido: digo, lo que ha podido alcanzar; que aun donde no ha llegado con el poder, con la imaginación ha pretendido trabucarlo.

[Ser persona]

Todo es extremos el hombre […]. Ahí verás lo que cuesta el ser persona. Los brutos luego lo saben ser, luego corren, luego saltan; pero al hombre cuéstale mucho porque es mucho.

[Las apariencias]

No envidies […] lo que no conoces, ni la llames felicidad hasta que veas en qué para. De estas cosas toparás muchas en el mundo, que no son lo que parecen, sino muy al contrario. Ahora comienzas a vivir; irás viviendo y viendo.

[Mala inclinación humana]

Créeme que ni el alabar ni el vituperar ha de ser hasta el fin. Sabrás que aquella primera tirana es nuestra mala inclinación, la propensión al mal. Esta es la que luego se apodera de un niño, previene a la razón y se adelanta; reina y triunfa en la niñez, tanto que los propios padres con el intenso amor que tienen a sus hijuelos condescienden con ellos, y porque no llore el rapaz le conceden cuanto quiere, déjanle hacer su voluntad en todo y salir con la suya siempre: y así, se cría vicioso, vengativo, colérico, glotón, terco, mentiroso, desenvuelto, llorón, lleno de amor propio y de ignorancia, ayudando de todas maneras a la natural, siniestra inclinación. Apodéranse con esto de un muchacho sus pasiones, cobran fuerza con la paternal connivencia, prevalece la depravada propensión al mal, y esta, con sus caricias, trae un tierno infante al valle de las fieras a ser presa de los vicios y esclavo de sus pasiones. De modo que cuando llega la razón, que es aquella otra reina de la luz, madre del desengaño, con las virtudes sus compañeras, ya los halla depravados, entregados a los vicios, y muchos de ellos sin remedio; cuéstale mucho sacarlos de las uñas de sus malas inclinaciones, y halla grande dificultad en encaminarlos a lo alto y seguro de la virtud, porque es llevarlos cuesta arriba.

Perecen muchos y quedan hechos oprobio de su vicio, y más los más ricos, los hijos de señores y de príncipes, en los cuales el criarse con más regalo es ocasión de más vicio; los que se crían con necesidad y tal vez entre los rigores de una madrastra son los que mejor libran, como Hércules, y ahogan estas serpientes de sus pasiones en la misma cuna.

[Auténtica piedra de toque]

Has de saber […] que lo que fabulosamente atribuyeron muchos a algunas piedras, aquí se halla ser evidencia, porque esta es el verdadero carbunclo que resplandece en medio de las tinieblas, así de la ignorancia como del vicio; este es el diamante finísimo que entre los golpes del padecer y entre los incendios del apetecer está más fuerte y

brillante; esta es la piedra de toque que examina el bien y mal; esta, la imán atenta al norte de la virtud; finalmente, esta es la piedra de todas las virtudes que los sabios llaman el dictamen de la razón, el más fiel amigo que tenemos.

[Camino seguro]

¿No adviertes […] que casi todos toman el camino ajeno y dan por el extremo contrario de lo que se pensaba? El necio da en presumido, y el sabio hace del que no sabe; el cobarde afecta el valor y todo es tratar de armas y pistolas, y el valiente las desdeña; el que tiene da en no dar, y el que no tiene desperdicia; la hermosa afecta el desaliño, y la fea revienta por parecer; el príncipe se humana, y el hombre bajo afecta divinidades; el elocuente calla, y el ignorante se lo quiere hablar todo; el diestro no osa obrar, y el zurdo no para. Todos, al fin, verás que van por extremos, errando el camino de la vida de medio a medio. Echemos nosotros por el más seguro, aunque no tan plausible, que es el de una prudente y feliz medianía, no tan dificultoso como el de los extremos por contenerse siempre en un buen medio.

I, VI
Estado del siglo

[Naturaleza humana]

Unos lo quieren ser todo, y al cabo son menos que nada: valiera más no hubieran sido.

[Olvidar el propio pasado]

Materia de harta lástima para unos, y de risa para otros, ver que el que ayer no se levantaba de la tierra, ya le parece poco un palacio; ya habla sobre el hombro el que ayer llevaba la carga en él; el que nació entre las malvas pide los artesones de cedro; el desconocido de todos hoy desconoce a todos; el hijo tiene el puntillo de los muchos que dio su padre; el que ayer no tenía para pasteles, asquea el faisán; blasona de linajes el de conocido solar; el vos es señoría. Todos pretenden subir y ponerse sobre los cuernos de la luna, más peligrosos que los de un toro, pues estando fuera de su lugar es forzoso dar abajo con ejemplar infamia.

[Naturaleza humana]

He aquí que en la humana esta gran monstruosidad cada día sucede. No se da ya en el mundo a quien no tiene, sino a quien más tiene. A muchos se les quita la hacienda porque son pobres, y se los adjudica a otros porque la tienen. Pues las dádivas no van sino a donde hay, ni se hacen los presentes a los ausentes. El oro dora la plata; esta acude al reclamo de otra. Los ricos son los que heredan, que los pobres no tienen parientes; el hambriento no halla un pedazo de pan, y el ahíto está cada día convidado; el que una vez es pobre, siempre es pobre: y de esta suerte, todo el mundo le hallaréis desigual.

[Mundo sin pies ni cabeza]

Advertid que los que habían de ser cabezas por su prudencia y saber, esos andan por el suelo, despreciados, olvidados y abatidos. Al contrario, los que habían de ser pies por no saber las cosas ni entender las materias, gente incapaz, sin ciencia ni experiencia, esos mandan. Y así va el mundo, cual digan dueñas: mejor fuera dueños. No hallaréis cosa con cosa. Y a un mundo que no tiene pies ni cabeza, de merced se le da el descabezado.

[Ser persona]

Advertid […] que los más de los mortales, en vez de ir adelante en la virtud, en la honra, en el saber, en la prudencia y en todo, vuelven atrás. Y así, muy pocos son los que llegan a ser personas.

[Políticos]

De este modo corren hoy los estadistas, al revés de los demás; así proceden en sus cosas para desmentir toda atención ajena, para deslumbrar discursos. No querrían que por las huellas les rastreasen sus fines: señalan a una parte y dan en otra; publican uno y ejecutan otro; para decir no, dicen sí; siempre al contrario, cifrando en las encontradas señales su vencimiento. Para estos es menester un otro Hércules que, con la maña y la fuerza, averigüe sus pisadas y castigue sus enredos.

[Los ciegos guían]

Que un ciego guíe a otro gran necedad es, pero ya vista, y caer ambos en una profundidad de males; pero que un ciego de todas maneras quiera guiar a los que ven, ese es disparate nunca oído.

[Los ignorantes son maestros]

Este es un error muy común, una desesperación trascendental, necedad de cada día y mucho más de nuestros tiempos. Los que menos saben tratan de enseñar a los otros; unos hombres embriagos intentan leer cátedra de verdades. De suerte que hemos visto que un ciego de la torpe afición de una mujer tan fea cuan infame, llevó infinitas gentes tras sí, despeñándose todos en un profundo de eterna calamidad: y esta no es la octava maravilla, el octavo monstruo sí, que el primer paso de la ignorancia es presumir saber, y muchos sabrían si no pensasen que saben.

[Médicos]

Y es de advertir que donde hay más doctores, hay más dolores. Esto dice de ellos la ojeriza común, pero engáñase en la venganza vulgar, porque yo tengo por cierto que del médico nadie puede decir ni bien ni mal: no antes de ponerse en sus manos, porque aún no tiene experiencia; no después, porque no tiene ya vida. Pero advertid que no hablo del médico material, sino de los morales, de los de la república y costumbres, que en vez de remediar los achaques e indisposiciones por obligación, ellos mismos los conservan y aumentan, haciendo dependencia de lo que había de ser remedio.

[Mundo trabucado]

Harto lo censuran los sabios y lo lloran los filósofos. Aseguran unos que la Fortuna, como está ciega y aun loca, lo revuelve todo cada día, no dejando cosa en su lugar ni tiempo. Otros dicen que cuando cayó el lucero de la mañana aquel aciago día, dio tal golpe en el mundo que le sacó de sus quicios, trastornándole de alto a bajo. Ni falta quien eche la culpa a la mujer, llamándola el duende universal que todo lo revuelve. Mas yo digo que donde hay hombres no hay que buscar otro achaque: uno solo basta a desconcertar mil mundos, y el no poderlo era lo que lloraba el otro grande inquietador. Mas digo que, si no previniera la divina sabiduría que no pudieran llegar los hombres al primer móvil, ya estuviera todo barajado y anduviera el mismo cielo al revés: un día saliera el sol por el poniente y caminara al oriente, y entonces fuera España cabeza del mundo sin contradicción alguna, que no hubiera quien viviera con ella. Y es cosa de notar que, siendo el hombre persona de razón, lo primero que ejecuta es hacerla a ella esclava del apetito bestial. De este principio se originan todas las demás monstruosidades, todo va al revés en consecuencia de aquel desorden capital: la virtud es perseguida, el vicio aplaudido; la verdad muda, la mentira trilingüe; los sabios no tienen libros, y los ignorantes librerías enteras; los libros están sin doctor, y el doctor sin libros; la discreción del pobre es necedad, y la necedad del poderoso es celebrada; los que habrían de dar vida, matan; los mozos se marchitan, y los viejos reverdecen; el derecho es tuerto. Y ha llegado el hombre a tal punto de desatino que no sabe cuál es su mano derecha, pues pone el bien a la izquierda, lo que más le importa echa a las espaldas, lleva la virtud entre pies, y en lugar de ir adelante vuelve atrás.

I, VII

La fuente de los engaños

[La mentira]

Declararon todos los males al hombre por su enemigo común, no más de por tener él razón. Estando ya para darle la batalla, dicen que llegó al campo la Discordia, que venía, no del infierno, como algunos pensaron, ni de los pabellones militares, como otros creyeron, sino de casa de la hipócrita Ambición. En estando allí, hizo de las suyas: movió una reñida competencia sobre quién había de llevar la vanguardia, no queriendo ceder ningún vicio esta ventaja del valor y del valer. Pretendía la Gula, por primera pasión del hombre, que comienza a triunfar desde la cuna. La Lascivia llevábalo por valiente, jactándose de la más poderosa pasión, refiriendo sus victorias, y favorecíanla muchos. La Codicia alegaba ser la raíz de todos los males. La Soberbia blasonaba su nobleza, haciéndose oriunda del cielo, y ser el vicio más de hombres, cuando los demás son de bestias. La Ira lo tomaba fuertemente. De esta suerte peleaban entre sí, y todo paraba en confusión. Tomó la mano la Malicia e hízoles una pesadamente grave arenga: encargoles sobre todo la unión, aquel ir encadenados todos, y tocando el punto de la dificultad, les dijo:

—Esa bizarría del embestir, sabida cosa es que toca a mi hija primogénita la Mentira: ¿quién dudó jamás en eso? Ella es la autora de toda maldad, fuente de todo vicio, madre del pecado, arpía que todo lo inficiona, fitón que todo lo anda, hidra de muchas cabezas, Proteo de muchas formas, centimano que a todas manos pelea, Caco que a todos desmiente, progenitora al fin del Engaño, aquel poderoso rey que abarca todo el mundo entre engañadores y engañados, unos de ignorancia y otros de malicia. La Mentira, pues, con el Engaño embistan la incauta candidez del hombre cuando mozo y cuando niño valiéndose de sus invenciones, ardides, estratagemas, asechanzas, trazas, ficciones, embustes, enredos, embelecos, dolos, marañas, ilusiones, trampas, fraudes, falacias y todo género de italiano proceder; que de este modo, entrando los demás vicios por su orden, sin duda que tarde o temprano, a la mocedad o a la vejez, se conseguirá la deseada victoria.

[Saber discurrir]

Cuando vieres un presumido de sabio, cree que es un necio; ten al rico por pobre de los verdaderos bienes; el que a todos manda es esclavo común; el grande de cuerpo no es muy hombre, el grueso tiene poca sustancia, el que hace el sordo oye más de lo que querría, el que mira lindamente es ciego o cegará, el que huele mucho huele mal a todos, el hablador no dice cosa, el que ríe regaña, el que murmura se condena, el que come más come menos, el que se burla tal vez se confiesa, el que dice mal de la mercadería la quiere, el que hace el simple sabe más. Al que nada le falta él se falta a sí mismo, al

avaro tanto le sirve lo que tiene como lo que no tiene. El que gasta más razones tiene menos, el más sabio suele ser menos entendido; darse buena vida es acabar; el que la ama la aborrece, el que te unta los cascos ese te los quiebra, el que te hace fiestas te ayuna; la necedad la hallarás de ordinario en los buenos pareceres; el muy derecho es tuerto, el mucho bien hace mal, el que excusa pasos da más; por no perder un bocado se pierden ciento; el que gasta poco gasta doblado, el que te hace llorar te quiere bien: y al fin, lo que uno afecta y quiere parecer, eso es menos.

[Guárdate del agua clara]

Aun del agua clara ya no hay que fiar, pues con todo ese claro proceder adultera las cosas, representándolas mayores de lo que son, y a veces más altas, y otras las esconde en el profundo.

[Vida como tragedia]

Sabe, pues, que aquel desdichado extranjero es el hombre de todos, y todos somos él. Entra en este teatro de tragedias llorando; comiénzanle a cantar y encantar con falsedades; desnudo llega y desnudo sale, que nada saca después de haber servido a tan ruines amos. Recíbele aquel primer embustero, que es el Mundo, ofrécele mucho y nada cumple, dale lo que a otros quita para volvérselo a tomar con tal presteza que lo que con una mano le presenta, con la otra se lo ausenta, y todo para en nada. Aquel otro que le convida a holgarse es el Gusto, tan falso en sus deleites cuan cierto en sus pesares; su comida es sin sustancia, y su bebida venenos. A lo mejor, falta el fundamento de la Verdad, y da con todo en tierra. Llega la Salud, que cuanto más le asegura más le miente. Aquellos que le dan priesa son los Males; las Penas le dan vaya, y grita los Dolores: vil canalla toda de la Fortuna. Finalmente, aquel viejo peor que todos, de malicia envejecida, es el Tiempo, que le da el traspié y le arroja en la sepultura, donde le deja muerto, solo, desnudo y olvidado. De suerte que, si bien se nota, todo cuanto hay se burla del miserable hombre: el mundo le engaña, la vida le miente, la fortuna le burla, la salud le falta, la edad se pasa, el mal le da priesa, el bien se le ausenta, los años huyen, los contentos no llegan, el tiempo vuela, la vida se acaba, la muerte le coge, la sepultura le traga, la tierra le cubre, la pudrición le deshace, el olvido le aniquila: y el que ayer fue hombre, hoy es polvo, y mañana nada. Pero ¿hasta cuándo perdidos habemos de estar, perdiendo el precioso tiempo? Volvamos ya a nuestro camino derecho, que aquí, según veo, no hay que aguardar sino un engaño tras otro engaño.

I, VIII
Las maravillas de Artemia

[Arte]

Buen ánimo contra la inconstante fortuna, buena naturaleza contra la rigurosa ley, buena arte contra la imperfecta naturaleza y buen entendimiento para todo. Es el arte complemento de la naturaleza y un otro segundo ser que por extremo la hermosea y aun pretende excederla en sus obras. Préciase de haber añadido un otro mundo artificial al primero, suple de ordinario los descuidos de la naturaleza, perfeccionándola en todo: que sin este socorro del artificio, quedara inculta y grosera. Este fue sin duda el empleo del hombre en el Paraíso cuando le revistió el Creador la presidencia de todo el mundo y la asistencia en aquel para que lo cultivase: esto es, que con el arte lo aliñase y puliese. De suerte que es el artificio gala de lo natural, realce de su llaneza; obra siempre milagros. Y si de un páramo puede hacer un paraíso, ¿qué no obrará en el ánimo cuando las buenas artes emprenden su cultura?

[Artemia]

Érase una gran reina, muy celebrada por sus prodigiosos hechos, confinante con este primer rey, y por el consiguiente tan contraria suya que de ordinario traían guerra declarada y muy sangrienta. Llamábase aquella, que no niega su nombre ni sus hechos, la sabia y discreta Artemia, muy nombrada en todos los siglos por sus muchas y raras maravillas; si bien se hablaba de ella con grande variedad, porque aunque los entendidos sentían de sus acciones como quien ellos son y ella merece, pero lo común era decir ser una valiente maga, una grande hechicera, aunque más admirable que espantosa. Muy diferente de la otra Circe, pues no convertía los hombres en bestias, sino al contrario, las fieras en hombres. No encantaba las personas, antes las desencantaba. De los brutos hacía hombres de razón; y había quien aseguraba haber visto entrar en su casa un estólido jumento, y dentro de cuatro días salir hecho persona. De un topo hacer un lince era fácil para ella; convertía los cuervos en cándidas palomas, que era ya más dificultoso, así como hacer parecer leones las mismas liebres, y águilas los tagarotes; de un búho hacía un jilguero. Entregábanle un caballo, y cuando salía de sus manos no le faltaba sino hablar, y aun dicen que realmente enseñaba a hablar las bestias; pero mucho mejor a callar, que no era poco recabarlo de ellas.

Daba vida a las estatuas y alma a las pinturas: hacía muy de todo género de figuras y figurillas personas de sustancia. Y, lo que más admiraba, de los titibilicios, cascabeles y esquiroles hacía hombres de asiento y muy de propósito, y a los chisgarabises infundía gravedad. De una personilla hacía un gigante, y convertía las monerías en madureces; de un hombre de burlas formaba un Catón severo. Hacía medrar un enano en pocos días, que llegaba a ser un Tifeo. Los mismos títeres convertía en hombres sustanciales y de

fondo, que no hiciera más la misma prudencia. Los ciegos del todo transformaba en Argos, y hacía que los interesados no fuesen los postreros en saber las cosas. Los dominguillos de borra, los hombrecillos de paja, convertía en hombres de veras. A las víboras ponzoñosas, no solo les quitaba todo el veneno, pero hacía triaca muy saludable de ellas.

En las personas ejercitaba su saber y su poder con más admiración cuanto era mayor la dificultad, porque a los más incapaces infundía saber, que casi no ha dejado bobos en el mundo, y sí algunos maliciosos. Daba, no solo memoria a los entronizados, pero entendimiento a los infelices; de un loco declarado hacía un Séneca, y de un hijo de vecino un gran ministro; de un alfeñique un capitán general tan valiente como un duque de Alburquerque, y de un osado mozo un virrey excelentísimo del mismo Nápoles; de un pigmeo un gigantón de las Indias; de unos horribles monstruos hacía ángeles, cosa que estimaban mucho las mujeres.

Viéronla, a veces, de repente hacer de un páramo un pensil, y que prendían los árboles donde no prendieran las varas mismas. Dondequiera que ponía el pie formaba luego una corte y una ciudad tan culta como la misma Florencia; ni le era imposible erigir una triunfante Roma.

De esta suerte y a esta traza, contaban de ella que no acababan cosas tan maravillosas como plausibles.

I, IX

Moral anatomía del hombre

[Moral anatomía del hombre]

Eternizaron con letras de oro los antiguos en las paredes de Delfos, y mucho más con caracteres de estimación en los ánimos de los sabios, aquel célebre sentimiento de Biante: «Conócete a ti mismo». Ninguna de todas las cosas criadas yerra su fin, sino el hombre: él solo desatina, ocasionándole este achaque la misma nobleza de su albedrío. Y quien comienza ignorándose, mal podrá conocer las demás cosas. Pero ¿de qué sirve conocerlo todo, si a sí mismo no se conoce? Tantas veces degenera en esclavo de sus esclavos cuantas se rinde a los vicios. No hay salteadora Esfinge que así oprima al viandante (digo, viviente) como la ignorancia de sí, que en muchos se condena estupidez, pues ni aun saben que no saben, ni advierten que no advierten.

[Mayor prodigio el hombre]

Entre todas las maravillas criadas para el hombre, el mismo hombre fue la mayor de todas. Así también lo generaliza el príncipe de los filósofos en su tan asentada máxima que siempre es más aquello por quien otro es tal. De modo que si para el hombre fueron criadas tan preciosas las piedras, tan hermosas las flores y tan brillantes las estrellas, mucho más lo es el mismo hombre para quien fueron destinadas: él es la criatura más noble de cuantas vemos, monarca en este gran palacio del mundo, con posesión de la tierra y con expectativa del cielo, criado de Dios, por Dios y para Dios.

[Cabeza, cielo del hombre]

Así como Dios, aunque asiste en todas partes, pero con especialidad en el cielo, donde se permite su grandeza, así el alma se ostenta en este puesto superior, retrato de los celestes orbes. Quien quisiere verla búsquela en los ojos; quien oírla, en la boca; y quien hablarla, en los oídos. Está la cabeza en el más eminente lugar, ya por autoridad, ya por oficio, porque mejor perciba y mande.

[Unidad de la cabeza]

Y aquí he notado yo con especial atención […] que aunque las partes de esta gran república del cuerpo son tantas, que solo los huesos llenan los días del año, y esta numerosidad, con tal armonía que no hay número que no se emplee en ellas, como, digamos, cinco son los sentidos, cuatro los humores, tres las potencias, dos los ojos: todas vienen a reducirse a la unidad de una cabeza, retrato de aquel primer móvil divino a quien viene a reducirse por sus gradas toda esta universal dependencia.

[Entendimiento elevado]

Ocupa el entendimiento —dijo Artemia— el más puro y sublime retrete, que aun en lo material fue aventajado como mayorazgo de las potencias, rey y señor de las acciones de la vida, que allí se remonta, alcanza, penetra, sutiliza, discurre, atiende y entiende. Estableció su trono en una ilesa candidez, librea propia del alma, extrañando toda oscuridad en el concepto y toda mancha en el afecto, masa suave y flexible, apoyando dotes de docilidad, moderación y prudencia. La memoria atiende a lo pasado, y así se hizo tan atrás cuanto el entendimiento adelante; no pierde de vista lo que fue, y porque echamos comúnmente atrás lo que más nos importa, previno este descuido haciendo Jano a todo cuerdo.

[Ojos, miembros divinos]

Con todo, reparé yo mucho en una cosa […], y es que, aunque los ojos todo lo ven, no se ven a sí mismos, ni aun las vigas que suelen estar en ellos, condición propia de necios: ver todo lo que pasa en las casas ajenas, ciegos para las propias. Y no fuera poca conveniencia que el hombre se mirara a sí mismo, ya para que se temiera y moderara sus pasiones, ya para que reparara sus fealdades.

Mas para tanto ver, poco parecen dos ojos, y esos tan juntos; de una alhaja tan preciosa lleno había de estar todo este animado palacio. Pero ya que hayan de ser dos no más, pudiéranse repartir, y que uno estuviera delante para ver lo que viene y el otro atrás para lo que queda: con eso, nunca perdieran de vista las cosas.

Yo, si hubiera de añadir ojos, antes los pusiera a los lados, encima de los oídos, y muy abiertos, para que viera quién se le pone al lado, quién se le entremete a amigo; y con eso, no perecieran tantos de aquel mortal achaque del costado, viera el hombre con quién habla, con quién se ladea, que es uno de los más importantes puntos de la vida, y vale más estar solo que mal aconsejado. Pero advierte que dos ojos bien empleados, bastantes son para todo: ellos miran derechamente lo que viene cara a cara, y de reojo lo que a traición. Al atento bástale una ojeada para descubrir cuanto hay. Y aun por eso fueron formados los ojos en esferas, que es la figura más apta para el ejercicio de ver: no cuadrada, no haya rincones, no se esconda lo que más importa que se vea. Bien están en la cara, porque el hombre siempre ha de mirar adelante y a lo alto. Y si hubiera otros en el cerebro, fuera ocasión de que al levantar los unos al cielo, abatiera los otros a la tierra, con cisma de afectos.

[Llorar los males]

¿Qué remedia los males el llorarlos? No sirve sino de aumentar penas. El reírse de todo el mundo, aquel no dársele cosa de cuanto hay, eso sí que es saber vivir.

[Oído]

Lo que menos convenía era que los ojos estuvieran con los oídos: tengo por cierto que no quedara verdad en el mundo. Antes, si yo los hubiera de disponer de otro modo, los retirara cien dedos de la vista o los pusiera atrás en el cerebro, de modo que oyera un hombre lo que detrás de él se dice, que aquello es lo verdadero. ¡Qué buena anduviera la justicia si ella viera la belleza que se excusa, la riqueza que se defiende, la nobleza que ruega, la autoridad que intercede y las demás calidades de los que hablan! Sea ciega, que eso es lo que conviene. Bien están los oídos en un medio, no adelante, porque no oigan antes con antes, ni detrás, porque no perciban tarde.

[Hacerse el sordo]

Bien veo yo que la mitad, y aun las tres partes de las cosas que se oyen, son impertinentes y aun dañosas; mas para eso hay un gran remedio, que es hacer el sordo, que se puede y es el mejor de ellos: esto es, hacer orejas de cuerdo, que es la mayor ganancia. Además de que hay algunas razones tan sin ella, que no bastan párpados, y entonces es menester tapiar los oídos con ambas manos; que, pues suelen ayudar a oír, ayuden también a desoír. Préstenos su sagacidad la serpiente, que cosiendo el un oído con la tierra, tapa el otro con el fin, dando a todo buena salida.

[Forma de las orejas]

Para eso formó la naturaleza las orejas como coladeros de palabras, embudos del saber. Y si lo notas, ya previno de antemano ese inconveniente disponiendo este órgano en forma de laberinto tan caracoleado, con tantas vueltas y revueltas, que parecen rastrillos y traveses de fortaleza, para que de este modo entren coladas las palabras, purificadas las razones y haya tiempo de discernir la verdad de la mentira. Luego hay su campanilla muy sonora donde resuenen las voces y se juzgue por el sonido si son faltas o son falsas. ¿No has notado también que dio la naturaleza despedida por el oído a aquel licor amargo de la cólera? ¿Pensarás tú, a lo vulgar, que fue esto para impedir el paso a algunas sabandijas, que topando con aquella amargura pegajosa se detengan y perezcan? Pues advierte que mucho más pretendió con eso, más alto fin tuvo, contra otras más perniciosas previno aquella defensa: topen las palabras blandas de la Circe con aquella amargura del recatado disgusto, deténganse allí los dulces engaños del lisonjero, hallen el desabrimiento de la cordura con que se templen.

[Escuchar a las dos partes]

Finalmente, dos son los oídos para que pueda el sabio guardar el uno virgen para la otra parte; haya primera y segunda información, y procure que si se adelantó a ocupar la una oreja la mentira, se conserve la otra intacta para la verdad, que suele ser la postrera.

[Obrar con medida]

Y porque todos estos empleos —dijo Artemia— vayan ajustados a la razón, depositó en ellas la sagaz naturaleza la cuenta, el peso y la medida. En sus diez dedos está el principio y fundamento del número; todas las naciones cuentan hasta diez, y de ahí suben multiplicando. Las medidas todas están en sus dedos, palmo, codo y brazada. Hasta el peso está seguro en la fidelidad de su tiento, sospesando y tanteando. Toda esta puntualidad fue menester para avisar al hombre que obre siempre con cuenta y razón, con peso y con medida. Y realzando más la consideración, advierte que en ese número de diez se incluye también el de los preceptos divinos, porque los lleve el hombre entre las manos. Ellas ponen en ejecución los aciertos del alma, encierran en sí la suerte de cada uno, no escrita en aquellas vulgares rayas, ejecutada sí en sus obras. Enseñan también escribiendo, y emplea en esto la diestra sus tres dedos principales, concurriendo cada uno con una especial calidad: da la fortaleza el primero y el índice la enseñanza, ajusta el medio, correspondiendo al corazón, para que resplandezcan en los escritos el valor, la sutileza y la verdad. Siendo, pues, las manos las que echan el sello a la virtud, no es de maravillar que, entre todas las demás partes del cuerpo, a ellas se les haga cortesía (correspondiendo con estimación) sellando en ellas los labios para agradecer y solicitar el bien. Y porque de pies a cabeza contemplemos el hombre tan misterioso, no es menos de observar su movimiento. Son los pies basas de su firmeza sobre quienes asientan dos columnas, huellan la tierra despreciándola y tocando de ella no más de lo preciso para sostener el cuerpo, van caminando y midiendo su fin, pisan llano y seguro.

[Envidia]

Advertid que después que esta fingida reina se ha introducido en el mundo, no hay verdad, todo está adulterado y fingido, nada es lo que parece, porque su proceder es la mitad del año con arte y engaño, y la otra parte con engaño y arte. De aquí es que los hombres no son ya los que solían, hechos al buen tiempo y a lo antiguo, que fue siempre lo mejor. Ya no hay niños, porque no hay candidez. ¿Qué se hicieron aquellos buenos hombres, con aquellos sayos de la inocencia, aquella gente de bien? Ya se han acabado aquellos viejos machuchos tan sólidos y verdaderos: el sí era sí, y el no era no. Ahora, todo al contrario, no toparéis sino hombrecillos maliciosos y bulliciosos, todo embeleco y fingimiento, y ellos dicen que es artificio. Y el que más tiene de esto vale más, ese se hace lugar en todas partes, medra en armas y aun en letras. Con esto, ya no hay niños: más malicia alcanza hoy uno de siete años que antes uno de setenta. Pues las mujeres, de pies a cabeza una mentira continuada, aliño de cornejas, todo ajeno y el engaño propio.

Tiene esta mentida reina arruinadas las repúblicas, destruidas las casas, acabadas las haciendas, porque se gasta al doble en los trajes de las personas y en el adorno de las casas: con lo que hoy se viste una mujer, se vestía antes todo un pueblo. Hasta en el comer nos ha perdido con tanta manera de manjares y sainetes, que antes todo iba a lo natural y a lo llano. Dice que nos ha hecho personas; yo digo que nos ha deshecho: no es vivir con tanto embeleco, ni es ser hombres el ser fingidos. Todas sus trazas son mentiras y todo su artificio es engaño.

I, X

El mal paso del salteo

[El mal paso del salteo]

Vulgar desorden es entre los hombres hacer de los fines medios, y de los medios hacer fines: lo que ha de ser de paso toman de asiento y del camino hacen descanso; comienzan por donde han de acabar, y acaban por el principio. Introdujo la sabia y próvida naturaleza el deleite para que fuese medio de las operaciones de la vida, alivio instrumental de sus más enfadosas funciones; que fue un grande arbitrio para facilitar lo más penoso del vivir. Pero aquí es donde el hombre más se desbarata, pues, más bruto que las bestias, degenerando de sí mismo, hace fin del deleite y de la vida hace medio para el gusto: no come ya para vivir, sino que vive para comer; no descansa para trabajar, sino que no trabaja por dormir; no pretende la propagación de su especie, sino la de su lujuria; no estudia para saberse, sino para desconocerse; ni habla por necesidad, sino por el gusto de la murmuración. De suerte que no gusta de vivir, sino que vive de gustar. De aquí es que todos los vicios han hecho su caudillo al deleite: él es el muñidor de los apetitos, precursor de los antojos, adalid de las pasiones y el que trae arrastrados los hombres, tirándole a cada uno su deleite.

I, XI

El golfo cortesano

[Golfo cortesano]

Visto un león, están vistos todos, y vista una oveja, todas; pero visto un hombre, no está visto sino uno, y aun ese no bien conocido. Todos los tigres son crueles, las palomas sencillas, y cada hombre de su naturaleza diferente. Las generosas águilas siempre engendran águilas generosas, mas los hombres famosos no engendran hijos grandes, como ni los pequeños, pequeños. Cada uno tiene su gusto y su gesto, que no se vive con solo un parecer. Proveyó la sagaz naturaleza de diversos rostros para que fuesen los hombres conocidos, sus dichos y sus hechos, no se equivocasen los buenos con los ruines, los varones se distinguiesen de las hembras, y nadie pretendiese solapar sus maldades con el semblante ajeno. Gastan algunos mucho estudio en averiguar las propiedades de las yerbas: ¡cuánto más importaría conocer las de los hombres, con quienes se ha de vivir o morir! Y no son todos hombres los que vemos, que hay horribles monstruos y aun acroceraunios en los golfos de las grandes poblaciones: sabios sin obras, viejos sin prudencia, mozos sin sujeción, mujeres sin vergüenza, ricos sin misericordia, pobres sin humildad, señores sin nobleza, pueblos sin apremio, méritos sin premio, hombres sin humanidad, personas sin subsistencia.

[Fines y principios]

Dios os libre —ponderaba el Sabio— de todo lo que comienza por el contento, nunca os paguéis de los principios fáciles; atended siempre a los fines dificultosos y al contrario.

[Fines de la virtud]

Al contrario, los que desengañados apechugan con la virtud, aunque al principio les parece áspera y sembrada de espinas, pero al fin hallan el verdadero contento y alégranse de tener tanto bien en sus conciencias. ¡Qué florida le parece a este la hermosura, y qué lastimado queda después con mil achaques! ¡Qué lozana al otro la mocedad, pero cuán presto se marchita! ¡Qué plausible se le representa al ambicioso la dignidad, vestido viene el cargo de estimación, mas qué pesado le halla después gimiendo so la carga!

I, XII
Los encantos de Falsirena

[La mujer]

Salomón fue el más sabio de los hombres, y fue el hombre a quien más engañaron las mujeres; y con haber sido el que más las amó, fue el que más mal dijo de ellas: argumento de cuán gran mal es del hombre la mujer mala, y su mayor enemigo. Más fuerte es que el vino, más poderosa que el rey, y que compite con la verdad, siendo toda mentira. Más vale la maldad del varón que el bien de la mujer, dijo quien más bien dijo, porque menos mal te hará un hombre que te persiga que una mujer que te siga. Mas no es un enemigo solo, sino todos en uno, que todos han hecho plaza de armas en ella: de carne se compone, para descomponerle; el mundo la viste, que para poder vencerle a él se hizo mundo de ella; y la que del mundo se viste, del demonio se reviste en sus engañosas caricias: Gerión de los enemigos, triplicado lazo de la libertad que difícilmente se rompe. De aquí, sin duda, procedió el apellidarse todos los males hembras, las furias, las parcas, las sirenas y las arpías, que todo lo es una mujer mala. Hácenle guerra al hombre diferentes tentaciones en sus edades diferentes, unas en la mocedad y otras en la vejez, pero la mujer en todas. Nunca está seguro de ellas, ni mozo, ni varón, ni viejo, ni sabio, ni valiente, ni aun santo; siempre está tocando al arma este enemigo común y tan casero, que los mismos criados del alma la ayudan: los ojos franquean la entrada a su belleza, los oídos escuchan su dulzura, las manos la atraen, los labios la pronuncian, la lengua la vocea, los pies la buscan, el pecho la suspira y el corazón la abraza. Si es hermosa, es buscada; si fea, ella busca. Y si el cielo no hubiera prevenido que la hermosura de ordinario fuera trono de la necedad, no quedara hombre a vida, que la libertad lo es.

[El sexto sentido]

Salió de Madrid como se suele, pobre, engañado, arrepentido y melancólico. A poco trecho que hubo andado, encontró con un hombre bien diferente de los que dejaba: era un nuevo prodigio, porque tenía seis sentidos, uno más de lo ordinario. Hízole harta novedad a Critilo, porque hombres con menos de cinco ya los había visto, y muchos, pero con más, ninguno: unos sin ojos, que no ven las cosas más claras, siempre a ciegas y a tienta paredes, y con todo eso nunca paran, sin saber por dónde van; otros que no oyen palabra, todo aire, ruido, lisonja, vanidad y mentira; muchos que no huelen poco ni mucho, y menos lo que pasa en sus casas, con que arroja harto mal olor a todo el mundo, y de lejos huelen lo que no les importa; estos no perciben el olor de la buena fama, ni quieren ver ni oler a sus contrarios, y teniendo narices para el negro humo de la honrilla, no las tienen para la fragancia de la virtud. También había encontrado no pocos sin género alguno de gusto, perdido para todo lo bueno, sin arrostrar jamás a cosa de

sustancia, hombres desabridos en su trato, enfadados y enfadosos; otros de mal gusto, siempre aniñado, escogiendo lo peor en todo; y aun otros muy de su gusto, y nada del ajeno. Otra cosa aseguraba más notable, que había topado hombres (si así pueden nombrarse) que no tenían tacto, y menos en las manos, donde más suele prevalecer, y así proceden sin tiento en todas sus cosas, aun las más importantes: estos de ordinario todo lo yerran aprisa, porque no tocan las cosas con las manos ni las experimentan.

Este de Critilo era todo al contrario, que a más de los cinco sentidos muy despiertos, tenía otro sexto mejor que todos, que aviva mucho los demás y aun hace discurrir y hallar las cosas, por recónditas que estén; halla trazas, inventa modos, da remedios, enseña a hablar, hace correr y aun volar y adivinar lo por venir: y era la necesidad. ¡Cosa bien rara, que la falta de los objetos sea sobra de inteligencia! Es ingeniosa, inventiva, cauta, activa, perspicaz y un sentido de sentidos.

I, XIII

La feria de todo el mundo

[Nacimiento de los males]

Contaban los antiguos que cuando Dios creó al hombre encarceló todos los males en una profunda cueva acullá lejos, y aun quieren decir que en una de las Islas Fortunadas, de donde tomaron su apellido; allí encerró las culpas y las penas, los vicios y los castigos, la guerra, la hambre, la peste, la infamia, la tristeza, los dolores, hasta la misma muerte, encadenados todos entre sí. Y no fiando de tan horrible canalla, echó puertas de diamante con sus candados de acero. Entregó la llave al albedrío del hombre, para que estuviese más asegurado de sus enemigos y advirtiese que, si él no les abría, no podrían salir eternamente. Dejó, al contrario, libres por el mundo todos los bienes, las virtudes y los premios, las felicidades y contentos, la paz, la honra, la salud, la riqueza y la misma vida.

Vivía con esto el hombre felicísimo. Pero durole poco esta dicha; que la mujer, llevada de su curiosa ligereza, no podía sosegar hasta ver lo que había dentro la fatal caverna. Cogiole un día bien aciago para ella y para todos el corazón al hombre, y después la llave; y sin más pensarlo, que la mujer primero ejecuta y después piensa, se fue resuelta a abrirla. Al poner la llave aseguran se estremeció el universo; corrió el cerrojo y al instante salieron de tropel todos los males, apoderándose a porfía de toda la redondez de la tierra.

La Soberbia, como primera en todo lo malo, cogió la delantera, topó con España, primera provincia de la Europa. Pareciola tan de su genio, que se perpetuó en ella, allí vive y allí reina con todos sus aliados: la estimación propia, el desprecio ajeno, el querer mandarlo todo y servir a nadie, hacer del Don Diego y vengo de los godos, el lucir, el campear, el alabarse, el hablar mucho, alto y hueco, la gravedad, el fausto, el brío, con todo género de presunción; y todo esto desde el noble hasta el más plebeyo. La Codicia, que la venía a los alcances, hallando desocupada la Francia, se apoderó de toda ella, desde la Gascuña hasta la Picardía, distribuyó su humilde familia por todas partes: la miseria, el abatimiento de ánimo, la poquedad, el ser esclavos de todas las demás naciones aplicándose a los más viles oficios, el alquilarse por un vil interés, la mercancía laboriosa, el andar desnudos y descalzos con los zapatos bajo el brazo, el ir todo barato con tanta multitud; finalmente, el cometer cualquier bajeza por el dinero; si bien dicen que la Fortuna, compadecida, para realzar tanta vileza introdujo su nobleza, pero tan bizarra, que hacen dos extremos sin medio. El Engaño trascendió toda la Italia, echando hondas raíces en los italianos pechos; en Nápoles hablando y en Génova tratando, en toda aquella provincia está muy valido, con toda su parentela: la mentira, el embuste y el enredo, las invenciones, trazas, tramoyas; y todo ello dicen es política y tener *brava testa*. La Ira echó por otro rumbo, pasó al África y a sus islas adyacentes, gustando de vivir entre alarbes y entre fieras. La Gula, con su hermana la Embriaguez, asegura la

preciosa Margarita de Valois se sorbió toda la Alemania alta y baja, gustando y gastando en banquetes los días y las noches, las haciendas y las conciencias; y aunque algunos no se han emborrachado sino una sola vez, pero les ha durado toda la vida; devoran en la guerra las provincias, abastecen los campos, y aun por eso formaba el emperador Carlos Quinto de los alemanes el vientre de su ejército. La Inconstancia aportó a Inglaterra, la Simplicidad a Polonia, la Infidelidad a Grecia, la Barbaridad a Turquía, la Astucia a Moscovia, la Atrocidad a Suecia, la Injusticia a la Tartaria, las Delicias a la Persia, la Cobardía a la China, la Temeridad al Japón, la Pereza aun esta vez llegó tarde, y hallándolo todo embarazado, hubo de pasar a la América a morar entre los indios. La Lujuria, la nombrada, la famosa, la gentil pieza, como tan grande y tan poderosa, pareciéndola corta una sola provincia, se extendió por todo el mundo, ocupándolo de cabo a cabo; concertose con los demás vicios, aviniéndose tanto con ellos, que en todas partes está tan valida que no es fácil averiguar en cuál más: todo lo llena y todo lo inficiona. Pero como la mujer fue la primera con quien embistieron los males, todos hicieron presa en ella, quedando rebutida de malicia de pies a cabeza.

[Saber vender]

Saber uno vender sus cosas vale mucho, que ya no se estiman por lo que son, sino por lo que parecen; los más de los hombres ven y oyen con ojos y oídos prestados, viven de información de ajeno gusto y juicio.

II, I
Reforma universal

[Empleos varoniles]

Renuncia el hombre inclinaciones de siete en siete años: ¡cuánto más alternará genios en cada una de sus cuatro edades! Comienza a medio vivir quien poco o nada percibe: ociosas pasan las potencias en la niñez, aun las vulgares (que las nobles sepultadas yacen en una puerilidad insensible), punto menos que bruto, aumentándose con las plantas y vegetándose con las flores. Pero llega el tiempo en que también el alma sale de mantillas, ejerce ya la vida sensitiva, entra en la jovial juventud, que de allí tomó apellido: ¡qué sensual, qué delicioso!; no atiende sino a holgarse el que nada entiende, no vaca al noble ingenio, sino al delicioso genio: sigue sus gustos, cuando tan malo le tiene. Llega al fin, pues siempre tarde, a la vida racional y muy de hombre, ya discurre y se desvela, y porque se reconoce hombre, trata de ser persona, estima el ser estimado, anhela al valer, abraza la virtud, logra la amistad, solicita el saber, atesora noticias y atiende a todo sublime empleo.

[Etapas de la vida humana]

Acertadamente discurría quien comparaba el vivir del hombre al correr del agua, cuando todos morimos y como ella nos vamos deslizando. Es la niñez fuente risueña: nace entre menudas arenas, que de los polvos de la nada salen los lodos del cuerpo; brolla tan clara como sencilla, ríe lo que no murmura, bulle entre campanillas de viento, arrúllase entre pucheros y cíñese de verduras que le fajan. Precipítase ya la mocedad en un impetuoso torrente, corre, salta, se arroja y se despeña, tropezando con las guijas, rifando con las flores, va echando espumas, se enturbia y se enfurece. Sosiégase, ya río, en la varonil edad, va pasando tan callado cuan profundo, caudalosamente vagaroso, todo es fondos sin ruido; dilátase espaciosamente grave, fertiliza los campos, fortalece las ciudades, enriquece las provincias y de todas maneras aprovecha. Mas ¡ay!, que al cabo viene a parar en el amargo mar de la vejez, abismo de achaques, sin que le falte una gota; allí pierden los ríos sus bríos, su nombre y su dulzura; va a orza el carcomido bajel, haciendo agua por cien partes y a cada instante zozobrando entre borrascas tan deshechas que le deshacen, hasta dar al través con dolor y con dolores en el abismo de un sepulcro, quedando encallado en perpetuo olvido.

[Andar con cien ojos]

Estamos en tiempos que es menester abrir el ojo, y aun no basta, sino andar con cien ojos; nunca fueron menester más atenciones que cuando hay tantas intenciones, que ya ninguno obra de primera. Y advertid que de aquí adelante ha de ser el andar despabilados, que hasta ahora todos habéis vivido a ciegas, y aun a dormidas.

[Discurso de Argos]

Maldito el hombre que confía en otro, y sea quien fuere. ¿Qué fe digo, amigos y hermanos?: de los mismos hijos no hay que asegurarse, y necio del padre que en vida se despoja. No decía del todo mal quien decía que vale más tener que dejar en muerte a los enemigos que pedir en vida a los amigos. Ni aun en los mismos padres hay que confiar, que algunos han echado dado falso a los hijos; ¡y cuántas madres hoy venden las hijas! Hay gran cogida de falsos amigos y poca acogida en ellos, ni hay otra amistad que dependencia: a lo mejor falsean y dejan a un hombre en el lodo en que ellos le metieron. ¿Qué importa que el otro os haga espaldas en el delito, si no os hace cuello después en el degüello?

[Mucho ojo]

Atienda el sagaz con quién se toma, mire con quién las ha, y en reconociéndole la cuesta, no parta peras con él, cuanto menos piedras. Si estos hubiera tenido aquel hijo del polvo, no se hubiera metido entre los brazos de Hércules, nunca hubiera luchado con él, ni los rebeldes titanes se hubieran atrevido a descomponerse con el Júpiter de España; que estas necias ternillas tienen abrumados a muchos. Prométoos que para poder vivir es menester armarse un hombre de pies a cabeza, no de ojetes, sino de ojazos muy despiertos: ojos en las orejas, para descubrir tanta falsedad y mentira; ojos en las manos, para ver lo que da y mucho más lo que toma; ojos en los brazos, para no abarcar mucho y apretar poco; ojos en la misma lengua, para mirar muchas veces lo que ha de decir una; ojos en el pecho, para ver en qué lo ha de tener; ojos en el corazón, atendiendo a quien le tira o le hace tiro; ojos en los mismos ojos, para mirar cómo miran; ojos y más ojos y reojos, procurando ser el mirante en un siglo tan adelantado.

[Leyes de cordura]

Tenga ya gusto y voto, no siempre viva del ajeno; que los más en el mundo gustan de lo que ven gustar a otros, alaban lo que oyeron alabar; y si les preguntáis en qué está lo bueno de lo que celebran, no saben decirlo; de modo que viven por otros y se guían por entendimientos ajenos. Tenga, pues, juicio propio y tendrá voto en su censura; guste de tratar con hombres, que no todos los que lo parecen lo son; razone más que hable, converse con los varones noticiosos, y podrá tal vez contar algún chiste encaminado a la gustosa enseñanza, pero con tal moderación que no sea tenido por masecuentos, el licenciado del chiste y truhán de balde. Podrá tal vez acompañado de sí mismo pasearse, pensando, no hablando. Sea hombre de museo, aunque ciña espada, y tenga delecto con los libros, que son amigos manuales; no embuta de borra los estantes, que no está bien un pícaro al lado de un noble ingenio, y si ha de preferir, sean los juiciosos a los ingeniosos. Muestre ser persona en todo, en sus dichos y en sus hechos, procediendo con gravedad apacible, hablando con madurez tratable, obrando con entereza cortés, viviendo

con atención en todo y preciándose más de tener buena testa que talle. Advierta que el proporcional Euclides dio el punto a los niños, a los muchachos la línea, a los mozos la superficie y a los varones la profundidad y el centro.

II, II

Los prodigios de Salastano

[Las Tres Gracias]

Tres soles, digo tres Gracias, en fe de su belleza, discreción y garbo (contaba un cortesano verídico, ya prodigio), intentaron entrar en el palacio de un gran príncipe, y aun de todos. Coronábase la primera, brillantemente gallarda, de fragantes flores, rubias trenzas, y recamaba su verde ropaje de líquidos aljófares, tan risueña, que alegraba un mundo entero. Pero en injuria de su gran belleza, la cerraron tan anticipadamente las puertas y ventanas, que aunque se probó a entrar por cien partes, no pudo: que teniéndola por entremetida, hasta los más sutiles resquicios la habían entredicho, y así hubo de pasar adelante, convirtiendo su risa en llanto. Fuese acercando la segunda, tan hermosa cuan discreta, y chanceándose con la primera a lo Zapata, la decía:

—Anda tú, que no tienes arte ni la conoces. Verás como yo, en fe de mi buen modo, tengo de hallar entrada.

Comenzó a introducirse, buscando medios e inventando trazas; pero ninguna le salía, pues al mismo punto que brujuleaban su buena cara, todos se la hacían muy mala. Y ya, no solas las puertas y ventanas la cerraban, pero aun los ojos por no verla y los oídos por no sentirla.

—¡Eh, que no tenéis dicha! —dijo la tercera, agradablemente linda—. Atended cómo yo por la puerta del favor me introduzco en palacio, que ya no se entra por otras.

Fuese entremetiendo con mucho agrado; mas aunque a los principios halló cabida, fue engañosa y de apariencia, y al cabo hubo de retirarse mucho más desairada. Estaban tripuladas todas tres, ponderando, como se usa, sus muchos méritos y su poca dicha, cuando llevado de su curiosidad el cortesano, se fue acercando lisonjero; y habiéndolas celebrado, significó su deseo de saber quiénes eran, que lo que es el palacio bien conocido lo tenía, como tan pateado.

—Yo soy —dijo la primera— la que voy dando a todos los buenos días, mas ellos se los toman malos y los dan peores; yo, la que hago abrir los ojos, y a todo hombre que recuerde; yo, la deseada de los enfermos y temida de los malos, la madre de la vividora alegría; yo, aquella tan decantada esposa de Titón, que en este punto dejo el camarín de nácar.

—Pues, señora Aurora —dijo el cortesano—, ahora no me espanto de que no tengáis cabida en los palacios, donde no hay hora de oro, con ser todas tan pesadas. Ahí no hay mañana, todo es tarde: díganlo las esperanzas. Y con ser así, nada es hoy, todo mañana. Así que no os canséis, que ahí nunca amanece aun para vos, por tan clara.

Volviose a la segunda, que ya decía:

—¿Nunca oíste nombrar aquella buena madre de un mal hijo? Pues yo soy, y él es Odio; yo, la que siendo tan buena, todos me quieren mal: cuando niños, me babean, y como no les entro de los dientes adentro, me escupen cuando grandes. Tan esclarecida

soy como la misma luz; que si no miente Luciano, hija soy, no ya del Tiempo, sino del mismo Dios.

—Pues, señora mía —dijo el cortesano—, si vos sois la Verdad, ¿cómo pretendéis imposibles? ¿Vos en los palacios? ¡Ni de mil leguas! ¿De qué pensáis que sirven tanta afilada cuchilla? Que no aseguran tanto de traiciones, no por cierto, cuanto de… de… Bien podéis por ahora, y aun para siempre, desistir de la empresa.

Ya en esto, la tercera, dulcísimamente linda, robando corazones, dijo:

—Aquella soy sin quien no hay felicidad en el mundo, y con quien toda infelicidad se pasa. En las demás dichas de la vida se hallan muy divididas las ventajas del bien, pero en mí todas concurren: la honra, el gusto y el provecho. No tengo lugar sino entre los buenos; que entre los malos, como dice Séneca, ni soy verdadera ni constante. Denomínome del amor, y así a mí no me han de buscar en el vientre, sino en el corazón, centro de la benevolencia.

—Ahora digo que eres la Amistad —aclamó el cortesano—, tan dulce tú cuan amarga la Verdad. Pero aunque lisonjera, no te conocen los príncipes, que sus amigos todos son del rey, y ninguno de Alejandro: así lo decía él mismo. Tú haces de dos uno, y es imposible poder ajustar el amor a la majestad. Paréceme, mis señoras, que todas tres podéis pasar adelante: tú, Aurora, a los trabajadores; tú, Amistad, a los semejantes; y tú, Verdad, yo no sé adónde.

II, III
La cárcel de oro y calabozos de plata

[Amigo uno, enemigo ninguno]

—Partí, señor, en virtud de tu precepto, en busca de aquel raro prodigio: el amigo verdadero. Fui preguntando por él a unos y a otros, y todos me respondían con más risa que palabras; a unos se les hacía nuevo, a otros inaudito, y a todos imposible:

—Amigo fiel y verdadero, ¿y cómo ha de ser, y en estos tiempos y en este país?

Más los extrañaban que el Fénix.

—Amigos de la mesa, del coche, de la comedia, de la merienda, de la huelga, del paseo, el día de la boda, en la privanza y en la prosperidad —me respondió Timón el de Luciano—: de esos bien hallaréis hartos, y más cuando más hartos, que a la hora del comer son sabañones y a la del ayudar son callos.

—Amigos, mientras me duró el valimiento, bien tenía yo —dijo un caído—. No tenían número por muchos, ni ahora por ninguno.

Pasé adelante, y díjome un discreto:

—¿Cómo es eso? ¿De modo que buscáis un otro yo? Ese misterio solo en el cielo se halla.

—Yo he visto cerca de cien vendimias —me respondió uno, y diría verdad, porque parecía del buen tiempo—, y con que toda la vida he buscado un amigo verdadero, no he podido hallar sino medio, y ese a prueba.

—Allá en tiempo que rabiaban los reyes, digo cuando se enojaban, oí contar —dijo una vieja— de un cierto Pílades y Orestes una cosa como esa. Pero a fe, hijo, yo siempre lo he tenido más por conseja que por consejo.

—No os canséis en eso —me juró y votó un soldado español—, porque yo he rodeado y aun rodado todo el mundo, y siempre por tierras de mi rey, y con que he visto cosas bien raras, como los gigantes en la tierra del fuego, los pigmeos en el aire, las amazonas en el agua de su río, los que no tienen cabeza, que son muchos, y los de solo un ojo, y ese en el estómago, los de un solo pie a lo grullo, sirviéndoles de tejado, los sátiros y los faunos, batuecos y chichimecos, sabandijas todas que caben en la gran monarquía española, yo no he topado ese gran prodigio que ahora oigo.

[Amistad verdadera]

El que tiene amigos buenos y verdaderos, tantos entendimientos logra: sabe por muchos, obra por todos, conoce y discurre con los entendimientos de todos, ve por tantos ojos, oye por tantos oídos, obra por tantas manos y diligencia con tantos pies; tantos pasos da en su conveniencia como dan todos los otros; mas entre todos, solo un

querer tenemos, que la amistad es un alma en muchos cuerpos. El que no tiene amigos, no tiene pies ni manos, manco vive, a ciegas camina. Y ¡ay del solo!, que si cayere no tendrá quien le ayude a levantar.

Sin amigos del genio y del ingenio no vive un entendido, ni se logran las felicidades, que hasta el saber es nada si los demás no saben que tú sabes.

[Amigo como anillo]

Mira bien esta sortija, que el amigo ha de venir como anillo en dedo: ni tan apretado que lastime, ni tan holgado que no ajuste, con riesgo de perderse. Atiende mucho a este diamante, no falso, sí al tope cuando conviene y aun haciendo punta, otras veces cuadrado y en almohada del consejo, con muchos fondos y quilates de fineza, tan firme que ni en el yunque quiebra expuesto a los golpes de la fortuna, ni con las llamas de la cólera falta ni con el unto de la lisonja ni del soborno se ablanda: solo el veneno de la sospecha le puede hacer mella.

[La sabiduría]

Esa, en otro tiempo, bien estimada era en todo el mundo por su mucha discreción y prendas; mas ya, por pobre, no hay quien haga caso ni casa de ella: en viéndola sin dote en oro y plata, muchos la tienen por necia y todos por infeliz. Es cosa de cuento todo lo que no es de cuenta. Entended una cosa, que no hay otro saber como el tener, y el que tiene es sabio, es galán, valiente, noble, discreto y poderoso: es príncipe, es rey, y será cuanto él quisiere. Lástima me hacéis de veros tan hombres y tan poco personas. Ora venid conmigo, echaremos por el atajo del valer, que aún tendréis remedio.

[La avaricia]

—¡Desdichada suerte […] la de un avaro, que nadie se alegra con su vida ni se entristece en su muerte! Todos bailan en ella al son de las campanas: la viuda rica con un ojo llora y con otro repica; la hija, desmintiendo sus ojos hechos fuentes, dice río de las lágrimas que lloro; el hijo, porque hereda; el pariente, porque se va acercando a la herencia; el criado, por la manda y por lo que se desmanda; el médico, por su paga y no por su pago; el sacristán, porque dobla; el mercader, porque vende sus bayetas; el oficial porque las cose, el pobre porque las arrastra. Miserable suerte la del miserable: mal si vive y peor si muere.

Aquí vieron ejecutada aquella exagerada crueldad que cuentan de las víboras (cómo la hembra al concebir corta la cabeza al macho, y después los hijuelos vengan la muerte de su padre agujereándola el vientre y rasgándola las entrañas por salir y campear), cuando vieron que la mujer, por quedar rica y desahogada, ahoga al marido; luego el heredero, pareciéndole vive sobrado la madre y él no vive sobrado, la mata a pesares; a él, por heredarle, su otro hermano segundo le despacha. De suerte que unos a otros como víboras crueles se emponzoñan y se matan. El hijo procura la muerte del padre y de la madre, pareciéndole que viven mucho y que él se hará sénior antes de llegar a ser señor; el padre teme al hijo, y cuando todos festejan el nacimiento del heredero, él enluta su corazón, temiéndole como a su más cercano enemigo; pero el abuelo se alegra y dice: «¡Seáis bien venido, oh enemigo de mi enemigo!».

[Ladrón de ladrones]

Fueles materia de risa, entre las muchas de pena, lo que le aconteció a uno de estos guardadores: que un ladrón de otro ladrón, que hay ladrones de ladrones, con tal sutileza le engañó, que le persuadió se robase a sí mismo; de modo que le ayudó a quitarse cuanto tenía; él mismo llevó a cuestas toda la ropa, el oro y plata de su casa, transportándola y escondiéndola donde jamás la vio ni la gozó. Lamentábase después, doblando el sentimiento de ver que él había sido el ladrón de sí mismo, el robador y el robado.

—¡Oh lo que puede el interés! […], que le persuada a un desdichado que él se robe, que esconda su dinero, que atesore para ingratos, jugadores y perdidos, y que él ni coma ni beba, ni vista, ni duerma, ni descanse, ni goce de su hacienda ni de su vida: ladrón de sí mismo, merece muy bien los ciento, contados al revés, y que le destierre el discreto Horacio a par de un Tántalo necio.

II, IV

El museo del discreto

[Lectura]

Estas son las preciosas alhajas de los entendidos. ¿Qué jardín del abril, qué Aranjuez del mayo como una librería selecta? ¿Qué convite más delicioso para el gusto de un discreto como un culto museo, donde se recrea el entendimiento, se enriquece la memoria, se alimenta la voluntad, se dilata el corazón y el espíritu se satisface? No hay lisonja, no hay fullería para un ingenio como un libro nuevo cada día. Las pirámides de Egipto ya acabaron, las torres de Babilonia cayeron, el romano Coliseo pereció, los palacios dorados de Nerón caducaron, todos los milagros del mundo desaparecieron, y solo permanecen los inmortales escritos de los sabios que entonces florecieron y los insignes varones que celebraron. ¡Oh, gran gusto el leer, empleo de personas, que si no las halla, las hace! Poco vale la riqueza sin la sabiduría, y de ordinario andan reñidas: los que más tienen menos saben, y los que más saben menos tienen, que siempre conduce la ignorancia borregos con vellocino de oro.

[Hombre deseoso de saber]

—Hombre o prodigio, ¿quién eres?

Y él prontamente:

—Ayer nada, hoy poco más, y mañana menos.

—¿Cómo menos?

—Sí, que a veces más valiera no haber sido.

—¿De dónde vienes?

—De la nada.

—¿Y dónde vas?

—Al todo.

—¿Cómo vienes tan solo?

—Aun la mitad me sobra.

—Ahora digo que eres sabio.

—Sabio no, deseoso de saber sí.

[La sabiduría]

Son pocos los que la buscan y menos los que la hallan. Discurrí por todas las más célebres Universidades sin poder descubrirla, que aunque muchos son sabios en latín, suelen ser grandes necios en romance. Pasé por las casas de algunos que el vulgo llama letrados, pero como me veían sin dinero, decíanme leyes; hablé con muchos tenidos por

sabios, mas entre muchos doctores no hallé un docto. Finalmente conocí que iba perdido y me desengañé que de sabiduría y de bondad no hay sino la mitad de la mitad, y aun de todo lo bueno.

[Sabios de fortuna]

—¿Qué cosa es ser sabio de ventura?

—Uno que sin haber estudiado es tenido por docto, sin cansarse es sabio, sin haberse quemado las cejas trae barba autorizada, sin haber sacudido el polvo a los libros levanta polvaredas, sin haberse desvelado es muy lucido, sin haber trasnochado ni madrugado ha cobrado buena fama: al fin, él es un oráculo del vulgo y que todos han dado en decir que sabe sin saberlo. ¿Nunca has oído decir: «Ventura te dé Dios, hijo…»? Pues este es el mismo, y nosotros lo pensamos también ser.

Mucho le contentó a Andrenio aquello de saber sin estudiar, letras sin sangre, fama sin sudor, atajo sin trabajo, valer de balde. Y atraído del gran séquito que el plausible sabio arrastraba, hasta de carrozas, literas y caballos, ceñándole todos y brindándole con el descanso, volviéndose a sus compañeros les dijo:

—Amigos, vivir un poco más y saber un poco menos.

[La historia. Historiadores]

—Esta es la gustosa Historia.

Mas el varón alado:

—No es sino la maestra de la vida, la vida de la fama, la fama de la verdad y la verdad de los hechos.

Estaba rodeada de varones y mujeres, señalados unos por insignes y otros por ruines, grandes y pequeños, valerosos y cobardes, políticos y temerarios, sabios e ignorantes, héroes y viles, gigantes y enanos, sin olvidar ningún extremo. Tenía en la mano algunas plumas, no muchas pero tan prodigiosas que con una sola que entregó a uno le hizo volar y remontarse hasta los dos coluros; no solo daba vida con el licor que destilaban, sino que eternizaba, no dejando envejecer jamás los famosos hechos. Íbalas repartiendo con notable atención, porque a ninguno daba la que él quería, y esto a petición de la Verdad y de la Entereza. Y así, notaron que llegó un gran personaje ofreciendo por una suma de dinero, y no solo no se la concedió, sino que le cargó la mano, diciéndole que estos libros para ser buenos han de ser libres, ni se vuela a la eternidad en plumas alquiladas. Replicaron otros se la diese, que antes sería para más ignominia suya.

—Eso no —respondió la eterna Historia—, no conviene, porque aunque ahora sería reída, de aquí a cien años será creída.

Con esta misma atención a ninguno daba pluma que no fuese después de cincuenta años de muerto, y a todo muerto pluma viva; con lo cual ni Tiberio el astuto, ni Nerón el inhumano pudieron escaparse de lo Cornelio de Tácito. Fue a sacar una buena para que un escritor grande escribiese de un gran príncipe, y porque la vio algo qué untada de oro la arrojó con desaire, con que había escrito aquella misma otras cosas harto plausiblemente, y dijo:

—Creedme que toda pluma de oro escribe yerros.

Solicitaba un otro a grandes diligencias alguna que escribiese bien de él. Informose la ninfa si era benemérito, averiguó que no; replicó él que para serlo. No se la quiso conceder, aunque alabó su honrado deseo, diciéndole que las palabras ajenas no pueden hacer insignes los hombres, sino sus hechos propios, bien ejecutados primero y bien escritos después. Al contrario, un otro famoso varón pidió le mejorase, porque la que le había dado era llana y sencilla; y consolole con que sus grandes hechos campeaban más en aquel mal estilo que los de otros, no tales, entre mucha elocuencia. Quejáronse algunos célebres modernos de que sus inmortales hechos se pasaban en silencio, habiendo habido elogios plausibles del Jovio para otros no tan esclarecidos. Aquí se enojó mucho la noticiosa ninfa, y aun con escandecencia dijo:

—Si vosotros los despreciáis, los perseguís y tal vez los encarceláis a mis dilectísimos escritores, no haciendo caso de ellos, ¿cómo queréis que os celebren? La pluma, príncipes míos, no ha de ser apreciada, pero sí preciada.

[Historiadores]

—No todas las naciones —decía la gran reina de la verdad— tienen numen para la historia: aquellos por ligeros fingen, estos otros porque llanos descaecen, y así las más de estas plumas modernas son chabacanas, insulsas, y en nada eminentes. Veréis muchas maneras de historiadores: unos gramaticales, que no atienden sino al vocablo y a la colocación de las palabras, olvidándose del alma de la historia; otros cuestionarios, todo se les va en disputar y averiguar puntos y tiempos; hay anticuarios, gaceteros y relacioneros, todos materiales y mecánicos, sin fondo de juicio ni altanería de ingenio.

II, V

Plaza del populacho y corral del vulgo

[Favor de los ignorantes]

Estábase la Fortuna, según cuentan, bajo su soberano dosel, más asistida de sus cortesanos que asistiéndoles, cuando llegaron dos pretendientes de dicha a solicitar sus favores. Suplicó el primero le hiciese dichoso entre personas, que le diese cabida con los varones sabios y prudentes. Miráronse unos a otros los curiales y dijeron:

—Este se alzará con el mundo.

Mas la Fortuna, con semblante mesurado y aun triste, le otorgó la gracia pretendida.

Llegó el segundo y pidió, al contrario, que le hiciese venturoso con todos los ignorantes y necios. Riéronlo mucho los del cortejo, solemnizando gustosamente una petición tan extraña. Mas la Fortuna, con rostro muy agradable, le concedió la suplicada merced.

Partiéronse ya entrambos tan contentos como agradecidos, abundando cada uno en su sentir. Mas los áulicos, como siempre están contemplando el rostro de su príncipe y brujuleándole los afectos, notaron mucho aquel tan extravagante cambiar semblantes de su reina. Reparó también ella en su reparo y muy galante les dijo:

—¿Cuál de estos dos pensáis vosotros, ¡oh, cortesanos míos!, que ha sido el entendido? Creeréis que el primero. Pues sabed que os engañáis de medio a medio: sabed que fue un necio: no supo lo que pidió, nada valdrá en el mundo. Este segundo sí que supo negociar: este se alzará con todo.

Admiráronle mucho, y con razón, oyendo tan paradojo sentir, mas desempeñose ella diciendo:

—Mira, los sabios son pocos, no hay cuatro en una ciudad. ¡Qué digo cuatro, ni dos en todo un reino! Los ignorantes son los muchos, los necios son los infinitos; y así, el que los tuviere a ellos de su parte, ese será señor de un mundo entero.

[Saber y hablar]

—¡Eh!, que aquí todo se sabe.

—No digas que se sabe, sino que todo se habla.

De la mucha canalla que de adentro redundaba se descomponían por allí cerca muchos otros corrillos, y en todos estaban murmurando del gobierno, y esto siempre y en todos los reinos, aun en el siglo de oro y de la paz. Era cosa ridícula oír los soldados tratar de los Consejos, dar prisa al despacho, reformar los cohechos, residenciar los oidores, visitar los tribunales. Al contrario, los letrados era cosa graciosa verles pelear, manejar las armas, dar asaltos y tomar plazas; el labrador hablando de los tratos y contratos, el mercader de la agricultura; el estudiante de los ejércitos, y el soldado de las

escuelas; el seglar ponderando las obligaciones del eclesiástico y el eclesiástico las desatenciones del seglar; barajados los estados, metiéndose los del uno en el otro, saltando cada uno de su coro, y hablando todos de lo que menos entienden. Estaban unos viejos diciendo mucho mal de los tiempos presentes y mucho bien de los pasados, exagerando la insolencia de los mozos, la libertad de las mujeres, el estrago de las costumbres y la perdición de todo.

—Yo, menos entiendo el mundo —decía este— cuanto más va.

—Y yo lo desconozco del todo —decía aquel—. Otro mundo es este del que nosotros hallamos.

Llegose en esto el Sabio y díjoles volviesen la mira atrás y viesen otros tantos viejos que estaban diciendo mucho más mal del tiempo que ellos tanto alababan; y detrás de aquellos, otros y otros, encadenándose hasta el primer viejo su vulgaridad.

[Vulgo omnipresente]

En todas partes hay vulgo, y por atildada que sea una comunidad hay ignorantes en ella que quieren hablar de todo y se meten a juzgar de las cosas sin tener punto de juicio.

[Hablillas]

—Tienen razón —dijo el Sabio—, que todas son hablillas y todas falsas.

Corrían actualmente algunas bien desatinadas: que habían de caerse muertos muchos cierto día, y lo señalaban, y hubo quien murió de espanto dos días antes; que había de venir un terremoto y habían de quedar todas las casas por tierra. ¡Pues ver lo que se iba extendiendo un disparate de estos, y los muchos que se lo tragaban y bebían y lo contaban unos a otros! Y si algún cuerdo reparaba, se enfurecían. Sin saber de dónde ni cómo nacía, resucitaba cada año un desatino, sin ser bastante las cosas importantes y verdaderas luego se les olvidaban, y un disparate lo iban heredando de abuelas a nietas y de tías a sobrinas, haciéndose eterno por tradición.

[Ídolos del vulgo]

Pretendió entrar en la bestial plaza un gran filósofo y poner tienda de ser personas, feriando algunas verdades bien importantes, aforismos convenientes, pero jamás pudo introducirse ni despachó una tan sola verdad, ni el más mínimo desengaño: con que se hubo de retirar. Al contrario, llegó un embustero sembrando cien mil desatinos, vendiendo pronósticos llenos de disparates, como que se había de perder España otra vez, que había acabado ya la casa otomana, leía profecías de moros y de Nostradamus, y al punto se llenó la tienda de gente y comenzó a despachar sus embustes con tanto crédito, que no se hablaba de otro, y con tal aseveración como si fueran evidencias. De modo que aquí más supone un adivino que Séneca, un embustero que un sabio.

[Censura del vulgo]

Aquí, si dan en alabar a uno, si una vez cobra buena fama, aunque se eche después a dormir, él ha de ser un gran hombre; aunque ensarte después cien mil disparates, dicen que son sutilezas, y que es la primera cosa del mundo: todo es que den en celebrarle. Y por el contrario, a otros que estarán muy despiertos haciendo cosas grandes, dicen que duermen y que nada valen. ¿Sabes tú lo que le sucedió aquí al mismo Apolo con su divina lira?: que desafiándole a tañer un zafio gañán con una pastoril zampoña, nunca quiso el culto numen salir, con que se lo rogaron las musas; y el salvajazo le zahería su temor y se jactaba de la victoria. No hubo remedio: no más de porque había de ser juez el vulgacho, no queriendo arriesgar su gran reputación a un juicio tan sin él. Y por no haber querido hacer otro tanto, fue condenada la dulcísima Filomena en competencia del jumento. Y aun la rosa dicen estuvo a pique de ser vencida de la adelfa, que desde entonces, por su indigno atrevimiento, quedó letal a los suyos. Ni el pavón se atrevió a competir de belleza con el cuervo, ni el diamante con el guijarro, ni el mismo sol con el escarabajo, con tener tan asegurado su partido, por no sujetarse a la censura de un vulgo tan desatinado. Mal señal, decía un discreto, cuando mis cosas agradan a todos; que lo muy bueno es de pocos, y el que agrada al vulgo, por consiguiente, ha de desagradar a los pocos, que son los entendidos.

II, VI

Cargos y descargos de la Fortuna

[Cargos y descargos de la Fortuna]

Comparecieron ante el divino trono de luceros el hombre y la mujer a pedir nuevas mercedes: que a Dios y al rey, pedir y volver. Solicitaban su perfección de manos de quien habían recibido el ser. Habló allí el hombre en primer lugar y pidió como quien era, porque viéndose cabeza, suplicó le fuese otorgada la inestimable prenda de la sabiduría. Pareció bien su petición, y decretósele luego la merced, con tal que pagase en agradecimientos la media anata. Llegó ya la mujer, y atendiendo a que, si no es cabeza, tampoco es pies, sino la cara, y suplicó con mucho agrado al Hacedor divino que la dotase en belleza.

—*Fata* la gracia —dijo el gran Padre celestial—: serás hermosa, pero con la pensión de tu flaqueza.

Partiéronse muy contentos de la divina presencia, que de ella nadie sale descontento, estimando el hombre por su mayor prenda el entendimiento, y la mujer la hermosura: él la testa y ella el rostro. Llegó esto a oídos de la Fortuna, y dicen quimereó agravios, dando quejas de que no hubiesen hecho caso de la ventura.

—¿Es posible —decía con profundo sentimiento— que nunca haya él oído decir: «Ventura te dé Dios, hijo…», ni ella «Ventura de fea…»? Dejadles y veremos qué hará él con su sabiduría y ella con su lindeza, si no tienen ventura. Sepa, sabio él y linda ella, que de hoy adelante me han de tener por contraria: desde aquí me declaro contra el saber y la belleza. Yo les he de malograr sus prendas: ni él será dichoso, ni ella venturosa.

Desde este día aseguran que los sabios y entendidos quedaron desgraciados, todo les sale mal, todo se les despinta; los necios son los venturosos, los ignorantes favorecidos y premiados. Desde entonces se dijo: «Ventura de fea». Poco vale el saber, el tener, los amigos y cuanto hay, si no tiene un hombre dicha; y poco le importa ser un sol a la que no tiene estrella.

[Verdadera sabiduría]

Créeme que todo pasa en imagen, y aun en imaginación, en esta vida: hasta esa casa del saber toda ella es apariencia. ¿Qué, pensabas tú ver y tocar con las manos la misma sabiduría? Muchos años ha que se huyó al cielo con las demás virtudes en aquella fuga general de Astrea. No han quedado en el mundo sino unos borrones de ella en estos escritos que aquí se eternizan. Bien es verdad que solía estar metida en las profundas mentes de sus sabios, mas ya aun esos acabaron; no hay otro saber sino el que se halla en los inmortales caracteres de los libros: ahí la has de buscar y aprender.

[Ventura hipócrita]

Antes es la que hoy más corre: tiénese por dichoso uno en ser rico, y es de ordinario un desventurado; cuenta el otro por gran dicha el haber escapado en mil insultos de las manos de la justicia, y es ese su mayor castigo; «un ángel fue para mí aquel hombre», dice este, y no fue sino un demonio que le perdió; tiene aquel por gran suerte el no haber padecido jamás ni un revés de la Fortuna, y no es sino un bofetón de que no le ha tenido por hombre el cielo para fiarle un acto de valor; tal dice «Dios me vino a ver», y no fue sino el mismo Satanás en sus logros; cuenta el otro por gran felicidad el no haber estado en toda su vida indispuesto, y hubiera sido su único remedio para sanar en el ánimo; alábase el lascivo de haber sido siempre venturoso con mujeres, y esa es su mayor desventura; estima la otra desvanecida por su mayor dicha su buena gracia, y esa fue su mayor desgracia. Así que los más de los mortales yerran en este punto, teniendo por felicidad la desdicha: que en errando los principios, todas salen falsas las consecuencias.

[Ventura o desdicha]

Como quisiere mi señora la Fortuna; que si ella favorece, los pigmeos son gigantes, y si no, los gigantes son pigmeos. Otros más ruines que yo están hoy bien encaramados; que no hay prendas que tengan, ni hay sabiduría ni ignorancia, ni valor ni cobardía, ni hermosura ni fealdad, sino ventura o desdicha, tener lunar o estrella: todo es risa lo demás. Al fin, ella se dará maña cómo yo sea grande o lo parezca, que todo es uno.

[Reparto de la Fortuna]

Así la vio un sabio entronizada en un árbol muy copado, de cuyas ramas en vez de frutos pendían coronas, tiaras, cídaris, mitras, capelos, bastones, hábitos, borlas y otros mil géneros de insignias, alternados con cuchillos, dogales, remos, grillos y corozas. Estaban bajo el árbol confundidos hombres y brutos, un bueno y otro malo, un sabio y un jumento, un lobo y un cordero, una sierpe y una paloma. Sacudía ella a ciegas, esgrimiendo su palo, dé donde diere y Dios te la depare buena: caía sobre la cabeza de uno una corona, y sobre el cuello del otro un cuchillo, sin más averiguar que la suerte; y las más veces se encontraban, pues daba en manos de uno un bastón, que estuviera mejor un remo; a un docto le caía una mitra allá en Cerdeña o acá en Jaca, y a un idiota bien cerca: todo a ciegas.

[Excelencia de primero]

—¡Qué cosa es […] ir un hombre delante, aquello de ser primero, o venir detrás! Todos los pasados nos parece que fueron grandes hombres, y todos los presentes y los que vienen nos parecen nada: que hay gran diferencia en el mirar a uno como superior o inferior, desde arriba o desde abajo.

[Fortuna sin hijos]

El mayor cargo que me hacen los mortales, y el que yo más siento, es decir que favorezco a los ruines; que aquello de ser ciega, seréis vosotros testigos. Pues yo digo que ellos son los malos y de ruines procederes, que dan las cosas a otros tales como ellos. El ricazo da su hacienda al asesino, al valentón, al truhán, los cientos y los doscientos a la ramera, y traerá desnuda el ángel de una hija y el serafín de una virtuosa consorte: en esto emplean sus grandes rentas. Los poderosos dan los cargos y se apasionan por los que menos los merecen y positivamente los desmerecen, favorecen al ignorante, premian al adulador, ayudan al embustero, siempre adelantando los peores; y del más merecedor, ni memoria, cuanto menos voluntad. El padre se apasiona por el peor hijo, y la madre por la hija más loca, el príncipe por el ministro más temerario, el maestro por el discípulo incapaz, el pastor por la oveja roñosa, el prelado por el súbdito relajado, el capitán por el soldado más cobarde. Y si no, mirad cuando gobiernan hombres de entereza y de virtud, como ahora, si son estimados los buenos, si son premiados los sabios. Escoge el otro por amigo al enemigo de su honra, y por confidente al más ruin; con ese se acompaña, ese que le gasta la hacienda. Creedme que en los mismos hombres está el mal, ellos son los malos y los peores, ellos ensalzan el vicio y desprecian la virtud, que no hay cosa hoy más aborrecida. Favorezcan ellos los hombres de bien, que yo no deseo otro. Veis aquí mis manos: miradlas, reconocedlas, que no son mías; esta es de un príncipe eclesiástico, y esta otra de un seglar; con estas reparto los bienes, con estas hago mercedes, con estas dispenso las felicidades. Ved a quién dan estas manos, a quién medran, a quién levantan; que yo siempre doy las cosas por manos de los mismos hombres, ni tengo otras. Y para que veáis cuánta verdad es esta: ¡Hola, hola!, llamadme aquí luego el Dinero, venga la Honra, los Cargos, Premios y Felicidades, venga acá cuanto vale y se estima en el mundo, comparezcan aquí todos cuantos se nombran bienes míos.

[Cargos y descargos de la Fortuna]

—Venid acá —decía—, ruin canalla, gente baja y soez, que vosotros, infames, me tenéis sin honra. Di tú, bellacón, di tú, Dinero, por qué estás reñido con los hombres de bien, por qué no vas a casa de los buenos y virtuosos. ¿Es posible que me digan que siempre andas con gente ruin, haciendo camarada con los peores del mundo, y me aseguran que nunca sales de sus casas? ¿Esto se puede tolerar?

—Señora —respondió el Dinero—, primeramente, todos los ruines, como son rufianes, farsantes, espadachines y rameras, jamás tienen un real, ni para en su poder. Y si los buenos tampoco le tienen, no tengo yo la culpa.

—Pues ¿quién la tiene?

—Ellos mismos.

—¿Ellos, de qué suerte?

—Porque no me saben buscar: ellos no roban, no trampean, no mienten, no estafan, no se dejan cohechar, no desuellan al pobre, no chupan la sangre ajena, no viven de embeleco, no adulan, no son terceros, no engañan. ¿Cómo han de enriquecer si no me buscan?

—¿Qué, es menester buscarle? Váyase él, pues corre tanto, a sus casas mismas y ruégueles y sírvales.

—Señora, ya voy tal vez, o por premio o por herencia, y no me saben guardar: luego me echan la puerta afuera haciendo limosnas, remediando necesidades, más que el arcipreste de Daroca; pagan luego lo que deben, prestan, son caritativos, no saben hacer una ruindad, y así luego me echan la puerta afuera.

—No es eso echarte a rodar, sino bien alto, pues en el cielo. Y tú, Honra, ¿qué respondes?

—Lo mismo, que los buenos no son ambiciosos, no pretenden, no se alaban, no se entremeten; antes, se humillan, se retiran del bullicio, no multiplican cartas, no presentan, y así, ni me saben buscar, ni a ellos los buscan.

—¿Y tú, Hermosura?

—Que tengo muchos enemigos, todos me persiguen cuando más me siguen; quiérenme para el mundo, nadie para el cielo. Siempre ando entre locas y necias; las vanas me placean, me sacan a vistas; las cuerdas me encierran, me esconden, no se dejan ver. Y así, siempre me topan con gente ruin, a tontas y a locas.

—Habla tú, Ventura.

—Yo, señora, siempre voy con los mozos, porque los viejos no son atrevidos. Los prudentes, como piensan mucho, hallan grandes dificultades; los locos son arrojados, los temerarios no reparan, los desesperados no tienen qué perder: ¿qué quieres tú que diga?

—¿No veis —exclamó la Fortuna— lo que pasa?

Conocieron todos la verdad, y valiole. Solo el soldado volvió a replicar, y dijo:

—Muchas cosas hay que no dependen de los hombres, sino que tú absolutamente las dispensas, las repartes como quieres, y se quejan que con notable desigualdad. Al fin, yo no sé cómo se es que todos viven descontentos: las discretas porque las hiciste feas, las hermosas porque necias, los ricos porque ignorantes, los sabios porque pobres, los poderosos sin salud, los sanos sin hacienda, los hacendados sin hijos, los pobres cargados de ellos, los valientes porque desdichados, los dichosos viven poco, los desdichados son eternos. Así que a nadie tienes contento. No hay ventura cumplida ni contento puro, todos son aguados. Hasta la misma Naturaleza se queja o se excusa con que en todo te le opones. Siempre andáis las dos de punta, que tenéis escandalizado el mundo: si la una echa por un cabo, la otra por el otro. Por el mismo caso que la Naturaleza favorece a uno, tú le persigues; si ella da prendas, tú las desluces y las malogras, que vemos infinitos perdidos por esto, grandes ingenios sin ventura, valentías prodigiosas sin aplauso, un Gran Capitán retirado, un rey Francisco de Francia preso, un Enrico Cuarto muerto a puñaladas, un marqués del Valle pleiteando, un rey don Sebastián vencido, un Belisario

ciego, un duque de Alba encarcelado, un don Lope de Hoces abrasado, un infante cardenal antecogido, un príncipe don Baltasar, sol de España, eclipsado. Dígoos que traéis revuelto el mundo.

—Basta —dijo la Fortuna— que lo que más me habían de estimar los hombres, eso me calumnian. ¡Hola, Equidad!, vengan las balanzas. ¿Veislas, veislas? Pues sabed que no doy cosa que no la pese y contrapese primero, igualando muy bien estas balanzas. Venid acá, necios inconsiderados: si todo lo diera a los sabios, ¿qué hicierais vosotros? ¿Habíais de quedar destituidos de todo? ¿Qué había de hacer una mujer, si fuera necia y fea y desdichada?: Desesperarse. ¿Y quién se pudiera averiguar con una hermosa, si fuera venturosa y entendida? Y si no, hagamos una cosa. Traigan acá todas mis dádivas; vengan las lindas: si tan desgraciadas son, truequen con las feas; vengan los discretos: si tan descontentos viven, truequen con los ricos necios, que todo no se puede tener.

Fue luego pesando sus dádivas y disfavores, coronas, cetros, tiaras, riquezas, oro, plata, dignidades y venturas. Y fue tal el contrapeso de cuidados a las honras, de dolores a los gustos, de descréditos a los vicios, de achaques a los deleites, de pensiones a las dignidades, de ocupaciones a los cargos, de desvelos a las riquezas, de trabajos a la salud, de crudezas al regalo, de riesgos a la valentía, de desdoros a la hermosura, de pobreza a las letras, que cada uno decía:

—Démonos por buenos.

—Estas dos balanzas —proseguía la Fortuna— somos la Naturaleza y yo, que igualamos la sangre: si ella se decanta a la una parte, yo a la otra; si ella favorece al sabio, yo al necio; si ella a la hermosa, yo a la fea; siempre al contrario, contrapesando los bienes.

—Todo eso está bien —replicó el soldado—, pero ¿por qué no has de ser constante en una cosa, y no andar variando cada día? ¿Para qué es buena tanta mudanza?

—¡Qué más quisieran los dichosos! —respondió la Fortuna—. ¡Bueno, por cierto, que siempre gozasen unos mismos los bienes, y que nunca les llegase su vez a los desdichados! De eso me guardaré yo muy bien. ¡Hola, Tiempo!, ande la rueda, dé una vuelta y otra vuelta, y nunca pare. Abátanse los soberbios y sean ensalzados los humildes, vayan a veces: sepan unos qué cosa es padecer y los otros gozar. Pues si aun con saber esto y llamarme la Mudable, no se dan por entendidos los poderosos, los entronizados, ninguno se acuerda de mañana, despreciando los inferiores, atropellando los desvalidos, ¿qué hicieran si ellos supieran que no había de haber mudanza? ¡Hola, Tiempo!, ande la rueda. Si aun de este modo son intolerables los ricos, los mandones, ¿qué fuera si se aseguraran echando un clavo a su felicidad? Ese sí que fuera yerro. ¡Hola, Tiempo!, ande la rueda, y desengáñese todo el mundo que nada permanece sino la virtud.

No tuvo más qué replicar el soldado; antes, volviéndose al estudiante, le dijo:

—Pues vosotros, los bachilleres, sois los que más satirizáis la Fortuna, ¿cómo calláis ahora? Decid algo, que en las ocasiones es el tiempo del hablar.

Confesó él que no lo era, solo venía a pretender un beneficio bobo. Mas la Fortuna:

—Ya sé —dijo— que los sabios son los que hablan más mal de mí, y en eso muestran serlo.

Escandalizáronse todos mucho de oír esto. Y ella:

—Yo me desempeñaré. No es porque ellos así lo sientan, sino porque lo sienta el vulgo, para tener a raya los soberbios: yo soy el coco de los poderosos, conmigo les hacen miedo. Teman los ricos, tiemblen los afortunados, escarmienten los validos, enfrénense todos. Una cosa os quiero confesar, y es que los verdaderos sabios, que son los prudentes y virtuosos, son muy superiores a las estrellas. Bien es verdad que tengo cuidado no engorden, porque no duerman; que el enjaulado jilguero, en teniendo que comer, no canta. Y porque veáis que ellos saben ser dichosos: ¡hola!, arrastrad aquella mesa.

Era redonda y capaz de todos los siglos. En medio de ella se ostentaban muchas venturas en bienes, digo, cetros, tiaras, coronas, mitras, bastones, varas, laureles, púrpuras, capelos, tusones, hábitos, borlas, oro, plata, joyas, y todas sobre un riquísimo tapete. Mandó luego llamar todos los pretendientes de ventura, que fueron todos los vivientes: que ¿quién hay que no desee? Coronaron la gran mesa, y teniéndolos así juntos, les dijo:

—Mortales, todos estos bienes son para vosotros. ¡Alto!, disponeos para conseguirlos, que yo nada quiero repartir por no tener quejosos; cada uno escoja lo que quisiere y coja lo que pudiere.

Hizo señal de agarrar, y al punto comenzaron todos a porfía a alargar los brazos y estirarse para alcanzar cada uno lo que deseaba, pero ninguno podía conseguirlo. Estaba ya uno muy cerca de alcanzar una mitra, aunque no la merecía tanto como un vicario general; anduvo porfiando toda la vida tras ella, mas nunca la pudo asir, y murió con aquel buen deseo. Daba saltos un otro por una llave dorada, y aunque se fatigó y fatigó a otros, como tenía dientes se le defendía. Empinábanse algunos al rojo, y al cabo se quedaban en blanco. Anhelaba otro y aun sudaba tras un bastón, mas vino una bala y derribole a la que le iba a empuñar. Cogían unos la carrera muy de atrás, y a veces por rodeos e indirectas, daban valientes saltos por alcanzar alguna cosa, y quedábanse burlados. Andaba cierto personaje, aunque a lo disimulado, por alcanzar una corona, cansábase de ser príncipe de retén, mas quedose con estas esperanzas. Llegó un bravo gigantón, un castillo de huesos, que ya está dicho de carne; no se dignó de mirar a los demás, burlándose de todos.

II, VII

El yermo de Hipocrinda

[La virtud, único bien]

Componían al hombre todas las demás criaturas tributándole perfecciones, pero de prestado; iban a porfía amontonando bienes sobre él, mas todos al quitar: el cielo le dio el alma, la tierra el cuerpo, el fuego el calor, el agua los humores, el aire la respiración, las estrellas ojos, el sol cara, la fortuna haberes, la fama honores, el tiempo edades, el mundo casa, los amigos compañía, los padres naturaleza y los maestros la sabiduría. Mas viendo él que todos eran bienes muebles, no raíces, prestados todos y al quitar, dicen que preguntó:

—Pues ¿qué será mío? Si todo es de prestado, ¿qué me quedará?

Respondiéronle que la virtud. Esa es bien propio del hombre, nadie se la puede repetir. Todo es nada sin ella, y ella lo es todo; los demás bienes son de burlas, ella sola es de veras. Es alma de la alma, vida de la vida, realce de todas las prendas, corona de las perfecciones y perfección de todo el ser; centro es de la felicidad, trono de la honra, gozo de la vida, satisfacción de la conciencia, respiración del alma, banquete de las potencias, fuente del contento, manantial de la alegría. Es rara porque dificultosa, y donde quiera que se halla es hermosa, y por eso tan estimada. Todos querrían parecer tenerla, pocos de verdad la procuran. Hasta los vicios se cubren con su buena capa y mienten sus apariencias; los más malos querrían ser tenidos por buenos. Todos la querrían en los otros, mas no en sí mismos: pretende este que aquel le guarde fidelidad en el trato, que no le murmure, ni le mienta, ni le engañe, trate siempre verdad, que en nada le ofenda ni agravie, y él obra todo lo contrario. Con ser tan hermosa, noble y apacible, todo el mundo se ha mancomunado contra ella; y es de modo que la verdadera virtud ya no se ve ni parece, sino la que le parece: cuando pensamos está en alguna parte, topamos con sola su sombra, que es la hipocresía. De suerte que un bueno, un justo, un virtuoso florece como la Fénix, que por único se lleva la palma.

[Apreciar lo propio]

Así acontece a muchos cada día. ¡Oh cuántos, teniendo la dicha entre manos, no la supieron conocer, y después la desearon! Pierde uno los cincuenta, los cien mil de hacienda, y después guarda un real; no estima el otro la consorte casta y prudente que le dio el cielo, y después la suspira muerta y adorada en la segunda; pierde este el puesto, la dignidad, la paz, el contento, el estado, y después anda mendigando mucho menos.

[Sabiduría aparente]

Aquel otro es tenido por un pozo de sabiduría, más honda que profunda, y él dice que en eso está su gozo. Aquí más valen textos que testa. Nunca se cansa de estudiar, su mayor concepto dice ser el que de él se tiene, y aun todos los ajenos nos vende por suyos, que para eso compra los libros. De letras, menos de la mitad basta, y lo demás de fortuna, que el aplauso más ruido hace en vacío. Y al fin, más fácil es y menos cuesta el ser tenido por docto, por valiente y por bueno, que el serlo.

[Apariencia en las virtudes]

Cada día acontece —ponderaba el Ermitaño— salir de aquí un sujeto amoldado en esta oficina, instruido en esta escuela, en competencia de otro de aquella de arriba, de la verdadera y sólida virtud, pretendiendo ambos una dignidad, y parecer este mil veces mejor, hallar más favor, tener más amigos, y quedarse el otro corrido y aun cansado; porque los más en el mundo no conocen ni examinan lo que cada uno es, sino lo que parece. Y creedme que de lejos tanto brilla un claveque como un diamante, pocos conocen las finas virtudes, ni saben distinguirlas de las falsas. Veis allí un hombre más liviano que un bofe, y parece en lo exterior más grave que un presidente.

[Engaña mundo]

Aquí está todo en el bien parecer, que ya en el mundo no se atiende a lo que son las cosas, sino a lo que parecen; porque mirad —decía—, unas cosas hay que ni son ni lo parecen, y esa es ya necedad: que aunque no sea de ley, procure parecerlo; otras hay que son y lo parecen, y eso no es mucho; otras que son y no parecen, y esa es la suma necedad. Pero el gran primor es no ser y parecerlo: eso sí que es saber. Cobrad opinión y conservadla, que es fácil, que los más viven de crédito. No os matéis en estudiar, pero alabaos con arte; todo médico y letrado han de ser de ostentación: mucho vale el pico, que hasta un papagayo, porque le tiene, halla cabida en los palacios y ocupa el mejor balcón. Mirad que os digo que si sabéis vivir, os sabréis acomodar; y sin trabajo alguno, sin que os cueste cosa, sin sudar ni reventar, os he de sacar personas: por lo menos, que lo parezcáis de modo que podáis ladearos con los más verdaderos virtuosos, con el más hombre de bien. Y si no, tomad ejemplo en la gente de autoridad y de experiencia, y veréis lo que han aprovechado con mis reglas y en cuán grande predicamento están hoy en el mundo ocupando los mayores puestos.

II, VIII

Armería del valor

[Virtud verdadera]

El gozo del hipócrita no dura un instante entero: es como un punto. Entended una verdad, que de cien leguas se conoce la que es verdadera virtud o falsa; está ya muy despabilada la advertencia: luego le conocen a uno de qué pie se mueve y de cuál cojea. Al paso que el engaño anda metafísico, también la cautela sutil vale a los alcances, y por más capa que tome de bondad, no se le escapa de vicio. La virtud sólida y perfecta es la que puede salir a vistas del cielo y de la tierra, esa la que vale y dura, que es tenida por clara y por eterna. La bellísima Virtelia es la que importa buscar, y no parar hasta hallarla, aunque sea pasando por picas y por puñales; que ella os encaminará a vuestra Felisinda, en cuya busca toda la vida vais peregrinando.

II, IX

Anfiteatro de monstruosidades

[Anfiteatro de monstruosidades]

Pasaba un río (y río de lo que pasa) entre márgenes opuestas, coronada de flores la una y de frutos la otra: prado aquella de deleites, asilo esta de seguridades. Escondíanse allí entre las rosas las serpientes, entre los claveles los áspides, y bramaban las hambrientas fieras rodeando a quien tragarse. En medio de tan evidentes riesgos estaba descansando un hombre, si lo es un necio; pues pudiendo pasar el río y meterse en salvo de la otra parte, se estaba muy descuidado cogiendo flores, coronándose de rosas, y de cuando en cuando volviendo la mira a contemplar el río y ver correr sus cristales. Dábale voces un cuerdo acordándole su peligro y convidándole a pasarse de la otra banda con menos dificultad hoy que mañana. Mas él, muy a lo necio, respondía que estaba esperando acabase de correr el río para poderle pasar sin mojarse.

[Excusas vulgares]

¡Oh tú, que haces mofa del fabulosamente necio, advierte que eres el verdadero, tú eres el mismo de quien te ríes, tanta y tan solemne es tu demencia! Pues, instándote que dejes los riesgos del vicio y te acojas a la banda de la virtud, respondes que aguardas acabe de pasar la corriente de los males. Si le preguntáis al otro por qué no acaba de ajustarse con la razón, responde que está aguardando pase el arrebatado torrente de sus pasiones, que no quiere comenzar el camino de la virtud hoy, si ha de volver al del vicio mañana. Si le acordáis a la otra sus obligaciones, la afrenta que causa a los propios y la murmuración a los extraños, dice que corre con todas, que así se usa, que con más edad tendrá más cordura. Consuélase aquel de no estudiar y dice que no piensa cansarse, pues no se premian letras ni se estiman méritos. Excúsase este de no ser hombre de sustancia diciendo que no hay quien lo sea, todo está perdido, que no se usa la virtud, todos engañan, adulan, mienten, roban y viven de artificio, y déjase arrebatar de la corriente de la maldad. El juez se lava las manos de que no hace justicia con que todo está rematado y no sabe por dónde comenzar. Así que todos aguardan a que amaine el ímpetu de los vicios para pasarse a la banda de la virtud. Mas es tan imposible el cesar los males, el acabarse los escándalos en el mundo mientras haya hombres, como el parar los ríos. Lo acertado es poner el pecho al agua y con denodado valor pasar de la otra banda al puerto de una seguridad dichosa.

[Intención buena y mala]

Veréis que unos vicios, aunque destruyen la honra, dejan la hacienda; consumen otros la hacienda, y perdonan la salud; pero este de la torpeza con todo acaba, honra, hacienda, salud y vida.

Lado por lado, estaban otros dos monstruos tan confinantes cuan diferentes, para que campeasen más los extremos. El primero tenía más malos ojos que un bizco, siempre miraba de mal ojo: si uno callaba, decía que era un necio, si hablaba, que un bachiller; si se humillaba, apocado; si se mesuraba, altivo; si sufrido, cobarde, y si áspero, furioso; si grave, le tenía por soberbio, si afable, por liviano; si liberal, por pródigo, si detenido, por avaro; si ajustado, por hipócrita, si desahogado, por profano; si modesto, por tosco, si cortés, por ligero: ¡oh, maligno mirar! Al contrario, el otro se gloriaba de tener buena vista, todo lo miraba con buenos ojos: con tal extremo de afición, que a la desvergüenza llamaba galantería, a la deshonestidad buen gusto; la mentira decía que era ingenio; la temeridad, valentía; la venganza, pundonor; la lisonja, cortejo; la murmuración, donaire; la astucia, sagacidad; y el artificio, prudencia.

—¡Qué dos monstruosidades —dijo Andrenio— tan necias! Siempre van los mortales por extremos, nunca hallan el medio de la razón, y se llaman racionales. ¿No sabríamos qué dos monstruos son estos?

—Sí —dijo el Sagaz—, aquella primera es la Mala Intención, que toma de ojo todo lo bueno; esta otra al contrario, es la Afición, que siempre va diciendo: «Todo mi amigo es buen hombre». Estos son los antojos del mundo, ya no se mira de otro modo. Y así, tanto se ha de atender a quien alaba, o a quien vitupera, como al alabado o vituperado.

[Enemigos del alma]

—¡Ea, acabad, dejaos de pesares! Venid, holguémonos, logremos la vida, gocemos de sus gustos, de los olores y ungüentos preciosos, de los banquetes y comidas, de los lascivos deleites. Mira que se nos pasa la flor de la edad; pasemos la edad en flor, comamos y bebamos, que mañana moriremos; andémonos de prado en prado, dando verdes a nuestros apetitos. Yo os quiero repartir las jurisdicciones y vasallos para que no estéis pleiteando cada día. Tú, ¡oh, Carne!, llevarás tras ti todos los flacos, ociosos, regalones y destemplados, reinarás sobre la hermosura, el ocio y el vino, serás señora de la voluntad. Y tú, ¡oh, Mundo!, arrastrarás todos los soberbios, ambiciosos, ricos y potentados, reinarás en la fantasía. Mas tú, Demonio, serás el rey de los mentirosos, de los que se pican de entendidos, todo el distrito del ingenio será tuyo.

II, X

Virtelia encantada

[Virtelia encantada]

Aquel antípoda del cielo, redondo, siempre rodando, jaula de fieras, palacio en el aire, albergue de la iniquidad, casa a toda malicia, niño caducando, el Mundo, llegó ya a tal extremo de inmundo, y sus mundanos a tal remate de desvergonzada locura, que se atrevieron con públicos edictos a prohibir toda virtud, y esto so graves penas que ninguno dijese verdades, menos de ser tenido por loco; que ninguno hiciese cortesía, so pena de hombre bajo; que ninguno estudiase ni supiese, porque sería llamado el estoico o el filósofo; que ninguno fuese recatado, so pena de ser tenido por simple. Y así de todas las demás virtudes. Al contrario, dieron a los vicios campo franco y pasaporte general para toda la vida. Pregonose un tan bárbaro desafuero por las anchuras de la tierra, siendo tan bien recibido hoy como ejecutado ayer, dando una gran campanada. Mas ¡oh, caso raro y increíble!, cuando se tuvo por cierto que todas las virtudes habían de dar una extraordinaria demostración de su sentimiento, fue tan al contrario, que recibieron la nueva con extraordinario aplauso, dándose unas a otras la enhorabuena y ostentando indecible gozo. Al revés, los vicios andaban cabizbajos y corridos, sin poder disimular su tristeza.

Admirado un discreto de tan impensados efectos, comunicó su reparo con la Sabiduría su señora. Y ella:

—No te admires —le dijo— de nuestro especial contento, porque este desafuero vulgar está tan lejos de causarnos algún perjuicio, que antes bien le tenemos por conveniencia. No ha sido agravio, sino favor, ni se nos podía haber hecho mayor bien. Los vicios sí quedan destruidos de esta vez, bien pueden esconderse; y así, con justa causa se entristecen. Este es el día en que nosotras nos introducimos en todas partes y nos levantamos con el mundo.

—¿Pues en qué lo fundas? —replicó el Curioso.

—Yo te lo diré: porque son de tal condición los mortales, tienen tan extraña inclinación a lo vedado, que en prohibiéndoles alguna cosa, por el mismo caso la apetecen y mueren por conseguirla. No es menester más para que una cosa sea buscada sino que sea prohibida. Y es esto tan probado, que la mayor fealdad vedada es más codiciada que la mayor belleza concedida. Verás que, en vedando el ayuno, se dejarán morir de hambre el mismo Epicuro y Heliogábalo; en prohibiendo el recato, dejará Venus a Chipre y se meterá entre las vestales. Buen ánimo, que ya no habrá embustes, ruines correspondencias, malos procederes, agarros ni traiciones; cerrarse han los públicos teatros y garitos, todo será virtud, volverá el buen tiempo y los hombres hechos a él, las mujeres estarán muy casadas con sus maridos, y las doncellas lo serán de honor;

obedecerán los vasallos a sus reyes, y ellos mandarán; no se mentirá en la corte ni se murmurará en la aldea; verse ha desagraviado el sexto de todo sexo. Gran felicidad se nos promete: ¡este sí que será el siglo dorado!

[Enemigos domésticos]

Tiene muchos enemigos lo bueno: los mismos padres, los hermanos, los amigos, los parientes, todos son contrarios de la virtud, y los domésticos los mayores.

—¿Dónde estás? ¡oh, Justicia! —dijo en grito [Andrenio].

Y respondiole al punto Eco vaticinante desde un escollo de flores:

—En la casa ajena.

—¿Y la verdad?

—Con los niños.

—¿La castidad?

—Huyendo.

—¿La sabiduría?

—En la mitad, y aun…

—¿La providencia?

—Antes.

—¿El arrepentimiento?

—Después.

—¿La cortesía?

—En la honra.

—¿Y la honra?

—En quien la da.

—¿La fidelidad?

—En el pecho de un rey.

—¿La amistad?

—No entre idos.

—¿El consejo?

—En los viejos.

—¿El valor?

—En los varones.

—¿La ventura?

—En las feas.

—¿El callar?

—Con callemos.

—¿Y el dar?

—Con el recibir.

—¿La bondad?

—En el buen tiempo.

—¿El escarmiento?
—En cabeza ajena.
—¿La pobreza?
—Por puertas.
—¿La buena fama?
—Durmiendo.
—¿La osadía?
—En la dicha.
—¿La salud?
—En la templanza.
—¿La esperanza?
—Siempre.
—¿El ayuno?
—En quien mal come.
—¿La cordura?
—Adivinando.
—¿El desengaño?
—Tarde.
—¿La vergüenza?
—Si perdida, nunca más hallada.
—¿Y toda virtud?
—En el medio.
—Es decir —declaró Lucindo—, que nos encaminemos al centro y no andemos como los impíos rodando.

[Callar malo]
—¿Qué callar hay malo?
—¡Oh, sí! —respondió Virtelia—, y muy perjudicial: calla el juez la justicia, calla el padre y no corrige al hijo travieso, calla el predicador y no reprehende los vicios, calla el confesor y no pondera la gravedad de la culpa, calla el malo y no se confiesa ni se enmienda, calla el deudor y niega el crédito, calla el testigo y no se averigua el delito: callan unos y otros, y encúbrense los males. De suerte que si al buen callar llaman santo, al mal callar llámenle diablo.

II, XI

El tejado de vidrio y Momo tirando piedras

[Ensanches a la naturaleza]

—Sabed —dijo [la Razón]— que a todas las pasiones se les ha concedido algún ensanche, un desahogo en favor de la violentada naturaleza: a la Lujuria el matrimonio, a la Ira la corrección, a la Gula el sustento, a la Envidia la emulación, a la Codicia la providencia, a la Pereza la recreación, y así a todas las otras demasías. Pero a la Soberbia, mirad qué tal es ella, que jamás se le ha permitido el más mínimo ensanche; no hay que fiar, toda es execrable: ¡vaya fuera, fuera, lejos, lejos! Bien es verdad que el cuidado del buen nombre es una atención loable, porque la buena fama es esmalte de la virtud, premio, que no precio; hase de estimar la honra, pero no afectar. Más precioso es el buen nombre que todas las riquezas; en no estando la virtud en su buen crédito, está fuera de su centro, y quien no está en la gloria de su buena fama, forzoso es que esté condenado al infierno de su infamia, al tormento de la desestimación, más insufrible a más conocimiento. Es la honra sombra de la virtud, que la sigue y no se consigue, huye del que la busca y busca a quien la huye; es efecto del bien obrar, pero no afecto; decorosa, al fin, diadema de la hermosísima virtud.

[El puente de los Peros]

Célebre puente, como tan temida, daba paso a la gran ciudad, ilustre corte de la heroica Honoria, aquella plausible reina de la estimación, y por eso tan venerada de todos. Era un paso muy peligroso, por estar todo él sembrado de perinquinosos peros en que muchos tropezaban y los más caían en el río del reír, quedando muy mojados y aun poniéndose de lodo, con mucha risa de la innumerable vulgaridad que estaba a la mira de sus desaires. Era de ponderar la intrepidez con que algunos, confiados, y otros, presumidos, se arrojaban (y los más se despeñaban) anhelando a pasar de un extremo de bajeza a otro de ensalzamiento, y tal vez de la mayor deshonra a la mayor grandeza, de lo negro a lo blanco, y aun de lo amarillo a lo rojo; pero todos ellos caían con harta nota suya y risa de los sabidores. Así le sucedió a uno que pretendió pasar de villano a noble, otro de manchado a limpio, diciendo que tras el sábado se sigue el domingo, pero él fue de guardar; no faltó quien del mandil a mandarín, y de mozo de ciego a don Gonzalo, y una otra muy desvanecida, de la verdura al verdugado. Quería una pasar por doncella, mas riéronse de su caída, como otro que quiso ser tenido por un pozo de ciencia, y fue un pozo de cieno.

No había hombre que no tropezase en su pero, y para cada uno había un sino. «Gran príncipe tal, pero buen hombre; ilustre prelado aquel si fuera tan limosnero como nuestro arzobispo; gran letrado, si no fuera mal intencionado. ¡Qué valiente soldado!,

pero gran ladrón. ¡Qué honrado caballero este!, sino que es pobre. ¡Qué docto aquel! si no fuera soberbio. Fulano santo, pero simple. ¡Qué buen sujeto aquel otro y qué prudente!, pero es embarazado: muy bien entiende las materias, mas no tiene resolución. Diligente ministro, pero no es inteligente. Gran entendimiento, pero ¡qué mal empleado! ¡Qué gran mujer aquella!, sino que se descuida. ¡Qué hermosa dama!, si no fuera necia. Grandes prendas las de tal sujeto, pero ¡qué desdichado! Gran médico, pero poco afortunado: todos se le mueren. Lindo ingenio, pero sin juicio: no tiene sindéresis.» Así que todos tropezaban en su pero; raro era el que se escapaba, y único el que pasaba sin mojarse. Topaba uno con un pero de un antepasado, y aunque tan pasado (nunca maduro), jamás se pudo digerir. Al contrario, otro daba de hocicos en el de sus presentes. Y caían todos en el río de la risa común.

[El río de la risa]

—Bien lo merece —decía un émulo—: ¿quién le metía al peón en caballerías?

—Lástima es —decía otro— que los de tal cepa no sean puros, siendo tan hombres de bien.

Las mujeres tropezaban en una chinita, en un diamante; terribles peros las perlas para ellas. El airecillo las hacía bambanear, y el donaire caer con mucha nota; y es lo bueno que, para levantarse, nadie las daba la mano: sí de mano. De verdad que un gran personaje tropezó en una mota, quedando muy desairado, y aseguraban fue notable desorden. Todo el puente estaba sembrado, de cabo a cabo, de estos indigestos peros en que los más de los viandantes tropezaban; y si no en uno, daban de ojos en otro, aun en los pasados. Lamentábase un discreto, diciendo:

—Señores, que tropiece uno en el propio y personal, merécelo, mas en el ajeno ¿por qué?; que haya de tropezar un marido en un cabello de su mujer, en un pelillo de su hermana, ¿qué ley es esta?

Llegó uno jurando a fe de caballero: tan bueno, decía, como el rey. No faltó quien le arrojó una erre, con que de rey se hizo de reír. A un cierto Ruy le echó un malicioso una tilde, y bastó para que rodase. Tropezó otro en un cuarto, y quedose en blanco. Rodábales a algunos la cabeza, y quedaban hechos equis, por haber deslizado en los brindis. Comenzó a pasar cierta dama muy airosa; hiciéronla unos y otros paso con plausible cortesía, pero al más liviano descuido dio en el lodo con toda su bizarría, que fue barro. Tropezaban las más en piedras preciosas, y eran muy despreciadas. Llegó a pasar un gran príncipe, y muy adulado.

—Este sí —dijeron todos— que pasará sin riesgo, no tiene que temer: los mismos peros le temerán a él.

Mas ¡oh, caso trágico!, deslizó en una pluma y tumbó al río, quedando muy mojado. En una aguja de coser tropezó alguno, y en una lezna otro, y era título; en una pluma de gallina, un bizarro general. ¿Pues qué, si alguno entraba cojeando y de mal pie?: era cierto el rodar, y en duda de tropiezo estaba la malicia por la deshonra. Creyó

uno le valdría aquí su riqueza, que en todos los demás pasos, por peligrosos que sean, suele sacar a su dueño de trabajo; mas al primer paso se desengañó que no vale aquí ni la espuela de oro ni la vira de plata.

—¡Cruel paso —decían todos— el de la honra entre tropiezos de la malicia! ¡Oh, qué delicada es la fama, pues una mota es ya nota!

[Ciego, mudo y sordo]

Este ciego ha de ser nuestra guía, que solo los ciegos, sordos y mudos pueden ya vivir en el mundo. Tomemos esta lección, seamos ciegos para los desdoros ajenos, mudos para no zaherirlos ni jactarnos, conciliando odio con la murmuración en la recíproca venganza; seamos sordos para no hacer caso de lo que dirán.

[Ninguno se conoce]

Y a todo esto, andaba revolviendo el mundo aquel duendecillo universal. Había tomado otro más perjudicial deporte, y era arrojar a los rostros, en vez de piedras, carbones que tiznaban feamente; y así, andaban casi todos mascarados, haciendo ridículas visiones, uno con un tizne en la frente, otro en la mejilla, y tal que le cruzaba la cara, riéndose unos de otros sin mirarse a sí mismos ni advertir cada uno su fealdad, sino la ajena. Era de ver, y aun de reír, cómo todos andaban tiznados haciendo burla unos de otros.

—¿No veis —decía uno— qué mancha tan fea tiene fulano en su linaje? ¡Y que ose hablar de los otros!

—¡Pues él —decía otro—, que no vea su infamia tan notoria y se meta a hablar de las ajenas! ¡Que no haya ninguno con honra en su lengua!

—¡Mira quién habla —saltaba otro—, teniendo la mujer que tiene! Cuánto mejor fuera cuidara él de su casa, y supiera de dónde sale la gala.

Estando diciendo esto, estaba actualmente otro santiguándose:

—¡Que este no advierta que tiene él por qué callar, teniendo una hermana cual sabemos!

Pero de este añadía otro:

—¡Harto mejor fuera que se acordara él de su abuelo y quién fue! Siempre lo veréis, que hablan más los que deberían menos.

—¿Hay tal desvergüenza en el mundo, que ose hablar aquel?

—¿Hay tal descoco de mujer, que se adelante ella a decir y quitarle a la otra la palabra de la lengua?

De esta suerte andaba el juego y la risa de todo el mundo, que siempre la mitad de él se está riendo de la otra, burlándose unos de otros, y todos mascarados; estos se fisgaban de aquellos, y aquellos de estos, y todo era risa, ignorancia, murmuración, desprecio, presunción y necedad, y triunfaba el ruincillo. Reparaban algunos más

advertidos, si no más felices, en que se reían de ellos y acudían a una fuente, espejo común en medio de una plaza, a examinarse de rostro en sus cristales, y reconociendo sus tiznes, alargaban la mano al agua, que después de haber avisado del defecto, da el remedio y limpia; pero cuanto más porfiaban en lavarse y alabarse, peores se ponían, pues, enfadados los otros de su afectado desvanecimiento, decían:

—¿No es este aquel que vendía y compraba? ¿Pues qué nos viene aquí vendiendo honras?

—Aguarda, ¿no es aquel hijo de aquel otro? Pues, por cuatro reales que tiene, ¿anda tan deslavado, no siendo su hidalguía tanto al uso cuanto al aspa?

Lo peor era que la misma agua clara sacaba a luz muchas manchas que estaban ya olvidadas. Y así, a uno que trató de alabarse de ingenuo le salió una ese, que era decir: «Ese es ese».

—Yo lo sé de buena tinta —decía uno— que Fulano es un tal.

Y no era sino harto mala, pues echaba tales borrones. Sentía mucho cierta señora, que blasonaba de la más roja sangre del reino, se le atreviese la murmuración, y no advertía que la mancha de un descuido sale más en el brocado, como la roncha en la belleza. Estaba otra muy corrida de que siendo ya matrona, la echaban en la cara no sé qué niñería de allá cuando rapaza. Estaba el otro para conseguir una dignidad, y salíale al rostro un tizne de no sé qué travesura de su mocedad. Pero el que se sintió mucho fue un príncipe, en cuya esclarecida frente echó un historiador un borrón sacudiendo la pluma. Aquello de haber sido, no podía uno tolerar:

—Que el ser ahora salga a la cara, pase; pero ¡porque allá mi tatarabuelo lo fue!

—¿Qué razón hay que por lo que pasó en tiempo del rey que rabió —ponderaba otro— me hagan a mí rabiar?

Lo más acertado era callar y callemos, y no alabarse, porque de los blasones de las armas hacían los otros baldones; y aun desde que dieron en lavarse en la fuente de la presunción y desvanecimiento, les salieron más manchas a la cara. Y unos y otros se daban en rostro con las fealdades de allá de mil años. Y fue de suerte (digo, desdicha) que no quedó rostro sin lunar, ojo sin legaña, lengua sin pelo, frente sin arruga, mano sin verruga, pie sin callo, espalda sin giba, cuello sin papera, pecho sin tos, nariz sin romadizo, uña sin enemigo, niña sin nube, cabeza sin remolino, ni pelo sin repelo: en todos había algo que señalase con el dedo aquel malsín y de que se recelasen los otros. Y aun todos iban huyendo de él, diciendo a voces:

—¡Guarda, el ruincillo! ¡Guarda, el maldiciente! ¡Oh, maldita lengua!

Conocieron con esto que era Momo, y huyeran también si no les emprendiera él mismo preguntándoles qué buscaban, que parecían extraños en lo perdido. Respondiéronle venían en busca de la buena reina Honoria. Y él al punto:

—¿Mujer y buena, y en esta era? Yo lo dudo. En mi boca, por lo menos, no lo será. Yo las conozco todas, y a todos, y no hallo cosa buena. El buen tiempo ya pasó, y con él todo lo bueno. (En boca del viejo, todo lo bueno fue, y todo lo malo es. Con todo eso,

yo os quiero hoy servir de brújula; vamos discurriendo por la ciudad, probemos ventura, que no será poca hallarla, siendo una de aquellas cosas de que piensa estar lleno el mundo, cuando más vacío.)

Oyeron que estaba uno persuadiendo a otro perdonase a su enemigo y se quietase, y respondía él:

—¿Y la honra?

Decíanle a otro que dejase la manceba y el escándalo de tantos años. Y él:

—No sería honra ahora.

A un blasfemo, que no jurase ni perjurase, y respondía:

—¿En qué estaría la honra?

A un pródigo, que mirase a mañana, que no tendría hacienda para cuatro días:

—No es mi honra.

A un poderoso, que no hiciese sombra al rufián y al asesino:

—No es mi honra.

—Pues, hombres de Barrabás —dijo Momo—, ¿en qué está la honra? ¡No digo yo!

A otro lado oyeron decir a uno:

—Mirad Fulano en qué pone su honra.

Y respondía este:

—¿Y él, en qué la pone?

—¡Mira este, mira aquel, y miradlos a todos en qué la ponen!

Decía un linajudo, muy preciado de honrado, que a él le venía muy de atrás, allá de sus antepasados, de cuyas hazañas vivía.

—Esa honra, señor mío —le dijo Momo—, ya no huele bien, rancia está. Tratad de buscar otra más plática. Poco importa la honra antigua, si la infamia es moderna. Y si no os vestís de las ropas de vuestros antepasados porque no son al uso, ni salís un día con la martingala de vuestro abuelo porque se reirían de tal vejedad, no pretendáis tampoco arrear el ánimo de sus honores. Buscad en nuevas hazañas la honra al uso.

No faltó quien les dijo hallarían la honra en la riqueza.

—No puede ser —dijo Momo—, que honra y provecho no caben en ese saco.

Encamináronse a casa de los hombres famosos y plausibles, y hallaron se habían echado a dormir. Encontraron un caballero nuevo corriendo ilustre sangre, y al punto dijeron:

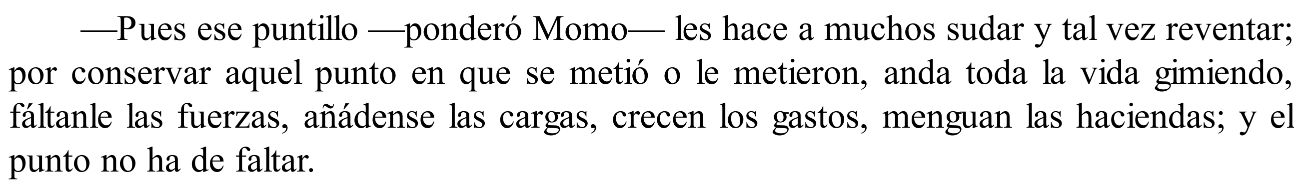
—Este sí que sabrá de ella.

Halláronle que estaba sudando y reventando, más que si llevara un mundo a cuestas; gemía y suspiraba sin cesar.

—¿Qué tiene este hombre? —dijo Andrenio—. ¿De qué trasuda?

—¿No ves —dijo Momo— aquel punto indivisible que carga sobre sus hombros? Pues ese es el que le abruma.

—¡Mirad ahora —replicó Andrenio— qué Atlante parando espaldas a un cielo!, ¡qué Hércules apuntalando la monarquía de todo el mundo!


—Pues ese puntillo —ponderó Momo— les hace a muchos sudar y tal vez reventar; por conservar aquel punto en que se metió o le metieron, anda toda la vida gimiendo, fáltanle las fuerzas, añádense las cargas, crecen los gastos, menguan las haciendas; y el punto no ha de faltar.

—Si la habéis de hallar —les dijo uno—, ha de ser en lo que arrastra.

—Honra que va por tierra, ponerse ha de lodo —dijo Critilo.

—Digo que sí, que lo que arrastra honra.

—Eso no —saltó Momo—. Yo digo al revés, que lo que honra arrastra, y esta negra honrilla trae arrastrados a muchos. ¡Oh, a cuántos traen arrastrados las galas y cadenas de las mujeres, las libreas de los pajes, y andan corridos cuando más honrados! Dicen que hacen lo que deben; yo digo al revés, que deben lo que hacen, y dígalo el mercader y el oficial y los criados.

Hallaron otro y otros muchos que estaban echando los bofes y la misma hiel por la boca.

—Peor es esto —dijo Andrenio.

—Pues si en algunos se ha de hallar la honra —dijo Momo—, ha de ser en estos.

—¿Y por qué?

—Porque revientan de honrados.

—Cara les cuesta la negra de la honrilla.

—Y lo peor es que cuando más la piensan conseguir, entonces la alcanzan menos, perdiendo tal vez la vida y cuanto hay.

—No os canséis —dijo uno—, que no la hallaréis en toda la vida, sino en la muerte.

—¿Cómo en la muerte?

—Sí, que aquel día es el de las alabanzas, y tras la muerte le hacen las honras.

—¡Oh, qué donosa cosa! —dijo Andrenio—. En un saco de tierra poca honra cabrá. Cara es la honra que cuesta el morir; y si un muerto es tierra y nada, toda su honra será no nada.

—Mucho es —ponderaba Critilo— que ni hallemos a Honoria en su corte, ni la honra en una tan populosa ciudad.

—Honra y en ciudad grande —dijo Momo— muy mal se encuadernan. En otro tiempo aún se hallara la honra en las ciudades, pero ya está desterrada de todas. Asegúroos que todo lo bueno se perdió en esta el día que echaron de ella aquel gran personaje tan digno de eterna observación y conservación a quien todos respetaban por su gran caudal y gobierno: él salía por una puerta, ¡qué lástima!, y todas las ruindades entraban por otra, ¡qué desdicha!

[Provechos del qué dirán]

—¿No nos dirías quién fue un personaje tan insigne y tan cabal?

—De verdad que era bien nombrado, y me espanto mucho no deis en la cuenta. Este era el prudente, el atento, el temido «¿Qué dirán?», sujeto bien conocido, que los mismos príncipes le respetaban y aun le temían, diciendo: ¿Qué dirán de un príncipe como yo?, que debiendo ser el espejo que compone todo el mundo, soy el escándalo que lo descompone. ¿Qué dirán? —decía el título—, que no cumplo con mis obligaciones, siendo tantas, que degenero de mis antepasados, famosos héroes, que me dejaron tan empeñado en hazañas y yo me empeño en bajezas. ¿Qué dirán de mí? —decía el juez—, que atropello la justicia, debiéndola yo amparar, y de juez me hago reo: ¡eso no dirán de mí! Cuando más acosada la casada, acordábase de él y decía: ¿Qué dirán de mí?, que una matrona como yo, de Penélope me trueco en Elena, que pago mal el buen proceder de mi marido con mi mal parecer: ¡eso no, líbreme Dios de tan mal gusto! Hasta la recatada doncellita se conservaba en el jardín de su retiro, diciendo: «Yo, que soy una fragante flor, ¿había de dar tan mal fruto? ¿Yo, siendo una rosa, ser risa del mundo? ¿Yo, ver ni ser vista? ¿Yo, por hablar, dar que decir?: ¡de eso me guardaré yo muy bien!». «¿Qué dirán? —decía la viuda—, que a muerto marido, amigo venido, que del riego de mi llanto nace el verde de mis gustos, que tan presto trueco el réquiem en aleluya?» «No dirán tal —decía el soldado—, que yo me calcé botas de fuina; ¿qué dirán de un español, que entre galos soy gallina?» «¿Qué dirán de un hombre de mis prendas —decía el sabio —, que de alumno de Minerva me hago vil esclavo de Venus?» «¿Qué dirán los mozos?», decía el viejo; y «¿Qué dirán los viejos?», decía el mozo. «¿Qué dirán los vecinos?», decía el hombre de bien. Y con esto, todos se recataban. «¿Qué dirían mis émulos? —decía el cuerdo—. ¡Qué buen día para ellos y qué mala noche para mí!» «¿Qué dirían los súbditos?», decía el superior; y «¿Qué diría el superior?», decían los súbditos. De esta suerte todo el mundo le temía y le respetaba, y todo iba, no de concierto, pero muy concertado. Faltó él, y faltó todo lo bueno ese mismo día: todo está ya perdido, todo rematado.

—¿Pues qué se hizo un Catón tan severo, un Licurgo tan regular?

—¿Qué se hizo?; que no pudiéndolo sufrir unos y otros, no pararon hasta echarle. Bárbaro vulgar ostracismo se conjuró contra él, y por ser bueno, le desterraron al uso de hoy. Sabed que con el tiempo, que todo lo trastorna, fue creciendo esta ciudad, aumentándose en gente y confusión, que toda gran corte es Babilonia; no se conocían ya unos a otros, achaque de poblaciones grandes; comenzaron con esto poco a poco a desestimar su gran gobierno, de ahí a no hacer caso de él, luego a atrevérsele. Como todos eran malos, no se espantaban unos de otros, no decían estos de aquellos; cada uno se miraba a sí y enmudecía, metía la mano en el seno y sacábala tan sarnosa, que no se picaba de la ajena. No decían ya «¿Qué dirán?», sino «¿Qué diré yo de él que no diga él de mí, y mucho más?». De esta suerte, mancomunados todos, echaron fuera el «¿Qué dirán?», y al punto se perdió la vergüenza, faltó la honra, retirose el recato, huyó el pundonor; ya no se atendía a obligaciones, con que todo se asoló: al otro día, la matrona dio en matrera, la doncella de vestal en bestial, el mercader a oscuras para dejar a ciegas,

el juez se hizo parte con el que parte, los sabios con resabios, el soldado quebrado, hasta el espejo universal se hizo común. Así que ya no hay honra ni se parece. ¡Eh!, no nos cansemos en buscar tarde lo que otros no pudieron hallar ni al mediodía.

II, XII

El trono del mando

[Carga del mando]

¡Eh, que el mandar, aunque es empleo de hombres, pero no felicidad! Y cierto —ponderaba— que para gobernar locos es menester gran seso, y para regir necios gran saber. Yo renuncio a los cargos por sus cargas.

II, XIII

La jaula de todos

[Edad varonil]

Crece el cuerpo hasta los veinte y cinco, y el corazón hasta los cincuenta, mas el ánimo siempre: gran argumento de su inmortalidad. Es la edad varonil el mejor tercio de la vida, como la que está en el medio; llega ya el hombre a su punto, el espíritu a su sazón, el discurso es sustancial, el valor cumplido y el dictamen de la razón muy ajustado a ella; al fin, todo es madurez y cordura. Desde este punto se había de comenzar a vivir, mas algunos nunca comenzaron y otros cada día comienzan. Esta es la reina de las edades, y si no perfecta absolutamente, con menos imperfecciones, pues no ignorante como la niñez, ni loca como la mocedad, ni pesada ni pasada como la vejez; que el mismo sol campa de luces al medio día. Tres libreas de tres diferentes colores da en diversas edades la Naturaleza a sus criados: comienza por el rubio y purpurante en la aurora de la niñez, al salir del sol de la juventud, gala de color y de colores; pero viste de negro y de decencia la barba y el cabello en la edad varonil, señal de profundos pensamientos y de cuidados cuerdos; fenece con el blanco, quedándose en él la vida, que es el buen porte de la virtud, librea de la vejez lo cándido.

[Mandarse a sí mismo]

¿Qué importa sujete uno todo el mundo, si él no se sujeta a la razón? Y por la mayor parte, los que son señores de más, suelen serlo menos de sí mismos, y tal vez el que más manda más se desmanda. El imperio no es felicidad, sino pensión, pero el ser señor de sus apetitos es una inestimable superioridad. Asegúroos que no hay tiranía como la de una pasión, y sea cualquiera, ni hay esclavo sujeto al más bárbaro africano como el que se cautiva de un apetito. ¡Cuántas veces querría dormir a sueño suelto el necio amante!, y dícele su pasión: «¡Quita, perro, que no se hizo para ti ese cielo, sino un infierno de estar suspirando toda la noche a los umbrales de la desvanecida belleza!». Quisiera el mísero engañar, si no satisfacer, su hambre canina, y dícele su codicia: «¡Anda, perro, ni una sed de agua, y siempre de dinero!». Suspira el ambicioso por la quietud dichosa, y grítale el deseo de valer: «¡Hola, perro, anda aperreado toda la vida!». ¿Hay Berbería tan bárbara cual esta? ¡Eh!, que no hay en el mundo señorío como la libertad del corazón: eso sí que es ser señor, príncipe, rey y monarca de sí mismo.

[No destacar]

—¡Aquí el remedio es —gritó el ya Enano, y mucho menos— no sobresalir en cosa, no lucir ni campear, no ostentar prenda alguna!

[Medirse]

Libres ya de envidiados y envidiosos, llegaron a un paso inevitable donde asistía muy de asiento un varón muy de propósito. Este era el que tenía en su mano la justa medida de los entendimientos, de cómo han de ser. Y era cosa rara que, llegando cada instante unos y otros a medirse, ninguno se ajustaba de todo punto. Unos se quedaban muy cortos, a tres o a cuatro dedos de necios, ya por esto, ya por lo otro: uno porque, aunque en unas materias discurría, en otras no acertaba; este era ingenioso, pero cándido; aquel docto, pero rústico. De modo que ninguno venía cabal del todo. Al contrario, otros pasaban del coto y eran bachilleres, resabidos, sabihondos y aun casi locos: hablaban unos bien, pero se escuchaban; sabían otros, pero se lo presumían; y todos estos enfadaban. Así que unos por cortos, otros por largos, unos por carta de más, otros de menos, todos perdían: a unos les faltaba un pedazo de entendimiento, y a otros les sobraba. Cual y cual, uno entre mil, venía a ser de la medida, y aun quedaba en opiniones. En viendo el juicioso varón que uno no llegaba, o un otro se pasaba, los mandaba meter en la gran jaula de todos, llamada así por los infinitos de que siempre estaba llena; que de loco o simple raro es el que se escapa, los unos porque no llegan, los otros porque se pasan, condenándose todos, unos por tontos, otros por locos. Comenzó a vocearles uno de los que ya estaban dentro, y decía:

—¡Entrad acá, no tenéis que mediros, que todos somos locos, los muchos y los pocos!

[La jaula de todos]

—Advertid que esta es la semilla que más cunde hoy en la tierra, pues da a ciento por uno, y en partes a mil: cada loco hace ciento, y cada uno de estos otros tantos, y así en cuatro días se llena una ciudad. Yo he visto llegar hoy una loca a un pueblo, y mañana haber ciento imitadoras de sus profanos trajes. Y es cosa rara que cien cuerdos no bastan a hacer cuerdo un loco, y un loco vuelve orates a cien cuerdos. De nada sirven los cuerdos a los locos; estos sí hacen gran daño a aquellos: es en tanto grado, que ha acontecido poner un loco entre muchos y muy cuerdos, por ver si se remediaría, y como en todo cuanto hablaba y hacía le repugnaban, comenzó a dar gritos, diciendo que le sacasen de entre aquellos locos si no querían que perdiese el juicio en cuatro días.

Era de ponderar cuáles procedían sin parar un punto ni reparar en cosa, y todos fuera de sí y metidos en otro de lo que eran, y tal vez todo lo contrario: porque el ignorante se imaginaba sabio, con que no estaba en sí, el nonadilla se creía gran hombre, el vil gran caballero, la fea se soñaba hermosa, la vieja niña, el necio muy discreto. De suerte que ninguno está en sí, ni se conoce ninguno en el caso ni en casa. Y era lo bueno que cada uno preguntaba al otro si estaba en su juicio:

—Hombre del diablo, ¿estáis loco?

—¿Estamos en casa? —decía uno.

—¿Estáis conmigo? —decía otro.

Y a fe estuviera bien apañado si con él. A todos los otros imaginaran sus antípodas y que andaban al revés, persuadiéndose cada uno que él iba derecho y el otro cabeza abajo, dando de colodrillo por esos cielos, él muy tieso y los otros rodando.

—¡Qué errado anda Fulano! —decía este.

Y respondía el otro:

—¡Qué calzado por agua va él!

Todos se burlaban, unos de otros: el avaro del deshonesto y este de aquel, el español del francés y el francés del español.

—Hay locura de todo el mundo —filosofaba Critilo—. ¡Y con cuánta razón se llamó jaula de todos!

[Locos]

Al contrario, otro suplicaba con grande instancia le honrasen con una jaula de loco, mas los del gobierno no quisieron; antes, le llevaron a las de los simples, que estaban de la otra banda, y fue porque pretendía mandar: que a todos los pretendientes de mando los metían a un dedo del limbo. Había locos de memoria, que era cosa nueva y nunca vista (que de voluntad y entendimiento, ya es ordinario), y estos eran los prósperos, los hartos, no acordándose de los hambrientos, los presentes de los ausentes, los de hoy de los de ayer, los que dos veces tropezaron en un mismo paso, los que se engolfaron segunda vez, y los que se casaron dos, los engañados entre los bobos, y el que dos veces, jaula doble; señalaron pienso a los de penseque. Estaban altercando dos cuál había sido el mayor loco del mundo, que el primero ya se sabe; nombraron muchos y bien solemnes, antiguos y modernos, en Francia a pares y en España a nones. Concluyeron la disputa concluyendo el poema del galán Medoro.

Preguntó Andrenio por qué ponían los alegres junto a los tristes, los consolados a par de los podridos, los satisfechos de los confiados. Respondió uno que para igualar el peso y el pesar; pero otro, mejor, para que los unos curen con los otros.

—¿Pues qué, sanan algunos?

—Sí, alguno, y aun ese por fuerza, como se vio en aquel que, habiéndole sanado un gran médico, no le quería después pagar. Citole ante el juez, que admirado de tal ingratitud, dudó si había vuelto a estar loco. Respondía que ni con él se había hecho el concierto, ni le había hecho buena obra, sino muy mala, en haberle vuelto a su juicio, diciendo que no había tenido mejor vida que cuando estaba loco, pues no sentía los agravios ni advertía los desprecios, de nada se pudría: un día se imaginaba rey, otro papa, ya rico, ya valiente y victorioso, ya en el mundo, ya en el paraíso, y siempre en gloria; pero ahora, sano, de todo se consumía, de todo se pudría, viendo cuál anda todo. Intimole que pagase o volviese a ser loco, y él escogió esto último.

[Descontentos]

Llamoles uno con grande instancia que estaba en la jaula de los descontentos. Comenzoles a hablar con grande consecuencia, quejándose de que le tenían allí sin causa. Daba tan buenas razones que les hizo dudar si la tendría, porque decía:

—Señores míos, ¿quién puede vivir contento con su suerte? Si es pobre, padece mil miserias; si rico, cuidados; si casado, enfados; si soltero, soledad; si sabio, impaciencias; si ignorante, engaños; si honrado, penas; si vil, injurias; si mozo, pasiones; si viejo, achaques; si solo, desamparos; si emparentado, pesares; si superior, murmuraciones; si vasallo, cargas; si retirado, melancolías; si tratable, menosprecios. Pues ¿qué ha de hacer un hombre, y más si es persona? ¿Quién puede vivir contento sino algún tonto? ¿No os parece que tengo razón? Así tuviese yo ventura, que entendimiento no me falta.

Aquí se la conocieron, y grande: mal de muchos, vivir tan satisfechos de su entendimiento cuan descontentos de su poca dicha.

—¡Oh, cuántos —dijo Critilo— echan la culpa de la sobra de su locura a la falta de su ventura!

Muy confiado, uno llegó a entretenerse y ver las gavias, mas al punto agarraron de él para revestirle la librea. Defendíase, preguntando que por qué, pues él ni era músico, ni enamorado, ni desvanecido, ni salía fianza por el mismo Creso, ni había confiado en hombres ni fiado de mujeres, mucho menos de franceses, ni se había casado por los ojos a lo antiguo ni por los dedos a lo moderno, contando el dinero, ni había llevado plumaje ni ramo, ni se mataba de lo que otros vivían, ni suspiraba de lo que otros daban carcajadas, ni por decir un dicho había perdido un amigo, ni era de alguna de las cuatro naciones, y así que a ningún traste pertenecía. Nada le valió.

—¡Engavíenle! —gritaba el regidor mayor.

Y él:

—¿Por qué?

—Porque él solo se tiene por cuerdo, y aunque no sea loco, puede ser tenido por tal, como acontece cada día. Y entiendan todos que, por cuerdos que sean, si dan los otros en decirles: «¡Al loco, al loco!», o le han de sacar de tino o de crédito.

Ponderaba Andrenio que casi todos eran hombres; no había niños ni muchachos.

—Es que aún no se han enamorado —le respondió uno.

Mas otro:

—¿Cómo han de perder lo que aún no tienen?

Defendía un físico que por ser húmedos de cerebro, pero, mejor un filósofo, que por vivir sin penas. Trajeron los esbirros un tudesco, y él decía que por hierro de cuenta, que su mal no procedía de sequedad de cerebro, sino de sobrada humedad, y aseguraba que nunca más en su juicio que cuando estaba borracho. Dijéronle que en qué se fundaba, y él con toda puridad decía que cuando estaba de aquel modo, todo cuanto miraba le parecía andar al revés, todo al trocado, lo de arriba abajo, y como en realidad de verdad así va el mundo y todas sus cosas, al revés, nunca más acertado iba él ni

mejor le conocía que cuando le miraba al revés, pues entonces le veía al derecho y como se había de mirar. Con todo, cayó de su casa, y le dijeron que, aunque le veía al revés, no era por andar él derecho; y así, le metieron entre los alegres.

Donde quiera que se volvían topaban, o locos o mentecatos, todo el mundo lleno de vacío.

—Yo creí —dijo Andrenio— que todos los locos cabían en un rincón del mundo y que estaban recogidos allá en su Nuncio, y ahora veo que ocupan toda la redondez de la tierra.

—Podíamos responder a eso —dijo uno— lo que el otro en cierta ciudad bien noble y bien florida, que habiéndola paseado con un extranjero y habiéndole mostrado todas las cosas más célebres y más de ver (que eran tan muchas como grandes, soberbios edificios, plazas abundantes, jardines amenísimos y magníficos templos), reparó el huésped que no le había llevado a una casa de que él gustaba mucho. «¿Cuál es?, que al punto os llevaré allá.» «La casa de los que no están en ella.» «¡Oh, señor! —respondió —, aquí no hay casa especial: toda la ciudad lo es.»

De lo que mucho se maravillaba Andrenio era de ver locos de buen entendimiento.

—Estos —le dijo uno— son los peores, porque no tienen cura. He allí uno que tiene el mayor entendimiento que se conoce, pero entendimiento que menos sirva a su dueño, yo dudo que le haya.

—¡Oh, casa de Dios —exclamó Critilo—, poblada de orates!

Mas, al decir esto, se enfurecieron todos y arremetieron contra ellos de todas partes y naciones. Viéronse rodeados en un instante de mentecatos, sin poderse defender de ellos ni ponerles en razón. Aquí el Gigante, echando mano a la cinta, descolgó una bocina de marfil terso y puro, y aplicándola a la boca, comenzó a hacer un son tan desapacible para ellos, que todos al punto, volviendo las espaldas, se echaron a huir y se retiraron, aunque no con buen orden. Con esto se vieron libres de su furia, quedándoles el paso desembarazado. Admirado Andrenio, le preguntó si era acaso aquel el cuerno de Astolfo tan celebrado.

—Primo hermano de él, aunque más moral es este. Lo que yo puedo decir es que me lo dio la misma Verdad. Con él me he librado muchas veces, y de terribles trances, porque como habéis visto, en oyendo cada uno la verdad, luego vuelve las espaldas, unos tras otros se van y me dejan estar. Todos veréis que enmudecen en oyendo que les dicen las verdades y se van más que de paso: en diciéndole al otro desvanecido que advierta que no tiene de qué, que se acuerde de su abuelo, al punto se hiela; si le decís al magnate que no adjetive lo grande con lo vicioso, luego os tuerce el rostro; si le decís a la otra que no parece tan bien como se pinta, aunque sea un ángel os para un gesto de un demonio; si le acordáis al rico la limosna y que todos los pobres le echan maldiciones, luego se sacude la capa y os sacude de sí; si al soldado, que lo sea en la conciencia y no la tendrá tan rota, si a Baldo que no sea venal ni admita todas las causas, si al marido que no sea siempre novio, si al médico que no se mate por matar, si al juez que no se equivoque con

Judas, si a la doncella que no comienza ya bien con el don, ni la dama con el dar, si a la bella casada que excuse el verla, todos vuelven las espaldas. De modo que en resonando el odioso cuerno de la verdad, veréis que el pariente os niega, el amigo se retira, el señor desfavorece, todo el mundo os deja, y todos van gritando: «¡A huir, a huir!», por no oír.

III, I

Honores y horrores de Vejecia

[Vejez]

No hay error sin autor, ni necedad sin padrino, y de la mayor el más apasionado. Cuantas son las cabezas, tantos son los caprichos, que no las llamo ya sentencias. Murmuraban de la atenta Naturaleza los reagudos (entremetiéndose a procuradores del género humano) el haber dado principio a la vida por la niñez:

—La más inútil —decían— y la menos a propósito de sus cuatro edades: que aunque se comienza a vivir a lo gustoso y lo fácil, pero muy a lo necio. Y si toda ignorancia es peligrosa, ¡cuánto más en los principios! Gentil modo de meter el pie en un mundo, laberinto común, forjado de malicias y mentiras, donde cien atenciones no bastan. ¡Eh!, que no estuvo esto bien dispuesto: llamémonos a engaño y procúrese el remedio.

Llegó presto el descontento humano al consistorio supremo, que oyen mucho las orejas de los reyes. Mandolos comparecer ante su soberano acatamiento, y dicen oyó benignamente su querella, concediéndoles que ellos mismos eligiesen la edad que mejor les estuviese para comenzar a vivir, con que se hubiese de acabar por la contraria: de modo que si se daba principio por la alegre primavera de la niñez, el dejo había de ser por el triste invierno de la senectud; o al otoño de la varonil edad habían de salir por el contrario; y si por el sazonado, por el destemplado estío de la juventud. Dioles tiempo para que lo pensasen y confiriesen entre sí, y que en estando ajustados volviesen con la resolución, que al punto se ejecutaría. Mas aquí fue la confusión de pareceres, aquí el Babel de opiniones, ofreciéndoseles cien mil inconvenientes por todas partes. Proponían unos se comenzase a vivir por la mocedad, que de dos extremos, más valdría loco que tonto.

—¡Calificada necedad! —replicaban otros—. No sería eso entrar a vivir, sino a despeñarse; no comenzar la vida, sino su ruina, cuando no por la puerta de la virtud, sino del vicio; y apoderados estos una vez de los homenajes del alma, ¿quién bastará a desencastillarlos después? Advertid que es un niño planta tierna que, en declinando a la siniestra mano, con facilidad se endereza a la diestra; mas un mozo absoluto y disoluto no admite consejos, no sufre preceptos, todo lo atropella y todo lo yerra. Creed que entre dos extremos, más arriesgada corre la locura que la ignorancia.

Sobre la achacosa vejez no tuvieron mucho que altercar, con que no faltó quien la propusiese porque no quedase piedra por mover y todo se alterase.

—¡Eh! —dijeron los menos necios—, que esa no es edad, sino tempestad, más a propósito para dejar la vida que para comenzarla, cuyos multiplicados achaques facilitan la muerte y la hacen tolerable. Yacen dormidas las pasiones, cuando más despierto el desengaño, cáese el fruto de maduro y aun de pasado.

El que llegó a estar más adelantado fue el partido de la edad varonil.

—¡Ese sí —ponderaban los resabidos— que es gran comenzar, el mediodía de la razón, y a toda luz del juicio! Ventaja única, entrar a entero sol en el confuso laberinto de la vida. Esa es la reina de las edades y lo mejor del vivir. Por ahí comenzó el primero de los hombres, así le introdujo en el mundo el soberano Hacedor, ya perfecto, ya consumado, hecho y derecho. ¡Alto!, pídasele al divino Autor sin más altercación esta excelencia.

—Aguardad —les dijo un cuerdo—. ¿Y quién vio jamás comenzar por lo más dificultoso? Esto ni lo enseña el arte ni lo platica la naturaleza; antes bien, ambas a dos proceden en todas sus obras habiendo ascenso de lo fácil a lo dificultoso, de lo poco a lo mucho, hasta llegar a lo muy perfecto. ¿Quién jamás comenzó a subir por el reventón de una cuesta? Apenas comenzaría a vivir el hombre, y bien a penas, cuando se hallaría abrumado de cuidados, ahogado de obligaciones, consumido antes que consumado, empeñado en ser persona, que es lo más difícil de la vida. Y si no son a propósito para comenzar los achaques de viejo, menos lo serán los afanes de hombre. ¿Quién querrá la vida si sabe lo que es, y quién meterá el pie en el mundo si le conoce? ¡Eh!, dejadle vivir al hombre para sí algún tiempo, que toda es suya la niñez y la mitad de la juventud, ni tiene menores días en toda la carrera de sus años.

De ese modo ha sido tan ventilada la disputa, que aún dura y durará, sin haberse podido convenir jamás ni vuelto con la respuesta al Hacedor soberano, el cual prosigue en que comience el hombre a vivir por la niñez ignorante y acabe por la vejez sabia.

[Vivir a dos caras]

—No os espantéis —dijo él mismo advirtiendo su reparo—, que en este remate de la vida todos discurrimos a dos luces y andamos a dos haces; ni se puede vivir de otro modo que a dos caras: con la una nos reímos cuando con la otra regañamos, con la una boca decimos de sí y con la otra de no, y hacemos nuestro negocio. Y si alguno nos pide la palabra, de que no nos está bien la obra, apelamos del decir al hacer, de la facilidad del prometer a la imposibilidad del cumplir, de la lengua a las manos: que hay dos leguas de distancia, y catalanas. Estaremos asegurando una cosa a la española y desmintiéndola a la francesa, a fuer de Enrico, que de un rasgo firmó las dos paces contrarias sin refrescar la pluma ni tomar tinta de nuevo. Hablamos en dos lenguas a la par, y al que dice que no nos entiende, que nosotros nos entendemos. Hay primero y segundo semblante, el uno de cumple y el otro de miento: con el primero contentamos a todos y con el segundo a ninguno. ¡Cuántas veces lloramos con el que llora y a un mismo tiempo nos estamos riendo de su necedad!; que con un brazo estaba agasajando aquel gran personaje que todos conocimos al que llegaba a hablarle, y con la otra mano se la estaba jurando al paje que le había dado entrada. Así que no os fiéis de caricias ni os paguéis de gustillos. Pasad adelante a ver la otra cara, la verdadera, la de hablas; la de después, la de sobras; que si bien reparáis, hallaréis una frente muy serena y la otra borrascosa. Blasfema esta boca de lo que aquella aplaude. Si los ojos de una son azules y de cielo, los de la otra muy negros

y de infierno; si aquellos quietos, estos otros guiñando. Veréis la una faz muy humana cuando la otra muy grave; tan jovial esta cuan saturnina aquella. Y, en una palabra, todos en la vejez somos Janos, si en la mocedad fuimos Juanes. Sea esta la primera lección y la que más encargada nos tiene la célebre tirana de este distrito y la que ella más platica.

[Negar y conceder]

Es de viejos el negar, así como de niños el conceder: en la boca del viejo siempre hallaréis el *no*, y en la del niño el *sí*.

[Las costumbres empeoran]

—Señores, han dado ahora los hombres en hablar bajo, como a traición, que ni se oyen ni se dan a entender; en mi tiempo todos hablaban alto porque decían verdad. Hasta los espejos se han falsificado, pues hacían antes unas caras frescas, alegres y coloradas, que era un contento el mirarse. Los usos se van de cada día empeorando, cálzase apretado y corto, vístese estrecho y tan justo que no se puede valer un hombre; las tierras se han deteriorado, que no dan los frutos tan sustanciales y sabrosos como solían ni las viandas tan gustosas; hasta los climas se han mudado en peor, pues siendo este nuestro antes muy sano, de lindos aires, el cielo claro y despejado, ahora es todo lo contrario, enfermizo y tan achacoso que no corren otro que catarros, romadizos, distilaciones, mal de ojos, dolores de cabeza y otros cien ajes. Y lo que yo más siento es que el servicio está tan maleado que no hacen cosa bien: los criados, malmandados, mentirosos, gastarrecados; las criadas, perezosas, desaliñadas, bachilleras, que no hacen cosa a derechas, pues la olla desazonada, la cama dura y mal pareja, la mesa mal compuesta, la casa mal barrida, todo sucio y todo mal. De modo que ya un hombre oye mal, come peor, ni viste, ni duerme, ni puede vivir. Y si se queja, dicen que está viejo, lleno de manía y caduquez.

[El Tiempo]

Tal es el Tiempo, con propiedad tirano, pues que de todo tira; aja y deshoja la mayor belleza, marchita el rosicler de las mejillas, los claveles de los labios, los jazmines de la frente, sacude el menudo aljófar de los dientes que lloró risueña aurora de la mocedad, vuela la frondosa hojarasca del cabello, corta el brío, troncha el garbo, descompone la bizarría, derriba la gentileza, da con todo en tierra.

[Sabiduría de la experiencia]

—Repara —dijo el Jano— en aquel semiciego: pues más descubre él en una ojeada que echa que muchos garzones que se precian de tener buena vista, que al paso que van perdiendo estos los sentidos van ganando el entendimiento: tienen el corazón sin pasiones

y la cabeza sin ignorancias. Aquel que está sentado, porque no puede estar de otro modo, camina medio mundo en un instante y aun dicen que le trae en pie, y con aquel báculo le lleva al retortero: que se hacen mucho de sentir en él cuando los viejos le mandan. Aquel otro asmático y balbuciente dice más en una palabra que otros con ciento. No pases por alto aquel lleno de achaques, que no se le ve parte sana en todo su cuerpo: pues de verdad que tiene el seso muy entero y el juicio muy sano. Aquellos de los malos pies pisan muy firme, y cojeando ellos, hacen asentar el pie a muchos. No son flemas las que arrancan aquellos senadores de sus cerrados pechos, no son sino secretos podridos de callados.

III, II
El estanco de los vicios

[Vicios varios]

Llamó acertadamente el filósofo divino al compuesto humano, sonoro, animado instrumento, que cuando está bien templado hace maravillosa armonía; mas cuando no, todo es confusión y disonancia. Compónese de muchos y muy diferentes trastes que con dificultad grande se ajustan y con grande facilidad se desconciertan. La lengua dijeron algunos ser la más dificultosa de templar; otros, que la codiciosa mano. Este dice que los ojos, que nunca se sacian de ver la vanidad; aquel, que las orejas, que jamás se ven hartas de oír lisonjas propias y murmuraciones ajenas. Tal dice que la loca fantasía, y cuál que el apetito insaciable. No falta quien diga que el profundo corazón, ni quien sienta que las maleadas entrañas. Mas yo, con licencia de todos estos, diría que el vientre, y esto en todas las edades: en la niñez por la golosina, en la mocedad por la lascivia, en la varonil edad por la voracidad y en la vejez por la vinolencia. Es el vientre el bajo, y aun el vil, de esta humana consonancia: y esto no obstante, no hay otro Dios para algunos. Hizo siempre apóstatas los sabios; no digo cuántos, porque los más, y con menos razón, hacen mayor guerra a la razón. Es la embriaguez fuente de todos los males, reclamo de todo vicio, origen de toda monstruosidad, manantial de toda abominación, procediendo tan anómala que cuando todos los otros vicios caducan y se despiden en la vejez, ella entonces comienza y, sepultados ya, los aviva: con que no hay un vicio solo, sino todos de mancomún; gran comadre de la herejía: dígalo el Septentrión, llamado así no tanto por las siete estrellas que le ilustran, cuanto por los siete capitales vicios que le deslucen; amiga de la discordia: vocéenlo ambas Alemanias, siempre turbulentas; camarada de la crueldad: llórelo Inglaterra en sus degollados reyes y reinas; paisana de la ferocidad: publíquelo Suecia, inquietando muy de atrás toda la Europa; compañera inseparable de la lujuria: confiéselo todo el mundo; y finalmente, tercera de toda maldad, muñidora de todo vicio, escollo fatal de la vejez, donde zozobra el carcomido bajel humano, yéndose a pique cuando había de tomar puerto. El desempeño de esta verdad será después de haber referido las severas leyes que mandó promulgar Vejecia por todo el ancianismo, que para unos fueron favores, si rigores para otros.

[El vino]

El vino, antes, en aquel siglo de oro (pues de la verdad y aun de perlas, pues de las virtudes), cuentan que se vendía en las boticas como medicina a par de las drogas del Oriente. Recetábanle los médicos entre los cordiales: «Récipe, decían: una onza de vino, y mézclese con una libra de agua». Y así se hacían maravillosos efectos. Otros refieren que no se permitía vender sino en los más ocultos rincones de las ciudades, allá lejos en los arrabales, porque no infeccionase las gentes, y se tenía por infamia ver entrar un

hombre allá. Mas ya se profanó este buen uso, ya se vende en las muy públicas esquinas y están llenas las ciudades de tabernas; ya no se pide licencia al médico para beberle, habiéndose convertido en tóxico el que fue singular remedio.

III, III

La Verdad de parto

[Mundo trastocado]

—Veo —dijo— que el mundo no es ya redondo, cuando todo va a la larga; que la tierra no es ya firme, cuando todo anda rodando; que el cieno es cielo para los más, pues los menos son personas; que todo es aire en el mundo, y así todo se lo lleva el viento; el agua que fue y el vino que vino, el sol no es solo ni la luna es una, los luceros sin estrellas y el norte no guía, la luz da enojos y el alba llora cuando ríe; las flores son delirios y los lirios espinan; los derechos andan tuertos y los tuertos a las claras, las paredes oyen cuando las orejas se rascan, los postres son antes y muchos fines sin medios; que el oro no es pesado y las plumas mucho, los mayores alcanzan menos, y hablan gordo los más flacos y alto los más bajos; no son ladrados los ladrones, con que ninguno tiene cosa suya; los amos son mozos, y las mozas las que mandan; más pueden espaldas que pechos, y quien tiene yerro, no tiene aceros; los servicios se miran de mal ojo, y los proveídos son premiados; la vergüenza es corrimiento, y los buenos no hacen llorar, sino reír; del mentís se hace caso, y del mentir casa; no son sabios los entendidos, ni oídos los que hablan claro; el tiempo hecho cuartos y el día enhoramalas; los relojes quitan dando, y de los buenos días se hacen los malos años; tras la tercera va la primera, y las desgracias son gracias; las diademas en París, y los galanes en Francia.

[Mundo al revés]

Digo que todo anda al revés y todo trocado de alto abajo: los buenos ya valen poco y los muy buenos para nada, y los sin honra son honrados; los bestias hacen del hombre y los hombres hacen la bestia, el que tiene es tenido y el que no tiene es dejado; el de más cabal es sabio, que no el de más caudal; las niñas lloran y las viejas ríen, los leones dan balidos y los ciervos cazan, las gallinas cacarean y no despiertan los gallos; no caben en el mundo los que tienen más lugar, y muchos hijos de algo valen nada; muchos por tener antojos no ven, y no se usan los usos; ya no nacen niños, ni los mozos bien criados; las que valen menos son buenas joyas, y los más errados buenas lanzas; veo unos desdichados antes de nacidos y otros venturosos después de muertos; hablan a dos luces los que a oscuras, y todo ahora es a deshora.

[Imposible vivir con la verdad]

—¿Cómo que qué importa? —levantó la voz el cortesano—. ¡Qué linda flema la vuestra! Mucha Alemania gastáis. Si ahora con una verdad solo no hay quien viva, ni hay hombre que la pueda tolerar, ¿qué será si da en parir otras verdades, y estas otras, y todas paren? Llenarse ha el mundo de verdades, y después buscarán quien le habite: dígoos que se vendrá a despoblar.

—¿Por qué?

—Porque no habrá quien viva, ni el caballero, ni el oficial, ni el mercader, ni el amo, ni el criado: en diciendo verdad, nadie podrá vivir. Dígoos que no vendrán a quedar de cuatro partes la media. Con una verdad que le digan a un hombre tiene para toda la vida: ¿qué será con tantas? Bien pueden cerrar los palacios y alquilar los alcázares; no quedarán cortes ni cortijos. Con tantica verdad hay hombre que se ahíta, y no es posible digerirla: ¿qué hará con un hartazgo de verdades? Gran buche será menester para cada día su verdad a secas. ¡Bien amargarán!

—¡Eh!, que muchos habrá —dijo Critilo— que no temerán las verdades; antes, les vendrán nacidas.

—¿Y quién será ese? Decidlo, le levantaremos una estatua. ¿Cuál será el confiado que no le puedan estrellar una verdad entre ceja y ceja, y aun darle con muchas por la cara? Y a fe que escuecen mucho y por muchos días. Líbreos Dios de una valiente zurra de verdades; pican que abrasan. Y si no, veamos. Díganle a la otra lo que le dijo don Pedro de Toledo: «Mire que le diré peor que tal», y replicando ella «¿Qué me dirá?» «¡Peor, que vieja!». Plántenle al otro lucifer una verdad en un cedulón, y veréis lo que se endiabla. Acuérdenle al más estirado lo que él más olvida, al más pintado sus borroncillos; píquenle con la lezna al desvanecido; díganle al otro rico que lo ganó por su pico su abuelo, que vuelva la mira atrás al que se hace tan adelante; acuérdenle lo de los pasteles al que hoy asquea los faisanes, de su cuartana al león, y a la fénix de lo gusano. No os admiréis que huyamos de la verdad, que es traviesa y atraviesa el corazón. Veis allí tendido un gigante de la hinchazón que le mató un niño y con un alfiler, y hay quien dice se lo vendió su abuelo; mas él se tiene la culpa: que hiciera orejas de mercader. Digo, pues, que no hagáis admiraciones de que todos corran de corridos.

[Verdad ambigua]

Venía uno gritando:

—¡Verdad, verdad! Pero no por mi boca, menos por mis orejas.

—De estos toparéis muchos. Todos querrían les tratasen verdad, y ellos no tomarla en la boca.

[Verdad intermitente]

Dicen que la Verdad es como el río Guadiana, que aquí se hunde y acullá sale; hoy no osa chistar, parece que anda sepultada, y mañana resucita, un día por rincones y al otro por corrillos y por plazas. Llegará el día del parto y veremos este secreto, saldremos de esta suspensión.

[Tomar la verdad]

Todos andaban perdidos y gritando: «¡Vuelva, vuelva la Verdad!». Era dificultosa la empresa y temíase mucho el poder salir de ella, porque no se hallaba quien quisiese ser el primero a decirla: ¿quién dirá la primera verdad? Ofreciéronse grandes premios al que quisiese decir la primera, y no se hallaba ninguno; no había hombre que quisiese comenzar. Buscáronse varios medios, discurriéronse muchos arbitrios, y no aprovechaban. «¡Pues ella se ha de introducir, ella ha de volver a los humanos pechos y a arraigarse en los corazones! Véase el cómo.» Teníanlo por imposible los políticos, y decían: «¿Por dónde se ha de comenzar? Por Italia es cosa de risa, por Francia es cuento, por Inglaterra no hay que tratar, por España, aún aún, pero será dificultoso». Al fin, después de muchas juntas, se resolvió que la desliesen con mucho azúcar para desmentir su amargura y le echasen mucho ámbar contra la fortaleza que de sí arrojaba. Y de este modo dorada y azucarada, en un tazón de oro (no de vidrio, por ningún caso, que se trasluciría) luego la fuesen brindando a todos los mortales, diciendo ser la más exquisita confección, una rara bebida venida de allá de la China, y aun más lejos, más preciosa que el chocolate ni que el cha ni que el sorbete, para que con eso hiciesen vanidad de beberle. Comenzaron, pues, a mandarla a unos y a otros por su orden. Llegaron a los príncipes los primeros para que con su ejemplo se animasen a pasarla los demás y se compusiese el orbe todo, mas ellos de una legua sintieron su amargura (que tienen muy despiertos los sentidos, tanto huelen como oyen) y comenzaron a dar arcadas; alguno hubo que por una sola gota que pasó, comenzó luego a escupir, que aún le dura. En probándola, decían todos: «¡Qué cosa tan amarga!», y respondían los otros: «Es la verdad». Pasaron con tanto a los sabios: «Estos, sí, decían, que toda su vida hacen estudio de averiguarla». Mas ellos, tan presto como la comieron, la arrimaron, diciendo que tenían harto con la teórica, que no querían la plática: en especulación, no en ejecución. «Ahora vamos a los varones ancianos, y muchachos, que suelen hacer pasto de ella.» Engañáronse, porque en sintiéndola, cerraron los labios y apretaron los dientes, diciendo: «Por mi boca, no; por la del otro, a la de mi vecino». Convidaron a los oficiales. Menos, antes dijeron que morirían de hambre en cuatro días si en la boca la tomasen, especialmente los sastres. Los mercaderes, ni verla, que por eso tienen las tiendas a oscuras y aborrecen sus cajones la luz; los cortesanos, ni oírla. No se halló mujer que la quisiese probar, y decía una: «¡Anda allá!, que mujer sin enredo, bolsa sin dinero». De esta suerte fueron pasando por todos los estados y empleos, y no se halló quien quisiese arrostrar a la verdad. Viendo esto, se resolvieron de probar con los niños, para que tan temprano la mamasen con la leche y se hiciesen a ella; y fue menester buscarlos muy pequeñuelos, porque los grandecillos ya la conocían, y la aborrecían a imitación de sus padres. Fueron a los locos perennales, a los simples solemnes, que todos la bebieron: los niños, engañados con aquella primera dulzura, los simples porque no dieron en la cuenta, apechugaron con el vaso hasta agotarle, llenaron el buche de verdades, comenzando al punto a regoldarlas: amargue o no amargue, ellos la dicen;

pique o no pique, ellos la estrellan; unos la hablan, otros la vocean. Ellos no la sepan, que si la saben no dejarán de decirla. Así que los niños y los locos son hoy los cortesanos de esta reina, ellos los que la asisten y la cortejan.

[Verdad dulce y amarga]

—Amigos, menos voces y más razones, distinguid textos y concordaréis derechos. Advertid que la verdad en la boca es muy dulce, pero en el oído es muy amarga; para dicha no hay cosa más gustosa, pero para oída no hay cosa más desabrida. No está el primor en decir las verdades, sino en el escucharlas, y así veréis que la verdad murmurada es todo el entretenimiento de los viejos: en esto gastan días y noches, gustan mucho de decirla, pero no que se les digan. Y en conclusión, la verdad por activa es muy agradable, pero por pasiva la quintaesencia de lo aborrecible: esto es, en murmuración, no en desengaño.

III, IV

El mundo descifrado

[Todo está en cifra]

Advertid que va grande diferencia del ver al mirar, que quien no entiende no atiende: poco importa ver mucho con los ojos si con el entendimiento nada, ni vale el ver sin el notar. Discurrió bien quien dijo que el mejor libro del mundo era el mismo mundo, cerrado cuando más abierto; pieles extendidas, esto es, pergaminos escritos llamó el mayor de los sabios a esos cielos, iluminados de luces en vez de rasgos, y de estrellas por letras. Fáciles son de entender esos brillantes caracteres, por más que algunos los llamen dificultosos enigmas. La dificultad la hallo yo en leer y entender lo que está de las tejas abajo, porque como todo ande en cifra y los humanos corazones estén tan sellados e inescrutables, asegúroos que el mejor lector se pierde. Y otra cosa, que si no lleváis bien estudiada y bien sabida la contracifra de todo, os habréis de hallar perdidos, sin acertar a leer palabra ni conocer letra, ni un rasgo ni una tilde.

[La viga y la paja]

Ese es el engaño de muchos, que nunca conocen la verdad en sí mismos, sino en los otros; y así verás que alcanzan lo que le está mal al vecino, al amigo, lo que debieran hacer, y lo dicen y lo hablan; y para sí mismos, ni saben ni entienden fin llegando a sus cosas, desatinan; de modo que en las cosas ajenas son unos linces y en las suyas unos topos: saben cómo vive la hija del otro y en qué pasos anda la mujer del vecino, y de la suya propia están muy ajenos.

[Arte de descifrar]

Interpúsose el Descifrador:

—Ya os dije que todo cuanto hay en el mundo pasa en cifra: el bueno, el malo, el ignorante y el sabio. El amigo le toparéis en cifra, y aun el pariente y el hermano, hasta los padres e hijos, que las mujeres y los maridos es cosa cierta, cuánto más los suegros y cuñados: el dote fiado y la suegra de contado. Las más de las cosas no son las que se leen; ya no hay entender pan por pan, sino por tierra, ni vino por vino, sino por agua, que hasta los elementos están cifrados en los elementos: ¡qué serán los hombres! Donde pensareis que hay sustancia, todo es circunstancia, y lo que parece más sólido es más hueco, y toda cosa hueca, vacía. Solas las mujeres parecen lo que son, y son lo que parecen.

—¿Cómo puede ser eso —replicó Andrenio—, si todas ellas, de pies a cabeza, no son otro que una mentirosa lisonja?

—Yo te lo diré: porque las más parecen malas, y realmente que lo son. De modo que es menester ser uno muy buen lector para no leerlo todo al revés, llevando muy manual la contracifra para ver si el que os hace mucha cortesía quiere engañaros, si el que besa la mano querría morderla, si el que gasta mejor prosa os hace la copla, si el que promete mucho cumplirá nada, si el que ofrece ayudar tira a descuidar, para salir él con la pretensión. La lástima es que hay malísimos lectores que entienden C por B, y fuera mejor D por C. No están al cabo de las cifras ni las entienden, no han estudiado la materia de intenciones, que es la más dificultosa de cuantas hay. Yo os confieso ingenuamente que anduve muchos años tan a ciegas como vosotros, hasta que tuve suerte de topar con este nuevo arte de descifrar, que llaman de discurrir los entendidos.

III, V
El palacio sin puertas

[Engaño y Desengaño, mal colocados]

Varias y grandes son las monstruosidades que se van descubriendo de nuevo cada día en la arriesgada peregrinación de la vida humana. Entre todas, la más portentosa es el estar el Engaño en la entrada del mundo y el Desengaño a la salida: inconveniente tan perjudicial que basta a echar a perder todo el vivir, porque si son fatales los yerros en los principios de las empresas (por ir creciendo siempre y aumentándose cuanto más va, hasta llegar en el fin a un exorbitante exceso de perdición), errar, pues, los principios de la vida ¿qué será sino un irse despeñando con mayor precipitación de cada día, hasta venir a dar al cabo en un irremediable abismo de perdición y desdicha? ¿Quién tal dispuso, y de esta suerte? ¿Quién así lo ordenó? Ahora me confirmo en que todo el mundo anda al revés, y todo cuanto hay en él es a la trocada. El Desengaño, para bien ir, había de estar en la misma entrada del mundo, en el umbral de la vida, para que al mismo punto que el hombre metiera el pie en ella se le pusiera al lado y le guiara, librándole de tanto lazo y peligro como le está armado; fuera un ayo puntual que siempre le asistiera, sin perderle ni un solo instante de vista; fuera el numen vial que le encaminara por las sendas de la virtud al centro de su felicidad destinada. Pero como, al contrario, topa luego con el Engaño, el primero que le informa de todo al revés, hácele desatinar y le conduce por el camino de la mano izquierda al paradero de su perdición.

[Hombre causa de males]

—Razón tenéis de quejaros del desconcierto del mundo, mas no habéis de preguntar quién así lo ordenó, sino quién lo ha desordenado; no quién lo ha dispuesto, sino quién lo ha descompuesto. Porque habéis de saber que el artífice supremo muy al contrario lo trazó de como hoy está, pues colocó el Desengaño en el mismo umbral del mundo y echó el Engaño acullá lejos donde nunca fuera visto ni oído, donde jamás los hombres le encontraran.

—Pues ¿quién los ha barajado de este modo? ¿Quién fue aquel tan atrevido hijo de Jafet que así los ha trastrocado?

—¿Quién? Los mismos hombres, que no han dejado cosa en su lugar: todo lo han revuelto de alto abajo, con el desconcierto que hoy lo vemos y lamentamos. Digo, pues, que estaba el bueno del Desengaño en la primera grada de la vida, en el zaguán de esta casa común del orbe, con tal atención que en entrando alguno, al punto se le ponía al lado y comenzaba a hablarle claro y desengañarle: «Mira —le decía—, que no naciste para el mundo, sino para el cielo: los halagos de los vicios matan, y los rigores de las virtudes dan vida. No te fíes en la mocedad, que es de vidrio. No tienes de qué desvanecerte —le decía al presumido— por tus presentes; vuelve los ojos a tus pasados,

reconócelos bien a ellos para que no te desconozcas a ti. Advierte —le decía al tahúr—, que pierdes tres cosas: el precioso tiempo, la hacienda y la conciencia». Avisábala de su fealdad a la resabida, y de su necesidad a la bella; a los varones de prendas, de su corta ventura, y a los venturosos, de sus pocos méritos; al sabio, de su desestimación, y de su incapacidad al poderoso. Al pavón le acordaba el potro de sus pies, y al mismo sol sus eclipses; a unos su principio, a otros su paradero; a los empinados su caída, y a los caídos su merecido. Andábase de unos en otros estrellando verdades: decíale al viejo que tenía todos los sentidos consentidos, y al mozo que sin sentir; al español que no fuese tan tardo, y al francés que no se moviese tan de ligero; al villano que no fuese malicioso, y al cortesano adulador. No se ahorraba con ninguno, pues aunque fuera un gran señor, le avisaba que no le caía bien el *vos* con todos, que podría tal vez descuidarse con su príncipe y hablarle del mismo modo, o tan sin él; y a otro, que siempre estaba de chanza, le advirtió que podría ser le llamasen el duque de Bernardina. Traía el espejo cristalino del propio conocimiento muy a mano y plantábasele delante a todos; no gustaba de esto el mal carado y menos el mascarado, ni el tuerto ni el boquituerto, el cano, el calvo. Decíale a uno que le bobeaba el gesto, y al otro que tenía ruin fachada. Las feas le hacían malísima cara, y las viejas le paraban arrugado ceño. Hízose con esto malquisto en cuatro días; y a cuatro verdades, tan aborrecible que no le podían ver. Comenzaron a darle de mano y aun del pie. Buenos porrazos asentó él de verdades, pero también se llevó malos empellones de enfados: este le arrojaba a aquel, y aquel al otro de más allá, hasta venir a dar con él en la vejez, acullá en el remate de la vida; y si pudieran más lejos, aun allí no le dejaran parar. Al contrario, lisonjeados grandemente del Engaño, aquel plausible hechicero, comenzaron a tirar de él cada uno hacia sí, hasta traerlo al medio de la vida, y de allí, poco a poco, a los principios de ella: con él comienzan, con él prosiguen. A todos les venda los ojos, jugando con ellos a la gallina ciega, que no hay hoy juego más introducido. Todos andan desatinados, dando de ojos de vicio en vicio: unos ciegos de amor, otros de codicia; este de venganza, aquel de su ambición, y todos de sus antojos, hasta que llegan a la vejez, donde topan con el Desengaño. Él los halla a ellos, quítales las vendas, y abren los ojos cuando ya no hay que ver, porque con todo acabaron: hacienda, honra, salud y vida, y lo que es peor, con la conciencia. Esta es la causa de estar hoy el Engaño a la entrada del mundo y el Desengaño a la salida, la mentira al principio, la verdad al fin, aquí la ignorancia y acullá la ya inútil experiencia. Pero lo que más es de ponderar y de sentir, que aun llegando tan tarde el Desengaño, ni es conocido ni estimado; como os ha sucedido a vosotros, que habiendo tratado, conversado y comunicado con él, no le habéis conocido.

[Importancia de la ocasión]

Todo lo que más importa no se conoce cuando se tiene ni se estima cuando se goza, y después, pasada la ocasión, se suspira y se desea: la verdad, la virtud, la dicha, la sabiduría, la paz, y ahora el desengaño.

[La opinión común]

¡Oh, cuántos autores hay hoy muy acreditados por esta opinión común, sin haber hombre que se les atreva! ¡Cuántos libros y cuántas obras en gran predicamento que, bien examinados, no merecen el crédito que gozan! Pero yo me guardaré muy bien de poner nota en quien tiene estrella. ¡Cuántos sujetos sin valor y sin saber son celebrados a esta traza, sin haber hombre que ose hablar, sino algún desesperado Bocalini! Si dan en decir que una es linda, lo ha de ser, aunque sea un trasgo; si dan en que uno es sabio, se saldrá con ello, aunque sea un idiota; si en que es gran pintura, aunque sea un borrón. Y de estas toparéis mil vulgaridades: tal es la tiranía de la afectada fama, la violencia del dar a entender todo lo contrario de lo que las cosas son. De suerte que hoy todo está en opinión y según cómo se toman las cosas.

[El avance del saber]

—Engáñase de medio a medio quien tal dice, cuando todo lo que discurrieron los antiguos es niñería respecto de lo que se piensa hoy, y mucho más será mañana. Nada es cuanto se ha dicho con lo que queda por decir, y creedme, que todo cuanto hay escrito en todas las artes y ciencias no ha sido más que sacar una gota de agua del océano del saber. ¡Bueno estuviera el mundo, si ya los ingenios hubieran agotado la industria, la invención y la sabiduría! No solo no han llegado las cosas al colmo de su perfección, pero ni aun a la mitad de lo que pueden subir.

[Conocer el interior]

—Todo eso que exageras es niñería, pues no pasa de la corteza; es un discurrir de las puertas afuera. Aquello de llegar a escudriñar los senos de los pechos humanos, a descoser las entretelas del corazón, a dar fondo a la mayor capacidad, a medir un cerebro por capaz que sea, a sondar el más profundo interior: eso sí que es algo, esa sí que es fullería y que merece la tal habilidad ser estimada y codiciada.

[Del color con que se mira]

—Ahora verás —le dijo el Zahorí, a vista de tal confusión de invisibilidades— si tuvo razón aquel otro filósofo, aunque se burlaron de él e hicieron fisga los más bachilleres.

—¿Y qué decía el tal estoico?

—Que no había verdaderos colores en los objetos, que el verde no es verde, ni el colorado colorado, sino que todo consiste en las diferentes disposiciones de las superficies y en la luz que las baña.

—¡Rara paradoja! —dijo Critilo.

Y el Veedor:

—Pues advierte que es la misma verdad, y así verás cada día que, de una misma cosa, uno dice blanco y otro negro; según concibe cada uno o según percibe, así le da el color que quiere conforme al afecto, y no al efecto. No son las cosas más de como se toman, que de lo que hizo admiración Roma, hizo donaire Grecia. Los más en el mundo son tintoreros y dan el color que les está bien al negocio, a la hazaña, a la empresa y al suceso. Informa cada uno a su modo, que según es la afición, así es la afectación; habla cada uno de la feria según le fue en ella: pintar como querer; que tanto es menester atender a la cosa alabada o vituperada como al que alaba o vitupera. Esta es la causa que de una hora para otra están las cosas de diferente data y muy de otro color. Pues ¿qué es menester ya para hacer verbo de lo que se habla y de lo que se dice y de lo que corre? Aquí es el mayor encanto; no hay poder averiguar cosa de cierto. Así que es menester valerse del arte de discurrir y aun adivinar, y no porque se hable en otra lengua que la del mismo país, pero con el artificio del hacer correr la voz y pasar la palabra parece todo algarabía.

III, VI
El saber reinando

[Pensar dos veces]

No hay maestro que no pueda ser discípulo; no hay belleza que no pueda ser vencida: el mismo sol reconoce a un escarabajo la ventaja del vivir. Excédenle, pues, al hombre en la perspicacia el lince, en el oído el ciervo, en la agilidad el gamo, en el olfato el perro, en el gusto el simio y en lo vivaz la Fénix. Pero, entre todas estas ventajas, la que él más codició fue aquella del rumiar que en algunos de los brutos se admira y no se imita. «¡Qué gran cosa —decía— aquello de volver a repasar segunda vez lo que la primera a medio mascar se tragó, aquel desmenuzar de espacio lo que se devoró aprisa!» Juzgaba esta por una singular conveniencia (y no se engañaba), ya para el gusto, ya para el provecho; contentole de modo que aseguran llegó a dar súplica al soberano Hacedor representándole que, pues le había hecho uno como epílogo de todas las criadas perfecciones, no le quisiese privar de esta, que él la estimaría al paso que la deseaba. Viose la petición humana en el consistorio divino, y fuele respondido que aquel don por que suplicaba ya se le había concedido anticipadamente desde que naciera. Quedó confuso con semejante respuesta y replicó cómo podía ser, pues nunca tal cosa había experimentado en sí ni platicado. Volviósele a responder advirtiese que con mayores realces la lograba, no en rumiar el pasto material de que se sustenta el cuerpo, sino el espiritual de que se alimenta el ánimo; que realzase más los pensamientos y entendiese que el saber era su comer y las nobles noticias su alimento; que fuese sacando de los senos de la memoria las cosas y pasándolas al entendimiento; que rumiase bien lo que sin averiguar ni discurrir había tragado; que repasase muy de espacio lo que de ligero concibió. Piense, medite, cave, ahonde y pondere, vuelva una y otra vez a repasar y repensar las cosas, consulte lo que ha de decir y mucho más lo que ha de obrar. Así que su rumiar ha de ser el repensar, viviendo del reconsejo muy a lo racional y discursivo.

[Senderos que se bifurcan]

No les salió vana su presunción, pues a pocos pasos dieron en raro bivio, dudosa encrucijada donde se partía el camino en otros dos, con ocasionado riesgo de perderse muy al uso del mundo. Comenzaron luego a dificultar cuál de las dos sendas tomarían, que parecían extremos. Estaban altercando al principio con encuentro de pareceres, y después de afectos, cuando descubrieron una banda de cándidas palomas por el aire y otra de serpientes por la tierra. Parecieron aquellas con su manso y sosegado vuelo venir a pacificarlos y mostrarles el verdadero camino con tan fausto agüero, quedando ambos en curiosa expectación de ver por cuál de las dos sendas echarían. Aquí ellas, dejada la de mano derecha, volaron por la siniestra.

—Esto está decidido —dijo Andrenio—, no nos queda que dudar.

—¡Oh, sí! —respondió Critilo—. Veamos por dónde se desfilan las serpientes, porque advierte que la paloma no tanto guía a la prudencia cuanto a la simplicidad.

—Eso no —replicó Andrenio—; antes suelo yo decir que no hay ave ni más sagaz ni más política que la paloma.

—¿En qué lo fundas?

—En que ella es la que mejor sabe vivir, pues en fe de que no tiene hiel, dondequiera halla cabida; todos la miran con afecto y la acogen con regalo. No solo no es temida como las de rapiña, ni odiada como la serpiente, sino acariciada de todos, alzándose con el agrado de las gentes. Otra atención suya, que nunca vuela sino a las casas blancas y nuevas y a las torres más lucidas. Pero ¿qué mayor política que aquella de la hembra? Pues, con cuatro caricias que le hace al palomo, le obliga a partirse el trabajo de empollar y sacar los hijuelos, aviniéndose muy bien con el esposo y enseñando a las mujeres bravas y fuertes a templarse y saberse avenir con los maridos. Mas donde ella juega de arte mayor es en lo de sus polluelos, que aunque se los hurten y delante de sus ojos se los maten, no por eso se mata ella ni se mete en guerra por defenderlos; no pasa pena alguna, sino que come y vive de ellos. Pues ¿qué diré de aquella especiosa ostentación que suele hacer de sus plumas cambiando visos y brillando argentería? Así que no hay otra razón de Estado como la sinceridad y la mansedumbre de la paloma, y que ella es la mayor estadista.

[Fábula de la zorra]

—Por eso cuentan de la raposa —dijo el Nariagudo— que, volviendo un día muy asustados sus hijuelos a su cueva, diciendo habían visto una espantosa fiera con unos disformes colmillos de marfil: «¡Quita de ahí, no hay que temer! —les dijo—, que ese es elefante y una gran bestia: no os dé cuidado». Volvieron al otro día huyendo de otra, decían, con dos agudas puntas en la frente. «¡Eh, que también es nada! —les respondió—, que sois unos simples.» «Ahora sí que hemos topado otra con las uñas como navajas, ondeando horribles melenas.» «Ese es el león, pero no hay que hacer caso, que no es tan bravo como le pintáis.» Finalmente, vinieron un día muy contentos por haber visto, decían, un otro, no animal ni fiera, sino muy diverso de todos los otros, pues desarmado, apacible, manso y risueño. «Ahora sí —les dijo— que hay que temer. Guardaos de él, hijos míos, huid cien leguas.» «¿Por qué, si no tiene uñas ni puntas ni colmillos?» «Basta que tiene maña: ese es el hombre. Guardaos, digo otra vez, de su malicia.»

[Seso hasta en el calcañal]

Hasta en los pies ha de haber seso y mucho, y más en los malos pasos; que por eso decía un atento: «Aquí todo el seso ha de ir en el calcañal». Y si los que andan a caballo le llevasen en los pies, no perderían tan fácilmente los estribos; habría siquiera algún

cuerdo entronizado. Así que todo el hombre, para bien ir, habría de ser de sesos: seso en los oídos, para no oír tantas mentiras ni escuchar tantas lisonjas, que vuelven locos a los tontos; seso en las manos, para no errar el manejo y atinar aquello en que se ponen; hasta el corazón ha de ser de sesos, para no dejarse tirar y aun arrastrar de sus afectos; seso y más seso y mucho seso, para ser hombre chapado, sesudo y sustancial.

—¡Qué pocos he topado yo de ese modo! —decía Critilo.

—Antes, oí decir a uno —ponderó Andrenio— que no había sino una onza de seso en todo el mundo, y que de esa, la mitad tenía un cierto personaje (que no le nombro por no incurrir en odio), y la otra estaba repartida por los demás: ¡mirad qué le cabría a cada uno!

—Engañose quien tal dijo. Nunca más seso ha habido en el mundo, pues no ha dado ya al traste, con tanta prisa como le han dado.

[La letra es inmortal]

—Mayor reparo es el mío —dijo Andrenio—, y es cuál sea la causa que los príncipes se pagan más y le pagan también a un excelente pintor, a un escultor insigne, y los honran y premian mucho más que a un historiador eminente, que al más divino poeta, que al más excelente escritor. Pues vemos que los pinceles solo retratan el exterior, pero las plumas el interior, y va la ventaja de uno a otro que del cuerpo al alma. Exprimen aquellos cuando mucho el talle, el garbo, la gentileza y tal vez la fiereza; pero estas el entendimiento, el valor, la virtud, la capacidad y las inmortales hazañas. Aquellos les pueden dar vida por algún tiempo, mientras duraren las tablas o los lienzos, ya sean bronces; mas estas otras por todos los venideros siglos, que es inmortalizarlos. Aquellos los dan a conocer, digo a ver, a los pocos que llegan a mirar sus retratos; mas estas a los muchos que leen sus escritos, yendo de provincia en provincia, de lengua en lengua, y aun de siglo en siglo.

[Pragmática de los refranes hueros]

Ítem más, mandamos que ningún cuerdo en adelante diga que *Quien tiene enemigos, no duerma*; antes, lo contrario, que se recoja temprano a su casa, se acueste luego y duerma, que se levante tarde y no salga de su casa hasta el sol salido.

Ítem que nunca más se diga que *Quien no sabe de abuelo, no sabe de bueno*; antes bien, que no sabe de malo, pues no sabe que fue un mecánico sombrerero, un carnicero, un tundidor y otras cosas peores. Que ninguno sea osado decir que *Los casamientos y las riñas, de prisa*, por cuanto no hay cosa que se haya de tomar más de espacio que el irse a matar y casar, y se tiene por constante que los más de los casados, si hoy hubieran de volver, lo pensaran mucho, y como decía aquel: «Dejádmelo pensar cien años». También se prohíbe el decir que *Más sabe el necio en su casa que el sabio en la ajena*, pues el sabio dondequiera sabe y el necio dondequiera ignora. Sobre todo, que ninguno

de hoy más se atreva a decir: *No me den consejos, sino dineros*, que el buen consejo es dineros y vale un tesoro, y al que no tiene buen consejo no le bastará una India, ni aun dos. Entiendan todos que aquel otro refrán que dice: *Aquello se hace presto que se hace bien*, propio de los españoles, es más en favor de mozos perezosos que de amos bien servidos; y así se ordena, a petición de los franceses, y aun de italianos, que se vuelva del revés y diga en favor de los amos puntuales: *Aquello se hace bien que se hace presto*. Que por ningún acontecimiento se diga que *La voz del pueblo es la de Dios*, sino de la ignorancia, y de ordinario por la boca del vulgo suelen hablar todos los diablos.

Ítem se suspende en esta era aquel otro: *Honra y provecho no caben en un saco*, viendo que hoy el que no tiene no es tenido. Como una gran blasfemia se veda el decir: *Ventura te dé Dios, hijo, que el saber poco le basta*, por cuanto de sabiduría nunca hay bastante, y ¿qué mayor ventura que el saber y ser persona? Así como unos se prohíben del todo, otros se enmiendan en parte. Por lo cual, no se diga que *Al buen callar llaman Sancho*, sino santo, y en las mujeres milagroso, si ya no es que por lo Sancho se entienda lo callado del consejo. ¿Quién tal pudo decir, *Asno de muchos, lobos se lo comen*? Antes, él se los come a ellos, y come como un lobo y come el pan de todos, diciendo: *Yo me albardaré y el pan de todos me comeré*, que ya el ser muy hombre embaraza y el saber bobear es ciencia de ciencias. Fue muy mal dicho *El mozo y el gallo, un año*, porque si es malo, ni un día, y si bueno, toda la vida.

Ítem se condenan a descaramiento algunos otros, como decir: *Preso por mil, preso por mil y quinientas. Al mayor amigo, el mayor tiro*. Y aquello de *Ándeme yo caliente y ríase la gente* es una muy desvergonzada frialdad; solo se les permita a las mujeres que andan escotadas el decir: *Ándeme yo fría, y mas que todo el mundo se ría*. Otros se mandan moderar, como aquel: *Bien haya quien a los suyos parece*, que no se ha de extender a los hijos y nietos de alguaciles, escribanos, alcabaleros, farsantes, venteros y otra *simili canalla*. Otros se interpretan, como aquel: *Donde quiera que vayas, de los tuyos hayas*; antes, se ha de huir de los suyos el que quisiere vivir con quietud, paz y contento, y de sus paisanos el que pretendiere honra y estimación.

Ítem se destierra por ocioso el *Cobra buena fama y échate a dormir*, pues ya aun antes de cobrarla se echan a dormir todos. Modérese aquel que dice: *En los nidos de antaño no hay pájaros hogaño*: ¡pluguiera a Dios que el amancebado y el adúltero no se estuvieran en el lecho como el chinche, ni los tahúres en el garito! ¡Quemados que estuvieran los nidos encubridores y las redes de las arañas de las escribanías, atentas a coger la mosca del mal aconsejado pleiteante! Aquello de *Dios me dé contienda con quien me entienda*, sin duda que fue dicho de algún sencillo; los políticos no dicen así, sino *Con quien no me entienda ni atine con mis intentos, ni descubra de una legua mis trazas*. El *Dormir sobre ello* es una necedad muy perezosa: no diga sino *velar*.

Ítem se prohíbe como pestilente dicho *Mal de muchos, consuelo de todos*; no decía en el original sino *de tontos*, y ellos le han adulterado. A instancia de Séneca y otros filósofos morales, sea tenido por un solemne disparate decir *Haz bien y no mires a*

quién; antes, se ha de mirar mucho a quien no sea el ingrato, al que se te alce con la baraja, al que te saque después los ojos con el mismo beneficio, al ruin que se ensanche, al villano que te tome la mano, a la hormiga que cobre alas, al pequeño que se suba a mayores, a la serpiente que reciba calor en tu seno y después te emponzoñe. No se diga que *Lo que arrastra, honra*, sino al contrario, que lo que honra, arrastra y trae a muchos más arrastrados que sillas.

Ítem, a petición de los hortelanos, no se dirá mal de tu perro, pero sí de tu asno, *que se come las berzas y las deja comer*. Enmiéndese aquel otro: *Con tu mayor no partas peras*; no diga sino *piedras*, que lo demás es decir que se alce con todo. Tampoco sirve decir: *Quien todo lo quiere, todo lo pierde*, por cuanto es preciso tirar a todo y aun a más, para salir con algo. Dirá, pues, como quien yo sé: *Señor, si todo lo puedo, todo lo quiero*. También es falso aquel de *Bien canta Marta después de harta*; antes, ni bien ni mal, que en viéndose hartos, ni canta Marta, ni pelea Marte, sino que se echan a poltrones. *Cada loco, con su tema* es poco: diga con dos, y de aquí a un año con ciento. *Lo que se usa no se excusa*, necedad; eso es lo que se debe excusar, que ya no se usa lo bueno, ni la virtud, ni la verdad, ni la vergüenza, ni cosa que comience de este modo. *Díselo tú una vez, que el diablo se lo dirá diez*, dicho de otro tal; si malo ¿para qué se lo ha de decir?; si bueno, nunca se lo dirá el diablo. Engañose quien dijo que *El paciente es el postrero*; antes, quieren ya ser los primeros en todo e ir delante. Por necedad, se prohíbe el decir *Más valen amigos en plaza que dineros en arca*, lo uno porque ¿dónde se hallarán verdaderos y fieles?, lo otro porque a quien tiene dineros en arca nunca le faltan amigotes en todas partes. Aquel otro: *Ni para buenos ganar, ni para malos dejar*, sin duda salió de algún gran perdigón, pues antes a los buenos se les ha de dejar, y a los malos ganar para que sean buenos. *No hay mal que no venga por bien*; una por una el mal va delante, y abrir puerta a un mal es abrirla a ciento, porque el mal va donde más hay.

Ítem se enmiende aquel: *Donde fueres harás como vieres*; no diga sino *como debes*. Extínguese de todo punto aquel que dice: *Mal le va a la casa donde no hay corona rasa*, antes muy bien, y muy mal donde la hay, porque la hacienda de la Iglesia pierde toda la otra y arrasa la mejor casa. *Por mucho madrugar, no amanece más presto* es dicho de dormilones; entiendan que el trabajar es hacer día y el que madruga goza día y medio, pero el que tarde se levanta todo el día trota. *Si uno no quiere, dos no barajan*, este no tiene lugar en Valencia, porque allí, aunque uno no quiera empeñarse, le obligan y ha de porfiar aunque reviente de cuerdo. No se diga ya que *el dar va con el tomar*, porque no se sigue bien; podríase proponer por enigma y preguntar: «¿Cuál fue primero, el dar o el tomar?». *Quien no sabe pedir, no sabe vivir*: ¡qué engaño! Antes, el pedir es morir para los hombres de bien; no diga sino *quien no sabe sufrir*. Peor es aquel: *Quien tiene argén, tiene todo bien*; no sino todo mal. Como decir: *Voluntad es vida*; no es sino muerte.

Ítem se prohíbe por cosa ridícula el decir: *Riña de por San Juan, paz para todo el año*: ¿qué más tiene la de por San Juan que la de por San Antón? Y quien tiene mal San Juan, ¿qué buena Pascua espera? *Duro es Pedro para cabrero*: peor fuera blando. *Quien se muda, Dios le ayuda*: entiéndese cuando iba de mal en peor, que el mudar de cartas es treta de buenos jugadores cuando dice mal el juego. *El sufrido es bien servido*: no, sino muy mal, y cuanto más peor. *¿Quieres ser papa? Póntelo en la testa*: muchos se lo ponen que no salen de sacristanes; más valdría en *las manos*, con obras y méritos. *Quien tiene lengua, a Roma va*, entiéndese por penitencia de los pecados del hablar. Por ningún caso se diga *Darse un buen verde*; no, sino muy malo y muy negro, que al cabo deja en blanco y el rostro avergonzado y la tez amarilla y los labios cárdenos, vengándose de él todos los demás colores. Tampoco es verdadero decir: *Quien malas mañas ha, tarde o nunca las pierde*, no, sino muy presto, porque ellas acaban con él y con la vida y con la hacienda y con la honra cuando él no con ellas. Engañose también el que dijo: *Casarás y amansarás*; antes al contrario, es menester que ellas amansen para poderse casar, y se tiene observado que ellos se vuelven más bravos, pues preguntando: *¿Por qué no riñe su amo*?, responde: *Porque no es casado*. Mándase leer al trocado aquel que dice que *los locos dicen las verdades*, esto es, que los que las dicen son tenidos por locos, y aun de ese achaque se han deslumbrado varias veces algunas verdades bien importantes que pudieran desengañar a muchos. Al que dijo: *En Toledo no te cases, compañero*, pudiérasele preguntar: ¿pues dónde que no suceda lo mismo? Léase el *Toledo* sincopado, con que dirá en todo el mundo. *El mozo vergonzoso, el Diablo le metió en palacio*: ya no se ve el tal, sino su contrario, embusteros y aduladores. *Al médico y al letrado, no le quieras engañado*: antes sí, que de ordinario discurren al revés, y de ese modo acertarán. *No se toman truchas a bragas enjutas*: digo que sí, que los buenos pescadores las toman presentadas. *No hay peor sordo que el que no quiere oír*: otro hay peor, aquel que *por una oreja le entra y por la otra se le va. Allá van leyes donde quieren los reyes*: no digo sino los malos ministros. *A mal paso, pasar postrero*: por ningún caso, ni primero ni postrero, sino rodear. *Cuando la barba de tu vecino veas pelar, echa la tuya en remojo*: ¿de qué servirá, sino de que se la pelen más fácilmente y aun se la repelen? *Más da el duro que el desnudo*: una por una, ya dio este hasta la capa, el otro aún se está por ver, y él repite: *Para tener dineros, tenerlos*.

Ítem se ordena que no se diga que *Los criados son enemigos no excusados*, sino *muy excusados* y que para cada falta tienen cien excusas; los hijos sí se llamen de esa suerte, o enemigos dulces que cuando chiquitos hacen reír y cuando grandes llorar. *Grande pie y grande oreja, señal de grande bestia*: mas no, sino un piedecito de un chisgarabís sin asiento ni fundamento; y una grande oreja es alhaja de un príncipe para oírlo todo.

Ítem ninguno se persuada que *Son buenas mangas después de Pascua*, y cuanto más anchas peores, si es por Pascua Florida. Tampoco vale decir: *Quien calla, otorga*; antes, es un político atajo del negar, y cuando uno otorga en su favor, no se contenta con

un *sí*, sino que echa media docena. Aquello de *A uso de Aragón, a buen servicio mal galardón*, los aragoneses lo entienden por pasiva. *A falta de buenos, han hecho a mi marido jurado*: engáñase, que antes por ser ruin notoriamente, que ya se buscan los peores. *Quien quisiere mula sin tacha, estese sin ella*: bobería, más fácil es quitársela. *El que da presto, da dos veces*, no está bien entendido: no solo dos, pero tres y cuatro, porque en dando, luego le vuelven a pedir y él a dar, con que mientras el duro da una vez, el liberal da cuatro.

De esta suerte, fue prosiguiendo el pregonero en prohibir otros muchos…

III, VII
La hija sin padres en los desvanes del mundo

[Malos humos]

Opinaron algunos sabios que, con ser el hombre la obra más artificiosa y acabada, le faltaban aún muchas cosas para su total perfección. Echole uno menos la ventanilla en el pecho, otro un ojo en cada mano, este un candado en la boca y aquel una amarra en la voluntad. Mas yo diría faltarle una chimenea en la coronilla de la cabeza, y a algunos dos, por donde se pudiesen exhalar los muchos humos que continuamente están evaporando del cerebro; y esto mucho más en la vejez, que si bien se considera, no hay edad que no tenga su tope, y alguna dos, y la vejez ciento. Es la niñez ignorante, la mocedad desatenta, la edad varonil trabajada y la senectud jactanciosa: siempre está humeando presunciones, evaporando jactancias, cebando estimaciones y solicitando aplausos. Como no hallan por dónde exhalarse estos desapacibles humos, sino por la boca, ocasionan notable enfado a los que les oyen, y mucha risa si son cuerdos.

[Causas de la sabiduría]

—Advertid —les decía— que por una de cuatro cosas llega un hombre a saber mucho: o por haber vivido muchos años, o por haber caminado muchas tierras, o por haber leído muchos y buenos libros, que es más fácil, o por haber conversado con amigos sabios y discretos, que es más gustoso.

[Honra]

Cuanto más anciano uno es más hombre, y cuanto más hombre debe anhelar más a la honra y a la fama. No se ha de alimentar de la tierra, sino del cielo; no vive ya la vida material y sensual de los mozos o los brutos, sino la espiritual y más superior de los viejos y los celestes espíritus. Goce de los frutos de la gloria conseguidos con los afanes de tanta pena, corónese el trabajo de las demás edades con las honras de la senectud.

[Géneros breves]

—Basta que se celebra hoy más una chanza que una hazaña. Todos cuantos vienen de unas partes y otras no traen otro que referirnos sino el cuentecillo, el chiste, la chancilla, y con eso pasan y se deslumbran los males: más sonada es una tramoya que una estratagema. Solemnizábanse en otro tiempo las graves sentencias, los heroicos dichos de los príncipes y señores; pero ahora, la frialdad del truhán y el chiste de la cortesana.

[Saber necio]

La ciencia, que de verdad hincha mucho, y no hay peor locura que enloquecer de entendido, ni mayor necedad que la que se origina del saber.

[Desprecio ajeno]

De esta suerte están todo el día, diciendo mal del siglo presente, que no sé cómo los sufre. Nadie les parece que sabe, sino ellos. A todos los demás tienen por mozos y por muchachos, aunque lleguen a los cuarenta, y mientras ellos viven, nunca llegan los otros a ser hombres, ni a tener autoridad ni mando: luego les salen con que ayer vinieron al mundo, que aún se están con la leche en los labios y con el pico amarillo: «Antes que vos nacierais, antes que vinierais al mundo, ya yo estaba cansado». Y no miente, que a fe lo son de todas maneras, jactanciosos, vanagloriosos, ocupando uno de los más encaramados desvanes.

III, VIII

La cueva de la Nada

[De la vejez]

—Pues, *Mesere*, ¿cómo hacían aquellos primeros hombres del tiempo antiguo para vivir tanto?

—¿Qué? Ser buenos hombres, como quien no dice nada. No se pudrían de cosa, porque no había entonces mentiras ni aun en los casamientos, ni excusas para no pagar, ni largas para cumplir; no había preguntadores que matan, habladores que muelen, porfiados que atormentan, necios cansados que aporrean; no había quien estorbase, ni mujeres tijeretas, criados rezongones; no mentían los oficiales, ni aun los sastres; no había abogados ni alguaciles; y lo que es más que todo eso, no había médicos. Y con que inventaron mil cosas, Júbal la música, Tubalcaín el hierro, no hubo hombre que se aplicase a ser boticario. Así que nada había de todo esto: ¡mira si habían de vivir a ochocientos y a novecientos años los hombres, siendo tan personas! Quitadme vos todos estos topes, que yo os daré luego que vivan a mil y aun a dos mil años; porque cada cosa de estas basta a quitar cien años de vida y hacer que se pudra y se consuma y se mate un hombre en cuatro días. Y digo que aún es milagro que vivan tanto, sino que a puro de ser buenos hombres, viven algunos, que para estos es el mundo. Otra cosa os sé decir, que según van de cada día empeorándose las materias, agotándose los bienes y aumentándose los males, adelantándose los malos usos, temo que se ha de ir acortando la vida, de modo que no lleguen a ceñirse espada los hombres ni aun a atacarse las calzas.

[Libros de historia]

—¿Por qué desprecias esos escritos llenos de inmortales hazañas?

—Y aun esa es la desdicha —le respondió—, que no corresponde lo que estos escriben a lo que aquellos obran. Asegúrote que no ha habido más hechos ni más heroicos que los que han obrado los españoles, pero ningunos más mal escritos por los mismos españoles. Las más de estas historias son como tocino gordo, que a dos bocados empalagan. No escriben con la profundidad y garbo político que los historiadores italianos, un Guiciardino, Bentivollo, Catarino de Ávila, el Siri y el Virago en sus *Mercurios*, secuaces todos de Tácito. Creedme que no han tenido genio en la historia, así como ni los franceses en la poesía.

[Plagiarios encubiertos]

—Mira, los más de estos ya no hacen otro que trasladar y volver a repetir lo que ya estaba dicho. Tienen bravo cacoetes de estampar y es muy poco lo que añaden de nuevo; poco o nada inventan.

[*Ubi sunt*?]

Y si no, dime, del infinito número de gentes que en tantos siglos han pasado, ¿qué ha quedado de ellos? Ni aun la memoria de que fueron, ni que hubo tales hombres. Solo son nombrados los que fueron eminentes en armas o en letras, gobierno y santidad. Y porque lo consideremos más de cerca, dime: en este nuestro siglo, entre tantos millares como hoy embarazan la redondez de la tierra en tantas provincias y reinos, ¿quiénes son nombrados? Media docena de hombres valerosos, aun no otros tantos sabios; no se habla sino de dos o tres reyes, un par de reinas, de un santo padre que resucita los Leones y Gregorios. Todo lo demás es número, es broma, no sirven sino de consumir los víveres y aumentar la cantidad, que no la calidad. Pero ¿qué estás mirando con mayor ahínco, cuando ves nada?

III, IX

Felisinda descubierta

[Fábula del Contento]

Cuentan que un cierto curioso, mas yo le definiera necio, dio en un raro capricho de ir rodeando el mundo, y aun rodando con él, en busca cuando menos del Contento. Llegaba a una provincia y comenzaba a preguntar por él a los ricos los primeros, creyendo que ellos le tendrían, cuando la riqueza todo lo alcanza y el dinero todo lo consigue; pero engañose, pues los halló cuidadosos siempre y desvelados. Lo mismo le pasó con los poderosos, viviendo penados y desabridos. Fuese a los sabios y topolos muy melancólicos, quejándose de su corta ventura; a los mozos con inquietud, a los viejos sin salud, con que todos de conformidad le respondieron que ni le tenían ni aun le habían visto, pero sí oído a sus antepasados que habitaba en el otro país de más adelante. Pasaba luego allá, tomaba lengua de los más noticiosos y respondíanle lo mismo, que allí no, pero que se decía estar en el que se seguía. Fue pasando de esta suerte de provincia en provincia, diciéndole en todas: «Aquí no, allá, acullá más adelante». Subió a la Islandia, de allí a la Groenlandia, hasta llegar al Tile, que sirve al mundo de tilde, donde oyendo la misma canción que en las otras, abrió los ojos para ver que andaba ciego y conocer su vulgar engaño y aun el de todos los mortales, que desde que nacen van en busca del Contento sin topar jamás con él, pasando de edad en edad, de empleo en empleo, anhelando siempre conseguirle. Conocen los de un estado que allí no está, piénsanse que en el otro y llámanles felices, y aquellos a los otros, viviendo todos en un tan común engaño que aún dura y durará mientras hubiere necios.

[Felicidad imposible]

—Todos los mortales andan en busca de la felicidad, señal de que ninguno la tiene. Ninguno vive contento con su suerte, ni la que le dio el cielo ni la que él se buscó: el soldado, siempre pobre, alaba las ganancias del mercader, y este, recíprocamente, la fortuna del soldado; el jurisconsulto envidia el trato sencillo y verdadero del rústico, y este la comodidad del cortesano; el casado codicia la libertad del soltero, y este la amable compañía del casado; estos llaman dichosos a aquellos, y aquellos al contrario a estos, sin hallarse uno que viva contento con su fortuna. Cuando mozo, piensa el hombre hallar la felicidad en los deleites, y así se entrega ciegamente a ellos con muy costosa experiencia y tardo desengaño; cuando varón, la imagina en las ganancias y riquezas, y cuando viejo en las honras y dignidades, rodando siempre de un empleo en otro sin hallar en ninguno la verdadera felicidad: donosa ponderación del sentencioso lírico, si bien, aunque levantó la caza, no le dio mate ni halló salida al reparo. Esta hoy se libra a vuestro bizarro discurrir, siendo el asunto señalado para esta tarde; disputarse ha en qué consista la felicidad humana.

Dicho esto, volvió el rostro hacia el primero, que era el Barclayo, más por acaso que por afectación. Este, después de haber pedido la venia al príncipe y haber cabeceado a un lado y a otro, discurrió así:

—De gustos siempre oí decir que no se ha de disputar, cuando vemos que la una mitad del mundo se está riendo de la otra. Tiene su gusto y su gesto cada uno, y así yo hago burla de aquellos sabios a lo antiguo que defendían consistir la felicidad uno que en las honras, otro que en las riquezas, este que en los deleites, aquel que en el mundo, tal que en el saber y cuál que en la salud. Digo que me río de todos estos filósofos cuando veo tan encontrados los gustos, que si el vano anhela por las honras, el sensual hace burla de él y de ellas; si el avaro codicia los tesoros, el sabio los desprecia. Así que diría yo que la felicidad de cada uno no consiste en esto ni en aquello, sino en conseguir y gozar cada uno de lo que gusta.

Fue muy celebrado este decir y mantúvose buen rato en este aplauso, hasta que el Virago:

—Reparad, señores —les dijo—, en que los más de los mortales emplean mal su gusto, pues a veces en las cosas más viles e indignas de la naturaleza racional; porque si se halla uno que guste de los libros, habrá ciento que de las cartas; si este de las buenas musas, aquel de las malas sirenas. Y así, entended que las más veces no es, no, felicidad conseguir uno su gusto cuando le tiene tan malo. Demás, que por bueno y relevante que sea, de nada se satisface, no para en ningún empleo; antes, alcanzado uno, luego le enfada y busca otro, siendo la inconstancia evidencia de la no conseguida felicidad. Muchas habrían de ser las felicidades de los señores y príncipes, de quienes decía uno, y no mal, que todas son ganicas; hoy asquean lo que aplaudieron ayer, y mañana acriminarán lo que buscaron hoy: cada día empleo flamante y cada instante obra nueva.

Borró con esto el concepto que habían hecho de la pasada opinión y mereció la expectación de todos para la suya, que propuso así:

—Principio es muy asentado entre los sabios que el bien ha de constar de todas sus causas, lleno de todas partes, sin que le falte la menor circunstancia; de modo que para el bien todas que sobren, y para el mal una que falte. Y si esto se requiere para cualquier dicha, ¿qué será para una felicidad entera y consumada? Supuesta esta máxima, saquemos ahora las consecuencias. ¿Qué le importa a un poderoso tener todas las comodidades, si le falta la salud para gozarlas? ¿Qué tendrá el avaro con las riquezas, si no tiene ánimo para lograrlas? ¿De qué le sirve al sabio su mucho saber, si no tiene amigos capaces con quien comunicarlo? Digo, pues, que no me contento con poco; todo lo pretendo, y juzgo que lo ha de tener todo el que se hubiere de llamar feliz, para que nada desee. De suerte que la felicidad humana consiste en un agregado de todos los que se llaman bienes, honras, placeres, riquezas, poder, mando, salud, sabiduría, hermosura, gentileza, dicha y amigos con quien gozarlo.

—¡Esto sí que es decir! —exclamaron—. No deja qué discurrir a los demás.

Pero tomó la mano el Siri, intimando la atención, para echar el *bollo* a la controversia.

—Grandemente —dijo— os ha contentado este montón quimérico de gustos, este agregado fantástico de bienes, pero advertid que es tan fácil de imaginar cuan imposible de conseguir; porque ¿cuál de los mortales pudo jamás llegar a esta felicidad soñada? Rico fue Creso, pero no sabio; sabio fue Diógenes, pero no rico. ¿Quién lo obtuvo todo? Mas doy que lo consiga: el día que no tenga que desear ha de ser ya infeliz. Y que también hay desdichados de dichosos: suspiran y asquean algunos de hartos, y les va mal porque les va bien. Después de haberse enseñoreado Alejandro de este mundo, suspiraba por los imaginarios que oyó quimerear a un filósofo. Con más facilidad querría yo la felicidad, y así me calzo la opinión del revés y afirmo todo lo contrario. Estoy tan lejos de decir que consista la felicidad en tenerlo todo, que antes digo que en tener nada, desear nada y despreciarlo todo; y esta es la única felicidad, con facilidad la de los discretos y sabios. El que más cosas tiene, de más depende, y es más infeliz el que de más cosas necesita, así como el enfermo más cosas ha menester que el sano. No consiste el remedio del hidrópico en añadir de agua, sino en quitar de sed: lo mismo digo del ambicioso y del avaro. El que se contenta consigo solo, es cuerdo y es dichoso. ¿Para qué la taza, donde hay mano con que beber? El que encarcelare su apetito entre un pedazo de pan y un poco de agua, trate de competir de dichoso con el mismo Jove, dice Séneca. Y sello mi voto diciendo que la verdadera felicidad no consiste en tenerlo todo, sino en desear nada.

—¡No queda más que oír! —exclamó el común aplauso.

[Prudencia, clave del éxito]

—Ya el mal va delante y el pesar gana de mano al placer. No sería esa felicidad entera, sino a medias, respeto de la desdicha; y de esa suerte, ¿quién quisiera ser feliz? Viniendo, pues, a mi sentir, como yo tenga por máxima con otros muchos que no hay dicha ni desdicha, felicidad o infelicidad, sino prudencia o imprudencia, digo que toda la felicidad humana consiste en tener prudencia, y la desventura en no tenerla. El varón sabio no teme la fortuna, antes es señor de ella y vive sobre los astros, superior a toda dependencia: nada le puede empecer, cuando él mismo no se daña. Y concluyo con que en todo lo que llena la cordura no cabe infelicidad.

[Desdicha y felicidad mezcladas]

—En el cielo, señores, todo es felicidad; en el infierno todo es desdicha. En el mundo, como medio entre estos dos extremos, se participa de entrambos: andan barajados los pesares con los contentos, altérnanse los males con los bienes, mete el pesar el pie donde le levanta el placer, llegan tras las buenas nuevas las malas; ya en creciente la luna, ya en menguante, gran presidenta de las cosas sublunares, sucede a una

ventura una desdicha, y así la temía Filipo el Macedón después de las tres felices nuevas. Tiempo señaló el sabio para reír y tiempo para llorar. Amanece un día nublado, otro sereno, ya mar en leche y ya en hiel; viene tras una mala guerra una buena paz. Con que no hay contentos puros, sino muy aguados, y así los beben todos. No tenéis que cansaros en buscar la felicidad en esta vida, milicia sobre el haz de la tierra. No está en ella, y convino así, porque si aun de este modo, estando todo lleno de pesares, sitiada nuestra vida de miserias, con todo eso no hay poder arrancar los hombres de los pechos de esta villana nodriza, despreciando los brazos de la celestial madre, que es la reina: ¿qué hicieran si todo fuera contento, gusto, placer, solaz y felicidad?

III, X

La rueda del tiempo

[Jeroglífico astrológico de la vida]

Creyeron vanamente algunos de los filósofos antiguos que los siete errantes astros se habían repartido las siete edades del hombre, para asistirle desde el quicio de la vida hasta el umbral de la muerte. Señalábanle a cada edad su planeta, por su orden y supuesto, avisando a todo mortal se diese por entendido, ya del planeta que le presidía, ya del traste de la vida en que andaba. Cúpole, decían, a la niñez la luna con nombre de Lucina, comunicándole con sus influencias sus imperfecciones, esto es, con la humedad la ternura, y con ella la facilidad y variedad, aquel mudarse a cada instante, ya llorando, ya riendo, sin saber de qué se enoja, sin saber con qué se aplaca, de cera a las impresiones, de masa a las aprehensiones, pasando de las tinieblas de la ignorancia a los crepúsculos de la advertencia. Desde los diez años hasta los veinte, decían presidirle el planeta Mercurio, influyendo docilidades, con que se va adelantando ya muchacho, al paso que en la edad, en la perfección; comienza a estudiar y a deprender, cursa las escuelas, oye las facultades y va enriqueciendo el ánimo de noticias y de ciencias. Pero descárase Venus a los veinte y reina con grande tiranía hasta los treinta, haciendo cruda guerra a la juventud a sangre que hierve y a fuego en que se abrasa, y todo esto con bizarra galantería. Amanece a los treinta años el Sol, esparciendo rayos de lucimiento, con que anhela ya el hombre a lucir y valer, emprende con calor los honrosos empleos, las lucidas empresas, y cual sol de su casa y de su patria todo lo ilustra, lo fecunda y lo sazona. Embístele Marte a los cuarenta, infundiéndole valor con calor; revístese de aceros, muestra bríos, riñe, venga y pleitea. Entra a los cincuenta mandando Júpiter, influyendo soberanías; ya el hombre es señor de sus acciones, habla con autoridad, obra con señorío, no lleva bien el ser gobernado de otros, antes lo querría mandar todo, toma por sí las resoluciones, ejecuta sus dictámenes, sábese gobernar; y a esta edad, como a tan señora, la coronaron por reina de las otras, llamándola el mejor tercio de la vida. A los sesenta anochece, que no amanece, el melancólico saturnino; con humor y horror de viejo, comunícale su triste condición; y como se va acabando, querría acabar con todos, vive enfadado y enfadando, gruñendo y riñendo, y a lo de perro viejo royendo lo presente y lamiendo lo pasado, remiso en sus acciones, tímido en sus ejecuciones, lánguido en el hablar, tardo en el ejecutar, ineficaz en sus empresas, escaso en su trato, asqueroso en su porte, descuidado en su traje, destituido de sentidos, falto de potencias, y a todas horas y de todas las cosas quejumbroso. Hasta los setenta es el vivir, y en los poderosos hasta los ochenta, que de ahí adelante todo es trabajo y dolor, no vivir, sino morir. Acabados los diez años de Saturno, vuelve a presidir la Luna y vuelve a niñear y a monear el hombre decrépito y caduco, con que acaba el tiempo en círculo, mordiéndose la cola la serpiente: ingenioso jeroglífico de la rueda de la humana vida.

[Calamidades recurrentes]

Son las calamidades más ciertas en repetir que las prosperidades. Así como el mal humor de una terciana y de una cuartana tienen su día fijo, su hora sabida, sin discrepar un punto, y el buen humor, la alegría, el contento no le tienen ni repiten a la hora: las guerras, las rebeliones no discrepan un lustro, las pestes ni un año, las secas no pierden vez, vuelven las hambres, las mortandades, las desdichas por sus pasos contados.

[Eterno retorno]

Como fenecieron aquellos que entonces vivían y suceden otros de nuevo sin recuerdo de los daños, sin experiencia de los inconvenientes, no queda lugar al escarmiento. Vinieron unos noveleros, amigos de mudanzas peligrosas, que no probaron de las calamidades de la guerra, atropellaron con la rica y abundante paz, y después murieron suspirando por ella. Con todo, ya hay algunos de bueno y sano juicio, prudentes consejeros, que huelen de lejos las tempestades, las pronostican, las dicen y aun las vocean; pero no son escuchados: que el principio de los males es quitarnos el cielo el inestimable don del consejo. Sacan los cuerdos por discurso cierto las desdichas que amenazan: en viendo en una república la desolación de costumbres, pronostican la disolución de provincias; en reconociendo caída la virtud, atinan la caída de las monarquías. Grítanlo a quien tiene tapados los oídos. Y así veréis que de tiempo a tiempo se pierde todo para volverse otra vez a ganar todo. Pero buen ánimo, que todas las cosas vuelven a tener día, lo bueno y lo malo, las dichas y las desventuras, las ganancias y las pérdidas, los cautiverios y los triunfos, los buenos y los malos años.

III, XI
La suegra de la vida

[Muerte inexorable]

Muere el hombre cuando había de comenzar a vivir, cuando más persona, cuando ya sabio y prudente, lleno de noticias y experiencias, sazonado y hecho, colmado de perfecciones, cuando era de más utilidad y autoridad a su casa y a su patria: así que nace bestia y muere muy persona. Pero no se ha de decir que murió ahora, sino que acabó de morir, cuando no es otro el vivir que un ir cada día muriendo. ¡Oh, ley por todas partes terrible la de la muerte!, única en no tener excepción, en no privilegiar a nadie, y debiera a los grandes hombres, a los eminentes sujetos, a los perfectos príncipes, a los consumados varones, con quienes muere la virtud, la prudencia, la valentía, el saber y tal vez toda una ciudad, un reino entero. Eternos debieran ser los ínclitos héroes, los varones famosos, que les costó tanto llegar a aquel cénit de su grandeza. Pero sucede tan al contrario, que los que importan menos viven más, y los que mucho valen viven menos: son eternos los que no merecían vivir un día, y los insignes varones, momentáneos, pasarán como lucidos cometas. Plausible resolución fue la del rey Néstor, de quien se cuenta que habiendo consultado los oráculos acerca de los plazos de su vida y habiéndole sido respondido que aún había de vivir mil años cabales, dijo él: «Pues no hay que tratar de hacer casa». Instando sus amigos que, no solo casa, pero un palacio, y no solo uno, sino muchos para todos tiempos y pasatiempos, respondió: «¿Para solo mil años de vida queréis que me ponga ahora a fabricar casa? ¿Para tan poco tiempo un palacio? ¡Eh!, que bastará una tienda o una barraca donde me aloje de paso, que sería calificada locura tomar el vivir de asiento».

¡Qué bien viene esto con lo que hoy se platica, pues no llegando los hombres a vivir lo más cien años y no teniendo seguro ni un día, emprenden edificios de a mil años, fabrican casas como si se hubiesen de perpetuar sobre la faz de la tierra! De estos sería uno, sin duda, aquel que decía que aunque supiera que no había de vivir sino un año, hiciera casa; si un mes, se casara; si una semana, comprara cama y silla; y si un día solo, hiciera olla. ¡Oh, cómo debe reírse de estos necios la Muerte, discreta siquiera por lo fea, viendo que cuando ellos están levantando grandes casas, ella les está abriendo corta sepultura, según el proverbio: «A casa hecha, sepultura abierta»! En acomodándose uno, ella le desacomoda; acabarse de construir el palacio y acabarse la vida, todo es a un tiempo, trocándose las siete columnas del más soberbio edificio en siete pies de tierra o siete palmos de mármol, vana necedad de muchos; porque ¿qué más tiene el pudrirse entre pórfidos y mármoles que entre terrones?

[El hilo de la vida]

—Dime, ¿no caminas cada hora y cada instante sobre el hilo de tu vida, no tan grueso ni tan firme como una maroma, sino tan delgado como el de una araña, y aun más, y andas saltando y bailando sobre él? Ahí comes, ahí duermes y ahí descansas sin cuidado ni sobresalto alguno. Créeme que todos los mortales somos volatines arriesgados sobre el delgado hilo de una frágil vida: con esta diferencia, que unos caen hoy, otros mañana. Sobre él fabrican los hombres grandes casas y grandes quimeras, levantan torres de viento y fundan todas sus esperanzas. Admíranse de ver al otro temerario andar sobre una gruesa y asegurada maroma, y no se espantan de sí mismos, que restriban sobre una, no cuerda, sino muy loca confianza de una hebra de seda; menos, sobre un cabello; aun es mucho, sobre un hilo de araña; aun es algo, sobre el de la vida, que aún es menos. De esto sí que deberían andar atónitos, aquí sí que se les habían de erizar los cabellos, y más reconociendo el abismo de infelicidades donde los despeña el grave peso de sus muchos yerros.

[Muerte, la peor de las desdichas]

Si una calamidad os quita la hacienda, déjaos la salud; si la otra la salud, déjaos la vida; si esta os priva de la dignidad, déjaos los amigos para el consuelo; si aquella os roba la libertad, déjaos la esperanza. De modo que ninguna de las desdichas apura del todo; todas operan algo para el consuelo. Esta sola, peor de cuantas hay, todo lo barre, con todo acaba de una vez, con la hacienda, con la patria, amigos, deudos, hermanos, padres, contento, salud y vida: enemiga mayor del género humano, asesina de todos.

III, XII

La isla de la Inmortalidad

[Muerte da inmortalidad a los insignes]

Y así veréis que ningún hombre, por eminente que sea, es estimado en vida; ni lo fue el Ticiano en la pintura, ni el Bonarota en la escultura, ni Góngora en la poesía, ni Quevedo en la prosa. Ninguno parece hasta que desaparece; no son aplaudidos hasta que idos. De modo que lo que para otros es muerte, para los insignes hombres es vida. Asegúroos que yo la he visto y andado, gozándome hartas veces en ella, y aun tengo por empleo conducir allá los famosos varones.

[Dulce conversación]

Recréase el oído con la suave música, los ojos con las cosas hermosas, el olfato con las flores, el gusto en un convite; pero el entendimiento, con la erudita y discreta conversación entre tres o cuatro amigos entendidos, y no más, porque en pasando de ahí, es bulla y confusión. De modo que es la dulce conversación banquete del entendimiento, manjar del alma, desahogo del corazón, logro del saber, vida de la amistad y empleo mayor del hombre.

[Vida eterna]

Advierte que está en tu mano el vivir eternamente. Procura tú ser famoso obrando hazañosamente, trabaja por ser insigne, ya en las armas, ya en las letras, ya en el gobierno; y lo que es sobre todo, sé eminente en la virtud, sé heroico y serás eterno, vive a la fama y serás inmortal. No hagas caso, no, de esa material vida en que los brutos te exceden; estima, sí, la de la honra y de la fama. Y entiende esta verdad, que los insignes hombres nunca mueren.

—¿De dónde venís? —gritaba el integérrimo alcaide—. ¿Del valor, del saber? Pues entrad acá. ¿Del ocio y vicio, de las delicias y pasatiempos? No venís bien encaminados. ¡Volved, volved a la cueva de la Nada, que aquel es vuestro paradero! No pueden ser inmortales en la muerte los que vivieron como muertos en vida.

El criticón: sabiduría práctica
Baltasar Gracián

Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.
www.ariel.es

Diseño: Planeta Arte & Diseño
Diseño de Colección: J. Mauricio Restrepo
Ilustraciones y el diseño de los mapas conceptuales al cuidado de J. Mauricio Restrepo

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2018

ISBN: 978-84-344-2746-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.
www.newcomlab.com

Índice